

A PESAR DE TODO

Una mirada crítica
desde la izquierda

JUAN GERVASIO PAZ

TESIS

ONCE

GRUPO

EDITORIAL

A PESAR DE TODO

**Una mirada crítica
desde la izquierda**

JUAN GERVASIO PAZ



Buenos Aires 1997

*A mis nietos
Luciano, Lucía, Mariana y Emilia
en quienes veo
los hombres y mujeres del siglo XXI*

Diseño de tapa: Ricardo Pereyra
Composición y armado: Ricardo Souza

Tesis 11 Grupo Editor

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina
Buenos Aires 1997

I.S.B.N. N^º 987-9207-00-9

Prólogo

riace algunos años que venía gestando este libro. La demora en concretarlo tiene que ver con algunas claves que hace poco he encontrado y que, al faltarme, me impedían su alumbramiento.

La primera era la enormidad de la tarea. Tarea efectivamente enorme si se trata -nada menos- de dar cuenta de la realidad actual y sus cambios producidos en estos últimos años para los que, como yo, sostuvimos y sostenemos lo que a falta de mejor definición seguimos llamando los "ideales del socialismo". Para mi desconcierto y envidia consiguiente, tuve que reconocer que muchos con más modestia o más soberbia que yo, no rehuyeron la tarea y dijeron lo que pensaron que debía decirse, en multitud de ensayos y libros de desigual valor, pero legitimados por el afán de aclararse y aclarar a los demás sus ideas al respecto. Tuve que reconocer también que el "obstáculo epistemológico", más que del orden de la política o las ciencias sociales, surgía desde mis eternas y nunca aceptadas del todo, exigencias supeyoicas.

De esta clave deriva otra que hace a la estructura del libro. Me es imposible abarcar esa totalidad abrumadora bajo la forma de un texto único y sin fisuras. Una aventura intelectual que emprendí en los últimos tiempos vino en mi ayuda: he estado escribiendo algunos cuentos de ciencia ficción. Fue, en ese juego fascinante de la imaginación, que pensé que mi recién nacida audacia literaria jamás me permitiría encarar la temeraria faena de escribir una novela. Entonces, caí en la cuenta que lo que debía hacer no era un libro, sino escribir una serie de ensayos sobre temas de mi interés laxamente vinculados entre sí, tal como lo estarían los cuentos en el volumen que los agrupara. Y dejar librado a mis ocasionales lectores el establecer si existe o no una coherencia de fondo que, por otra parte, no juzgo imprescindible para su edición. Así me autoricé a mi mismo escribir de casi todo un poco, reconociendo limpiamente a la vez mi pretensión y sus límites.

Aliviado por estos descubrimientos que, como todos grandes o pequeños resultan obvios a posteriori, me interrogué

sobre la existencia de algunos otros obstáculos. Y por supuesto los encontré.

Uno estaba implícito en lo improbable de la labor. Para encararla, yo debería hacerla con la solvencia que da el dominio profundo y riguroso de los temas. Para mi desgracia estoy rodeado de "pequeños Hegel, Marx y Freud" que -aclaro sin ánimo descalificatorio- me abruman con sus sabidurías. Si de seguir su ejemplo se tratara, la conclusión sería evidente: abandonar el proyecto. Pero, ¿era ése el proyecto, un análisis erudito que dejara su huella en la historia de las ideas? Sé que tengo cierta inteligencia, claridad en la exposición y espíritu proclive a la síntesis a veces verdaderamente feroz. No son méritos personales, sino productos quizás de una determinación genética y una temprana influencia educativa. ¿Por qué no utilizarlos? Para mis posibilidades se me ocurría que lo mejor era partir no tanto de la realidad misma, de las teorías que intentan comprenderla y de las prácticas que buscan transformarlas.

Sin dejarlas de lado, el centro debería estaren el imaginario social de la izquierda. En ese lugar penumbroso donde realidad, teorías y prácticas, se mezclan con valores, prejuicios, emociones, experiencias de vida de cada uno de nosotros y que constituyen un prisma que refracta nuestro contacto con el mundo, del que somos escasamente conscientes pero que juega un importante papel a la hora de definirnos a nosotros y a nuestros prójimos. A la hora de comprender y actuar.

Me encaminé finalmente a la superación del último obstáculo: el estilo o si se quiere, el modo que deberían tener mis elucubraciones para ser tomadas como sinceras, auténticas, lo que no quiere decir verdaderas. Salió en mi auxilio un efecto tardío de mi propio psicoanálisis, conjugado con el aporte de dos filósofos marxistas. Entre 1969 y 1974 tuve el privilegio de ser paciente de Mimi Langer. Era una mujer encantadora, amada por todos los que la conocimos, excelente analista formada con los primeros discípulos de Freud, militante del Partido Comunista austriaco, voluntaria de las Brigadas Internacionales en la guerra civil de España que culminó su vida en tareas de salud mental en las Cuba y Nicaragua revolucionarias. Esta psicoanalista tan singular libró una pequeña batalla contra mis múltiples limitaciones con éxito -debo admitir-

bastante relativo. Pero uno de sus caballitos de batalla era la denuncia siempre que la ocasión le *parecía* propicia, contra mi solemnidad, coraza con la que yo, frente a todos y a ella también, trataba infructuosamente de encubrir mis flaquezas. Quiero creer que algo he avanzado en este posefecto terapéutico porque la vida se encargó también de hacer lo suyo en este sentido.

Los dos filósofos son Louis Althusser y Adam Schaff. Ocuparon dos vertientes opuestas dentro del marxismo occidental. Pero escribieron dos libros notables, "El porvenir es largo" y "Mi siglo XX", respectivamente, que tienen una característica común. Ambos están redactados en primera persona y no eluden detalles a veces muy penosos de sus vidas. He escuchado de otros marxistas críticas despiadadas, fundadas, entre otras razones, en la locura o el narcisismo desmesurado de los autores. Para mí, el mérito indudable que tienen es el mostrar la manera cómo sus ideas filosóficas y políticas estuvieron siempre vinculadas, como no podía ser de otro modo, a las circunstancias de sus vidas concretas. Dejo de lado en este momento el valor intrínseco de sus reflexiones para destacar el modelo que deseo adoptar. Sé por anticipado que no debo esperar de mis lectores esta actitud; como dice el Evangelio: "Por los frutos lo conoceréis". La adopción de ese modelo tiene para mí una justificación más. Siempre tuve la sospecha que encendidas polémicas y hasta desencuentros dolorosos entre compañeros con discrepancias que en verdad no eran significativas, que he presenciado y donde muchas veces participé activamente, tenían una fuerte determinación por la personalidad de los contrincantes y, por ende, por las diferentes historias de vida. Quede claro que no pretendo contrabandear mi autobiografía que a muy pocos podría interesar sino que, sencillamente, quiero dejar abierta la puerta para sin falsos pudores y cuando me parezca pertinente, hacer entender mejor mis reflexiones al situarlas en el marco que me parece ineludible de mi propia existencia.

Emprendo ahora mi faena con el recuerdo vivo de Mimi, Althusser y Schaff. Sólo espero, parafraseando la célebre expresión de Marx, que lo que en ellos fue drama auténtico e incluso tragedia, no resulte para mí en farsa o comedia. Porque de mi vetusta solemnidad, creo que sobrevive un saludable temor al ridículo.

Utopía y realidad

Mi utopía del 2000

Recuerdo que cuando terminó la Segunda Guerra Mundial en 1945, sentí un júbilo inmenso multiplicado al infinito por las multitudes que llenaban las calles de la ciudad. También Buenos Aires "era una fiesta", como dijo una vez Heminway de París. Festejábamos la aplastante derrota del fascismo que, hasta apenas dos años atrás, había constituido la palpable amenaza de establecer su régimen de barbarie. Además se abría -así lo pensábamos muchos- una era de realización, de concreción de ideales. Desde ese tiempo, ¿cómo veía yo el fin del siglo? Por lo pronto, confiaba en ser testigo presencial. Tendría 71 años, una edad avanzada para los parámetros de la época pero contaba a mi favor una familia en la que existía tendencia a la longevidad o así me lo parecía. ¿Acaso mis tías abuelas que por entonces debían tener entre 50 y 60 años, no eran ya categóricamente viejas?

El fin de siglo me iba a encontrar como integrante de una humanidad en la que se habrían realizado, en la práctica, los ideales de las revoluciones francesa y rusa. El reino sin reyes y para todos de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Se llegaría por el camino del triunfo de las revoluciones socialistas más o menos inminentes, sobre las ruinas del nazismo y la crisis final del capitalismo. Por supuesto, se contaría con la inestimable ayuda de la ciencia que acabaría de un plumazo con la rêmora del irracionalismo y las creencias religiosas y, a la vez, pondría la naturaleza definitivamente bajo el dominio del hombre nuevo.

¿Cómo era el paisaje futurista del 2000 que había imaginado?

Lo construí, en parte, con los materiales que me proporcionaban mis fervorosas lecturas de Julio Verne y H. G. Wells, amalgamados con la utopía socialista y, por qué no, las aventuras de Dick Bradford que salían en el diario Crítica. Eran grandes ciudades con rascacielos relumbrantes de cristal y acero. Entre paréntesis, cuando hace años llegué con

unos amigos por primera vez a Nueva York, tomamos en el aeropuerto el tren que, transformado en subterráneo, nos dejó en la estación del Rockefeller Center. Al subir a la superficie, se recortaron en el cielo las torres de Manhattan y allí tuve fugazmente la sensación de ver en 1980 ese paisaje del 2000 imaginado en la juventud. Pero en éste no había basura en las calles, ni "homeless" ni alienados. Cintas transportadoras se moverían sobre elevadas y silenciosas entre los bellos edificios, llevando gentes apacibles y felices con túnicas y vestidos con algo de la Grecia clásica. Un paisaje ecológico de verdes bosques y jardines. Complejas maquinarias harían del poco trabajo, un placer. Las colonias humanas, crecerían en los planetas cercanos. Un mundo feliz y sabio, sin explotados ni explotadores, sin guerras ni miseria. Todo aerodinámico y veloz, sin contradicciones ni conflictos.

¿Lo pensé así o ahora, sobre este fin de siglo, estoy preservando en un rincón de mi mente la fantasía que atribuyo a mi adolescencia?

En verdad, la comencé a edificar ya en mi infancia bajo el acicate de las primeras nociones sobre el progreso científico y el avance de la URSS con sus primeros planes quinquenales. Lo más importante es que, despojada de sus aspectos más pueriles, se mantuvo durante mucho, demasiado tiempo. Sobrevivió a todos los desastres y contratiempos y aún hoy encuentra por momentos un refugio en las vicisitudes de la Cuba y el Vietnam "socialistas".

Ya en 1945 y los años subsiguientes aparecían datos de la realidad que amenazaban la utopía. En el plano internacional, el uso de la bomba atómica y el comienzo de la guerra fría mostraban al imperialismo dispuesto a no ceder posiciones aun a riesgo del holocausto nuclear. En el país, el triunfo sobre el fascismo no había significado lo mismo para una parte muy importante del pueblo que para nosotros, antifascistas militantes. La dictadura militar del 43 y el peronismo, al que muchos considerábamos por entonces una variante vernácula del fascismo mussoliniano, cambiaron las reglas de juego de la política nacional. No sólo el socialismo no estaba tan cerca, sino que ni siquiera estaba garantizada la supervivencia de la democracia burguesa, en esa extraña prolongación de la guerra dentro de nuestras fronteras.

Un alerta metodológico

En el más de medio siglo que ha transcurrido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, han persistido sin resolverse e incluso se han agravado, algunos de los más serios problemas que aquejaban a la humanidad y aparecieron otros tan importantes como aquellos.

Un rasgo general ha sido su carácter imprevisto. Los economistas, los políticos, los científicos sociales, incluso las mentes más lucidas, fueron tomadas por sorpresa. Sólo algunos escritores de ciencia-ficción atisbaron algo de ese futuro que ya es pasado para nosotros, hombres del fin de siglo. Nadie anticipó la "edad de oro" del capitalismo en la posguerra, hasta la crisis del petróleo ni tampoco las implicaciones de la revolución científico-técnica, especialmente, el auge explosivo de los medios, lá informática y las computadoras personales. Menos aún, el derrumbe del "socialismo real".

El balance del siglo está cerrando con un listado innumerable de transformaciones y catástrofes que están cambiando la faz del planeta y la vida cotidiana de sus habitantes. "Todo lo sólido se desvanece en el aire", decía Marx en el Manifiesto Comunista. La frase definía uno de los rasgos más notables del régimen burgués: su capacidad subversiva para destruir y construir incesantemente, impulsado por la lógica inexorable del capital. Hoy, esta capacidad, se ha incrementado exponencialmente, entre otras razones por haber logrado poner a su servicio el avance tecnológico y científico. No sólo se "desvanecen en el aire" sólidos imperios económicos y políticos. También otras entidades de dudosa espiritualidad han colapsado: dogmas, creencias, cosmovisiones, ideologías. Y otras se recrean vertiginosamente para ocupar lugares aparentemente vacíos. Nunca ha sido más cierto que ahora, aquello de la conciencia que está en retraso de las condiciones de existencia.

En la tumba de Marx figura una frase de toda su ingente obra que fue el símbolo de su posición frente a la sociedad del siglo pasado y a la cual, los marxistas, adjudicamos validez universal: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo".

No es que "ahora que ya sabemos todo, vamos a la acción revolucionaria", tal como lo pretendió una caricaturesca versión dogmática, haciendo una disociación imposible entre interpretar y actuar. Las teorías se construyen y se ponen a prueba en las prácticas histórico-sociales, pero ésta no es una relación lineal ni siquiera circular. Tiene mediaciones, desfases, rupturas, sino cada práctica tendría su teoría correspondiente, unívoca, y la realidad muestra, a cada paso, la pluralidad de enfoques e interpretaciones aun dentro del campo de las izquierdas.

En esta época, una palabra clave aparece reiteradamente en todos los análisis: **complejidad**. Por supuesto que el mundo siempre fue complejo, pero algo nuevo está señalando tanta insistencia. Si tomamos, por ejemplo, un campo restringido de la actividad o del saber, su profundización pronto se detiene si no incorpora elementos de otras áreas que parecen a veces muy alejadas. Si lo hace, podrá resolver algunos de sus problemas y a la vez se abrirá a nuevas problemáticas de imprevisibles y, con suerte, fecundas consecuencias. La modestia, la humildad de los investigadores tanto como las de los políticos prácticos, ya no es entonces una deseable actitud ética sino una exigencia metodológica insoslayable.

Con todo el respeto debido a aquel epitafio, los tiempos que corren nos obligan a detenernos en un esfuerzo renovado, virginal, para intentar comprender un mundo ante el que han caducado las certezas del pasado. Para no actuar "a tontas y locas", para no eternizar respuestas que se demostraron erróneas. Para no echar mano al tentador recurso de los dogmas que todo lo aclaran y simplifican, mientras la difícil realidad anda por otros caminos. No se trata ahora tanto de vencer como de luchar pero con sentido.

Una cierta mirada

El mismo problema atormenta a los expertos más eruditos y a la gente común: ¿se trata de ver al mundo **tal cual es**, luego interpretarlo y finalmente actuar? Simple y frágil pretensión. ¿Acaso podemos disociar el mirar de la interpretación de lo que vemos? La filosofía ha renovado ante la complejidad del

mundo, el intrincado problema que arranca de sus orígenes y la recorre hasta hoy: el del conocimiento verdadero. Y la acción implícita o explícita, ¿no está acaso comprometida desde la primera mirada?

Además cada idea está atravesada por nuestros sentimientos, involucra nuestras existencias. No podemos tener una mirada "de astrónomo" que ni los astrónomos tienen, porque nuestras vidas están en juego en el mismo planeta desde donde y al que miramos.

La perfecta ecuanimidad es sólo una de las fantasías omnipotentes que, como tocias, está condenada al fracaso, al ridículo.

Y como si esto fuera poco, está la urgencia. Se cuenta que cuando le preguntaron a Mao qué pensaba de la Revolución Francesa, respondió que había pasado poco tiempo para emitir una opinión válida. ¿Respuesta irónica de un hábil político que sospecha la inconveniencia de pronunciarse o reflexión sabia de un filósofo oriental? No es nuestro caso.

La urgencia viene de esta realidad que nos acosa y nos desborda. Viene también de nosotros mismos que necesitamos comprender para comenzar a recuperarnos, a desalienarnos de unas circunstancias que se han tornado más que nunca extrañas, ajenas.

La realidad ha cambiado tan abruptamente que no podía dejar de reflejarse a pesar del "retraso de la conciencia" en el sentido común de la gente. Muchas cosas que antes exigían ingentes esfuerzos de parte de intelectuales progresistas y militantes abnegados para ser aceptadas con muchas reticencias, hoy aparecen a la luz del día. Son proclamadas, reivindicadas. Al lenguaje hipócrita y encubridor de los sectores dominantes, ha sucedido un exhibicionismo impúdico, un discurso cínico.

Tomemos la cuestión del antiimperialismo. En la preguerra hizo falta la valentía y la honradez de un tribuno insospechable como Lisandro de la Torre en el famoso debate de las carnes, para sacar a la luz la trama del negociado que involucró a los más altos funcionarios del régimen de "la década infame" con la corona británica. El empuje del "fiscal de la República" junto con el asesinato de su amigo Enzo Bordabehere en el recinto del Senado, revelaron a la opinión pública un asunto que los

militanes de izquierda venían agitando desde tiempo atrás con poco resultado.

Hoy el capitalismo salvaje se cuida poco y nada de guardar las formas. Al célebre escándalo que desató allá por el '45 el embajador Braden y que enfureció a medio país y dejó mal parado a la otra mitad, sucede ahora el embajador Cheek con sus opiniones y chantajes que apenas suscitaron cautelosas reacciones. ¿Tanto nos hemos habituado? ¿También el antiimperialismo se ha vuelto "light"? A la vez nos sentimos tentados de pensar que la esencia de los conflictos sociales se revela, ahora, en la superficie de los acontecimientos y que ya no son necesarias arduas investigaciones ni denuncias impactantes. ¿Quién, por tonto o maligno que sea, no sabe que el país ya no es independiente, que estamos atados por "relaciones carnales" a EE. UU. y que la economía marca el paso que le imponen los organismos y el capital financiero internacionales? ¿Quién desconoce que las relaciones entre las provincias y el Ejecutivo, están determinadas desde fuera del país?

Sin embargo, nos engañaríamos si creyéramos que todo se ha tornado transparente. Una vieja frase dice que "saber es poder". Está de moda el poder que otorga la información; es cierto. Pero el Poder sustantivo por abstracto y lejano que sea, requiere como una condición de su existencia el "no saber", el ocultamiento, el secreto. Muchas zonas oscuras se han iluminado, desde las cuestiones del sexo hasta los manejos de la CIA y la KGB, pero otras se crean apelando a nuevos métodos. La sobreinformación es como una luz centelleante que enceguece. ¿Acaso la luz a veces no impide la visión? La sobreinformación es un zapping intelectual que uniformiza todos los estímulos sin dar tiempo al pensar. No se trata de horas ni siquiera minutos, sólo segundos: un rostro sangrante; un idea que pudo ser interesante; una pelvis anhelante; un refresco; un título ¿de qué?; un paisaje ¿de dónde?; etc, etc... etc. No es solamente la TV. Sería sencillo protegerse, recuperar el tiempo para meditar; bastaría con apagarla. Se trata del vértigo de la vida misma. Y los códigos: un cliqueo que anula la privacidad de los cuerpos y las almas y, a la vez, cierra los espacios, encripta los intereses, restablece la oscuridad.

Estamos ante un escenario en que los personajes se des-

plazan y reemplazan en medio de un juego alucinante de luces y sombras que, también, caen sobre los espectadores perplejos.

¿Podremos sostener un cierta mirada?

mundo, el intrincado problema que arranca de sus orígenes y la recorre hasta hoy: el del conocimiento verdadero. Y la acción implícita o explícita, ¿no está acaso comprometida desde la primera mirada?

Además cada idea está atravesada por nuestros sentimientos, involucra nuestras existencias. No podemos tener una mirada "de astrónomo" que ni los astrónomos tienen, porque nuestras vidas están en juego en el mismo planeta desde donde y al que miramos.

La perfecta ecuanimidad es sólo una de las fantasías omnipotentes que, como todas, está condenada al fracaso, al ridículo.

Y como si esto fuera poco, está la urgencia. Se cuenta que cuando le preguntaron a Mao qué pensaba de la Revolución Francesa, respondió que había pasado poco tiempo para emitir una opinión válida. ¿Respuesta irónica de un hábil político que sospecha la inconveniencia de pronunciarse o reflexión sabia de un filósofo oriental? No es nuestro caso.

La urgencia viene de esta realidad que nos acosa y nos desborda. Viene también de nosotros mismos que necesitamos comprender para comenzar a recuperarnos, a desalienarnos de unas circunstancias que se han tornado más que nunca extrañas, ajenas.

La realidad ha cambiado tan abruptamente que no podía dejar de reflejarse a pesar del "retraso de la conciencia" en el sentido común de la gente. Muchas cosas que antes exigían ingentes esfuerzos de parte de intelectuales progresistas y militantes abnegados para ser aceptadas con muchas reticencias, hoy aparecen a la luz del día. Son proclamadas, reivindicadas. Al lenguaje hipócrita y encubridor de los sectores dominantes, ha sucedido un exhibicionismo impúdico, un discurso cínico.

Tomemos la cuestión del antiimperialismo. En la preguerra hizo falta la valentía y la honradez de un tribuno insospechable como Lisandro de la Torre en el famoso debate de las carnes, para sacar a la luz la trama del negociado que involucró a los más altos funcionarios del régimen de "la década infame" con la corona británica. El empuje del "fiscal de la República" junto con el asesinato de su amigo Enzo Bordabehere en el recinto del Senado, revelaron a la opinión pública un asunto que los

militantes de izquierda venían agitando desde tiempo atrás con poco resultado.

Hoy el capitalismo salvaje se cuida poco y nada de guardar las formas. Al célebre escándalo que desató allá por el '45 el embajador Braden y que enfureció a medio país y dejó mal parado a la otra mitad, sucede ahora el embajador Cheek con sus opiniones y chantajes que apenas suscitaron cautelosas reacciones. ¿Tanto nos hemos habituado? ¿También el antiimperialismo se ha vuelto "light"? A la vez nos sentimos tentados de pensar que la esencia de los conflictos sociales se revela, ahora, en la superficie de los acontecimientos y que ya no son necesarias arduas investigaciones ni denuncias impactantes. ¿Quién, por tonto o maligno que sea, no sabe que el país ya no es independiente, que estamos atados por "relaciones carnales" a EE. UU. y que la economía marca el paso que le imponen los organismos y el capital financiero internacionales? ¿Quién desconoce que las relaciones entre las provincias y el Ejecutivo, están determinadas desde fuera del país?

Sin embargo, nos engañaríamos si creyéramos que todo se ha tornado transparente. Una vieja frase dice que "saber es poder". Está de moda el poder que otorga la información; es cierto. Pero el Poder sustantivo por abstracto y lejano que sea, requiere como una condición de su existencia el "no saber", el ocultamiento, el secreto. Muchas zonas oscuras se han iluminado, desde las cuestiones del sexo hasta los manejos de la CIA y la KGB, pero otras se crean apelando a nuevos métodos. La sobreinformación es como una luz centelleante que enceguece. ¿Acaso la luz a veces no impide la visión? La sobreinformación es un zapping intelectual que uniformiza todos los estímulos sin dar tiempo al pensar. No se trata de horas ni siquiera minutos, sólo segundos: un rostro sangrante; un idea que pudo ser interesante; una pelvis anhelante; un refresco; un título ¿de qué?; un paisaje ¿de dónde?; etc, etc... etc. No es solamente la TV. Sería sencillo protegerse, recuperar el tiempo para meditar; bastaría con apagarla. Se trata del vértigo de la vida misma. Y los códigos: un cliqueo que anula la privacidad de los cuerpos y las almas y, a la vez, cierra los espacios, encripta los intereses, restablece la oscuridad.

Estamos ante un escenario en que los personajes se des-

plazan y reemplazan en medio de un juego alucinante de luces y sombras que, también, caen sobre los espectadores perplejos.

¿Podremos sostener un cierta mirada?

Una lista interminable

¿Cómo "mirar" entonces el mundo contemporáneo?

En diálogos y reuniones de todo tipo se suele aludir a características de la sociedad actual que no existían o no se percibían años atrás. Aun los más jóvenes advierten esos cambios. Son rasgos fuertes aunque de desigual significación que se manifiestan en las más diversas áreas de la realidad. Algunas están en la boca de todos, tienen difusión masiva; otros surgen de análisis más específicos y son menos conocidos. Todos poseen algo en común: son aceptados como atributos de una nueva realidad. Tal reconocimiento se acompaña de alguna repercusión emocional que va de la adhesión entusiasta al rechazo más tajante, según los casos y la ideología subyacente. La frecuencia reiterada con que aparecen y nos involucran, me hace caer en la tentación de enumerarlos a sabiendas que su listado es inabarcable. Las enumeraciones a las que pude acceder eran parciales, en general acotadas a un área que determinado autor deseaba destacar, lo que no descarta la existencia -para mí desconocida- de intentos más abarcativos. El disponer de una nómina general, por incompleto que resulte, creo que permite una visión de conjunto que ayuda a pensar las relaciones que deben existir entre estos rasgos de la actualidad. Aunque muchos de ellos han dado motivo a miles de libros y ensayos, me limito a su escueto enunciado. Cualquier tentativa de clasificación es arbitraria, porque sugiere una fragmentación que no se da en la vida real, donde cada característica opera en una red de determinaciones. Sólo para una mejor orientación, los agrupo en Economía y Sociedad; Política e Ideologías Políticas; Cultura, Conocimiento y Ciencia. La subjetividad será tema de un ensayo posterior.

Economía y Sociedad

El capitalismo es el sistema dominante y difiere notablemente del "clásico" y aun de su "fase superior": el imperialis-

mo, tal como fueran analizados por Marx y Lenin. Es una tercera etapa que algunos llaman capitalismo multinacional o mundializado.

Ha acentuado su tendencia a la mundialización incidiendo en la vida cotidiana de prácticamente todos los habitantes del planeta.

Al poner a su servicio los avances revolucionarios de la tecnología y la ciencia, ha logrado un incremento de la producción, la productividad y el intercambio.

El mercado financiero internacional adquirió una dimensión gigantesca. La masa de dinero que se recicla por las redes informáticas globales, es 40 o 50 veces mayor que la necesaria para sostener la producción y el comercio del mundo entero.

Este mercado tiene "vida propia": se intenta regularlo con éxito relativo. Los Estados más débiles están inermes frente a sus "cambios de humor".

A fines de 1945, 1250 grupos transnacionales controlaban el 75% de la economía mundial y el 78% del comercio. Tienen una fuerte tendencia a fusionarse entre sí y a absorber otras corporaciones.

Poderosas industrias tradicionales entran en obsolescencia arrastrando a vastas zonas urbanas. Nuevas técnicas de administración y producción flexibles y de marketing, impulsan a las empresas informatizadas y robotizadas.

Se acentúa la radicación de empresas de los países centrales en la periferia, que aprovechan la mano de obra barata, las débiles políticas fiscales y la corrupción de los gobiernos.

El ritmo de crecimiento de los países más desarrollados se ha lentiñado.

El mundo bipolar de la guerra fría ha dado paso a la hegemonía de Estados Unidos como primera potencia económica y militar.

Sin embargo este predominio puede ser transitorio. Existe una fuerte tendencia al mundo tripolar (EE.UU.-Europa-Asia) o multipolar. Se manifiesta un estado latente o explícito de "guerra comercial" entre ellos.

En los polos europeo y asiático se fortalecen los vínculos internos y a la vez las disputas por las hegemonías regionales: ¿Seguirá siendo Alemania la primera potencia de Europa? ¿Japón lo será en Asia? ¿El crecimiento de China podría

superarlo? ¿Van al enfrentamiento o a la asociación? La misma pregunta vale para los otros países emergentes del sudeste asiático.

Los países asiáticos de la cuenca del Pacífico están llamados a desempeñar en un futuro cercano un rol protagónico en el plano económico, político y militar. Ya no es aventurado suponer que en conjunto superarán a EE.UU. en poco tiempo. Sus economías se dinamizan y tecnifican con un fuerte respaldo estatal; cambian aceleradamente sus sociedades tradicionales y se forman muchedumbres de dirigentes y técnicos con alta calificación.

Los países que formaron "el campo socialista" se encuentran en un período de gran inestabilidad con cambios de resultado impredecible. Dos cosas parecen seguras: no hay retorno al pasado y los caminos se diversifican según las situaciones nacionales y regionales. Otro interrogante es: ¿pueden algunos de ellos estabilizarse con la extraña combinación de un sistema político autoritario a la vieja usanza, con una economía de mercado salvaje o con cierta regulación estatal?

Aumenta la desigualdad entre países ricos y países pobres y, en cada país, entre diferentes clases y sectores sociales.

En los países del primer mundo existen amplios bolsones del "tercer mundo", de pobreza y marginalidad.

Aumenta la pobreza relativa y/o la miseria absoluta en todos los países. Los grados o cifras son variables según los lugares y los métodos de evaluación utilizados pero la tendencia es innegable. La mayoría de la población de los países pobres y una minoría importante, en los más desarrollados, está marginada económica, política y culturalmente.

El desempleo que aqueja según algunos cálculos a 800 millones de personas en el planeta, es ahora estructural. Sus causas: estancamiento o retroceso de las economías pobres; avance tecnológico en los más ricos; presión por mantener o aumentar la tasa de ganancia del capital en todas partes; debilidad y complicidad de los gobiernos y las organizaciones sindicales para imponer políticas alternativas.

El desempleo no afecta sólo a la clase obrera tradicional por el cierre, la transformación o la fusión de muchas empresas, abarca a la masa de campesinos que emigran a los centros urbanos y también a sectores medios de profesionales, comer-

ciantes y pequeños y medianos empresarios. Lo sufren en especial los jóvenes y las minorías étnicas.

Se han producido cambios notables en la configuración de las clases y sectores sociales; ha disminuido el campesinado hasta llegar a ser una parte muy pequeña de la población en los países centrales. En cambio, han aumentado notablemente los estudiantes y graduados universitarios. Los obreros industriales y sus organizaciones han perdido el peso que tenían antes en la sociedad. Un segmento de la población activa se desplazó al sector servicios.

La cantidad de habitantes del planeta aumenta por el incremento en los países asiáticos, africanos y de América Latina. Aun en China, con control estatal riguroso, continúa aumentando mucho más allá de lo planeado. En general hay una fuerte correlación negativa entre calidad de vida e índice de natalidad.

La presión demográfica es una de las causas del incremento de los movimientos migratorios hacia regiones y áreas más favorecidas.

La población se estanca y envejece en los países centrales y en algunos periféricos como Uruguay, Cuba y Argentina. Aumenta la proporción de ancianos y disminuyen los niños y jóvenes; por consiguiente, aumenta la población pasiva respecto de la activa, lo que implica un desafío a los sistemas de seguridad social.

La estructura de la familia tradicional, por lo menos en Occidente, está en crisis. Aumentan las parejas "informales", los "solitarios" y "solitarias", los divorcios, los niños abandonados o que viven con un sólo padre o madre.

La mujer avanza firmemente en su incorporación a casi todas las áreas de la producción, aunque está lejos de obtener el reconocimiento correspondiente. Su papel en la sociedad se ve relativizado por la coexistencia de todas las formas de discriminación, desde la que hace a la competencia por puestos jerárquicos en la economía y la política, hasta todas formas de sometimiento y esclavismo.

El paradigma tan valorado en la civilización occidental y que hizo suyo tanto el capitalismo como el "socialismo real", del dominio de la naturaleza por el hombre, ha dado paso a la conciencia generalizada de encontrarnos en crisis ecológica.

Ahora se conoce con bastante precisión el desastre que ha provocado y continúa provocando, la explotación irracional de los recursos naturales y el empleo de las maquinarias contaminantes.

Las medidas que a veces se toman para contrarrestar el deterioro, son poco eficaces a pesar de la acción de diversos movimientos ecologistas. Se reconoce la gravedad del problema, pero no hay acuerdo sobre cuánto tardaremos en llegar a una situación irreversible para la vida en el planeta.

El peligro nuclear, aun teniendo en cuenta una discreta disminución de los arsenales, se mantiene e inclusive se ha incrementado por tres motivos: existe contrabando de material y quizás de armas nucleares, que van a manos de grupos privados o paraestatales; muchas centrales atómicas se están volviendo obsoletas; los residuos radioactivos, junto con los tóxicos de las industrias y los arsenales químicos y biológicos, implican serias dificultades para su eliminación.

El uso de drogas, los negocios "al margen de la ley" y los fanatismos religiosos siempre han existido pero ahora se transformaron en problemas globales. El narcotráfico, las mafias y los fundamentalismos, se organizan como nuevos poderes con una gran autonomía, incluso de los estados y gobiernos, que creyeron poder instrumentarlos para sus políticas.

Los derechos humanos están en el orden del día de la sociedad. Su actualización resulta de la flagrante contradicción entre una renacida barbarie que atravesó el siglo XX con genocidios, torturas, racismo, guerras de exterminio y todo el cortejo de violaciones "menores" y, por otra parte, la conciencia cada vez más extendida de resistencia y lucha contra esas iniquidades.

Política o Ideologías Políticas

La caída del "socialismo real" acompañada de la crisis del movimiento comunista internacional, es el acontecimiento más importante del último tercio del siglo. Todos los actores sociales y políticos han cambiado su ubicación en el tablero mundial, ganando o perdiendo posiciones. Al triunfalismo

inicial de los sectores dominantes, sucedió pronto el desasosiego y la alarma, al quedar en evidencia los gravísimos problemas del capitalismo que se habían intentado encubrir y justificar, esgrimiendo la "guerra fría" y la amenaza del comunismo.

El retroceso de la izquierda fue general ya que, ni los partidos de tendencia socialista que fueron anticomunistas desde siempre, se beneficiaron sustancialmente de la caída. Por un periodo del cual recién ahora estamos saliendo, se hizo muy común la idea de considerar que eran los principios mismos del socialismo los que habían sido derrotados. Sin embargo, después de la sorpresa de todos y el dolor de muchos, comenzó una etapa fuertemente crítica y autocrítica de esencia anticapitalista. Hubo por supuesto traiciones, deserciones y renunciamentos, pero también van apareciendo trabajos teóricos serios y prácticas políticas diferentes, encaminadas a entender y enfrentar las condiciones actuales del capitalismo y las perspectivas que pueden orientar hacia una sociedad socialista o poscapitalista en el futuro.

La ideología dominante que venía impregnándose de la prédica "neoliberal" desde los tiempos de Reagan y Thatcher, recibió para muchos ingenuos o cínicos un fuerte aval. El triunfalismo sostuvo los discursos sobre "el fin de las ideologías" y la "caída de los grandes relatos". El "pensamiento único" de esencia neoconservadora (ya que poco o nada tiene que ver con el liberalismo clásico), se ha erigido en base de la dogmática capitalista.

Debemos reconocer que obtuvo un vasto consenso que, pese a estar en retroceso, todavía se mantiene por el supuesto de que no existe y no existirá alternativa al modelo "neoliberal". Quedaría sólo por delante la resignación, la aceptación o la complicidad con la voracidad del mercado y sus presuntas "leyes" inviolables e ineluctables. A la mundialización del capitalismo se tiende a superponer, como la sombra al cuerpo, la globalización de la política, la ideología y la cultura de matriz neoliberal. En realidad el mundo es algo más complejo y esta visión engañosa es propia de muchos tecnócratas y algunos intelectuales occidentales.

El hecho es que, a esta tendencia globalizante y homogeneizadora que es innegable, se le contrapone

dialécticamente una tendencia de signo opuesto en dirección a la diferenciación. La mayoría de los conflictos que, en todos los niveles, atraviesan el mundo actual, tienen que ver de modo directo o mediatizado con esta dialéctica.

Los estados y las transnacionales son los actores principales de la época. Sus relaciones son generalmente de asociación sobre todo entre los más poderosos; pero también de sumisión y, a veces, de resistencia (papel regulador del Estado).

Los Estados nacionales no tienen el rol protagónico que pudieron haber tenido (no todos) en sus primeras etapas. Esto ha llevado a hablar un tanto abusivamente de su debilitamiento. En el caso argentino, entre paréntesis, esa expresión no es nada exagerada.

Las restricciones al poder de los Estados provienen de dos fuentes. La primera es exterior: la delegación "voluntaria" de parte de sus soberanías en organismos regionales (como la Unión Europea) e internacionales y de las presiones de la mundialización financiera. La segunda proviene del interior: son los movimientos autonomistas o independentistas encarnados en minorías importantes de base étnica, lingüística o religiosa. Los casos más conocidos son los de Canadá, Gran Bretaña, España, Italia y Rusia.

Estos conflictos son de vieja data; algunos rebrotaron por la caída de los imperios (inglés, ruso y austrohúngaro, por ejemplo). Si tienen algo en común más allá de sus grandes diferencias, es la resistencia a la amenaza palpable de pérdida de sus identidades por el proceso de homogeneización cultural y también político que tiende a ser dominante.

Existen cantidad de guerras locales que adquieren una violencia inaudita, genocida. La más conocida ha sido la librada en el territorio de la ex-Yugoslavia por el simple hecho de haber ocurrido en Europa y tener una amplia cobertura mediática. Pero otros, como los de Ruanda o Afganistán, no le van en zaga.

La génesis y las características de estas disputas no se explican, como lo pretendía la izquierda dogmática, como simple resultado de confrontaciones interimperialistas ni tampoco como mera expresión nacional o local de luchas de clases.

Los poderes políticos van en retraso respecto de los cam-

bios económicos y sociales. Los partidos políticos suelen incorporar tarde y mal, en sus programas y su acción estos cambios.

Los ciudadanos, frecuentemente, terminan no sintiéndose representados por aquellos que eligieron, lo que acarrea una crisis de representatividad dentro del sistema político y una actitud de crónica sospecha o, peor aún, de desinterés en el electorado.

La forma de gobierno de tipo parlamentario se ha extendido a amplias regiones, pero en muchos casos, la democracia tiene un carácter formal que encubre poderes autoritarios e incluso dictatoriales. Queda cuestionada así la legitimidad del sistema.

Las pujas electorales tienden a dirimirse entre partidos o coaliciones más o menos heterogéneas de centroizquierda y centroderecha. Pujas que se corresponden con programas que van desde la creación o recuperación de un "Estado de bienestar", sensible a las reformas y los derechos sociales, hasta la aplicación de las políticas más salvajes del neoconservadurismo.

El avance de la derecha y la centroderecha parlamentaria, antes y después de la "caída del Muro", es notorio en muchos países. En otros la socialdemocracia y los neocomunistas, están recuperando posiciones como repudio a las consecuencias sociales negativas de los ajustes "neoliberales".

Los partidos de ultraderecha (fascistas o nazis, a secas), han crecido y se han organizado ganando, a veces, una minoría considerable de electores y/o partidarios sin por ello ocupar posiciones en los gobiernos, pero incidiendo en la derechización de todo el espectro político. En los Estados Unidos ha aparecido un fenómeno preocupante limitado por ahora a su territorio: la constitución de numerosas milicias paramilitares que desalían el poder del gobierno central.

La violencia terrorista como método de acción política ha acentuado su carácter ambiguo, aumentando las sospechas sobre su manipulación por intereses encubiertos (servicios de inteligencia, narcos, fundamentalismos).

Los grupos y partidos de izquierda ortodoxa: anarquistas, maoístas, trotskistas, a los que ahora se agregan los comunistas dogmáticos, siguen huérfanos de apoyo masivo y mantienen sus discursos sin alteraciones significativas: se trata de

una de las pocas cosas que no han cambiado en el mundo contemporáneo. Los casos ruso, chino, cubano, vietnamita y de los neocomunistas del Este europeo, merecen un capítulo aparte.

Hay una proliferación de sectas de muy diversas características que reclutan sus fieles en todos los países y todos los sectores sociales, en particular, en el seno de los cultos más tradicionales. La Iglesia católica se siente amenazada. Sin embargo, el asunto ha desbordado el ámbito de la religión para llegar a constituir un fenómeno con repercusiones sociales y políticas de vasto alcance.

Los movimientos sociales que toman como sus banderas una pluralidad de reivindicaciones ligadas a los derechos humanos y a la protección de la naturaleza, han avanzado, inciden en la opinión pública, se organizan incluso a nivel internacional y a la vez siguen resistiéndose, generalmente, a incorporarse a la política partidista.

La política ha experimentado la fuerte influencia de la mediatización por acción de los medios de comunicación masivos en la sociedad. Se han suscitado nuevas cuestiones teóricas y prácticas: la posibilidad de lograr por vía informática, formas de democracia directa, de participación en las decisiones de gobierno de la comunidad. Éstas pueden parecer preocupaciones cuasiutópicas, pero el hecho es que se están borrando los límites entre los espacios públicos y privados. Los políticos se "instalan" en los hogares, entran en la vida familiar a través de la televisión.

La política acentúa el carácter de espectáculo que supieron aprovechar, los líderes carismáticos del siglo XX, en sus grandes concentraciones de masas. Ahora el espectáculo llegó a la casa de cada uno. Las campañas electorales, las luchas, la selección y el estilo de los dirigentes, están fuertemente condicionados por la presencia de los medios.

Sin embargo y en contra de ciertos juicios apresurados, los métodos tradicionales de acción y lucha políticos no han perdido vigencia. Las movilizaciones callejeras, el proselitismo personalizado, el contacto "cara a cara" mantienen su eficacia y, a veces, logran derrotar estrepitosamente a los políticos "mediáticos": el caso Berlusconi en Italia es ejemplar.

La corrupción en las más altas jerarquías es un fenómeno

que se ha generalizado y que se manifiesta desembozadamente, llegando a constituir un factor de inestabilidad política y crisis institucional. Así como el desempleo, la corrupción es estructural en dependencia de la gran masa "sobrante" de capital financiero, de acumulación de riqueza improductiva.

Como lógica consecuencia del avance de la corrupción, de la persistencia de las violaciones a los derechos humanos y el repetido sometimiento de los tribunales a los gobiernos de turno, ha renacido en la sociedad una exigente demanda por la ética. Ésta se expresa desde la filosofía y el ámbito académico hasta las organizaciones de base, transformándose en un tema central de la política.

Se replantea con fuerza la actualización de las relaciones entre los tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Salvo las ocasionales circunstancias en que el parlamento ha quedado en manos de la oposición, el Ejecutivo, como es el caso de la Argentina y también de otros muchos países, condiciona sus funciones, quedando como caja de resonancia bastante limitada por cierto de las propuestas y protestas de los partidos opositores.

De allí surge el reclamo de que la Justicia asuma un rol de freno de la corrupción y de los desbordes autoritarios de los gobiernos. Es una demanda política y ética para que la instancia judicial se democratice, se desburocratice, se torne transparente y sea sensible a las necesidades populares. Cuando se logra avanzar por este camino, los resultados pueden ser impresionantes, tal como ocurrió en Italia y también en España.

Conocimiento

Es indudable que los conocimientos sobre los más diversos tópicos, se han difundido extensamente en la sociedad contemporánea a pesar que su acceso sigue siendo inequitativo bajo viejas y nuevas modalidades.

Su papel ha adquirido tal importancia que, el poder social, se está desplazando desde sus tradicionales soportes, la fuerza y el dinero, en dirección al conocimiento. Por eso se indica que juega un papel democratizador: al menos en teoría los

débiles y los pobres que carecen por definición de la fuerza y el dinero, podrían hacerse de los conocimientos que les permitan ganar su lugar en la sociedad. Además, los fuertes y los ricos, necesitan imprescindiblemente del conocimiento para mantener su dominación.

Sin embargo, el poder que da el conocimiento se concentra y, en parte, se redistribuye siguiendo de cerca las alternativas de la economía y la política. Por eso Toffler señala que su control es el punto capital de la lucha por el poder que se entablará en todas y cada una de las instituciones humanas.

Y agrega que "puede ser una amenaza mayor para el poder de las finanzas que los partidos políticos y los sindicatos".

El tema está lleno de contradicciones y paradojas. El conocimiento permite cosas hasta hace poco inimaginables: un sólo hombre o un reducido equipo de expertos puede desafiar y crear gravísimos problemas a los organismos más poderosos. Una investigación del Congreso norteamericano advirtió que "la seguridad nacional se encuentra seriamente amenazada". En 1995 hubo 250.000 intentos de infiltrar las computadoras del Pentágono, el 65% de los cuales fue efectivo. La noticia agrega tranquilizadamente que "no se conoce *ningún* caso en que los "hackers" o "piratas informáticos" hayan obtenido acceso a las redes que controlan el lanzamiento de armamento misilístico" (Clarín; 24-5- 96). De haber sido así, ¡creo que ya nos hubiéramos enterado 1

Existe por otra parte un enorme monto de información superficial, redundante, innecesaria; basta con ir por la calle caminando o en un vehículo para estar expuesto. El conocimiento que aporta no tiene relación con lo verdadero, lo bueno o lo útil: es información "basura".

Si nos limitamos al "buen" conocimiento, sufrimos también la sobreinformación. Ya no se trata de saber cosas que nos eran inaccesibles sino de cómo seleccionar y/o sintetizar ese saber para los propios fines. Los científicos, los empresarios, los políticos, los servicios de espionaje, son abrumados por un cúmulo de información que los desborda, que no pueden o no saben cómo procesar. Ésta es una de las razones por las que las decisiones en los más altos niveles conservan la cuota de arbitrariedad que siempre tuvieron.

Aparecen nuevas formas de manipulación y alienación. El

consumidor posee mucha información para elegir, entre multitud de opciones, aquello que necesita o desea. Pero es casi seguro que elegirá cosas innecesarias o que satisfacen un deseo puntual hábilmente suscitado por el proveedor: en esto radica buena parte del éxito arrasador de los supermercados. Por el contrario, una cierta abrumada fatiga y desamparo, reenvían a la búsqueda de una relación mercantil más "personalizada".

Los trabajadores de las empresas modernizadas tienen formación e información superiores a los de las fábricas tradicionales y conocen mucho más de la propia empresa. Puede decirse que existe una tendencia a la coparticipación en la gestión. El éxito del toyotismo respecto del fordismo y el taylorismo depende, más que de las innovaciones tecnológicas, de una nueva manera de concebir las relaciones dentro de la empresa en el sentido de una mayor horizontalidad, de la delegación de funciones de conducción, de iniciativas, de control en los grupos de empleados. Se ha llegado a afirmar que ahora "los medios de producción" de los que hablaba Marx, están en la cabeza de los empleados y en los programas de las computadoras. De hecho, un virus informático o una "rebelión" de los expertos puede paralizar tanto como una huelga: se introduce una cierta precariedad en la noción tradicional de "propiedad privada de los medios de producción".

Por otra parte, existe una mayor alienación quizás más temible, ya que la "fuerza de trabajo" que se enajena para recibir un salario es, en buena medida, actividad psíquica de la que se apropia la empresa. Esto no le ocurría a la clase obrera tradicional porque a la fábrica no le interesaba lo que pensarán sus obreros en el trabajo siempre que no fuese en organizar un sindicato combativo.

El auge del conocimiento replantea, al menos en el sector tecnificado, la clásica división entre el trabajo manual e intelectual: multitudes de obreros son reemplazados por pocos empleados con instrucción media y superior que, difícilmente, se sienten parte del proletariado; sus intereses y sus vidas concretas se parecen más a los de las capas medias.

Sin embargo, como el adelanto tecnológico está lejos de cubrir el conjunto de la producción y los servicios, persiste y

persistirá en un lapso que puede ser prolongado, el uso de mano de obra de escasa o nula calificación, especialmente en los países pobres y entre los pobres del primer mundo. Existe una circunstancia agravante: máquinas en cuyo diseño participaron miles de cuadros de alto nivel, pueden ser manejadas satisfactoriamente por personal poco capacitado (cajeros de supermercados, por ejemplo).

Estimado lector:

Al promediar "la lista interminable" es probable que usted ya esté aburrido y/o abrumado. Sepa que a mí me ha pasado lo mismo. Por eso en ningún medio de difusión masiva, incluso en los más prestigiosos, encontrará un listado semejante. Pero éste es escuetamente el mundo en que nos ha tocado vivir reflejado en sus rasgos más destacados. Creo (¡que tenemos que soportarlo para poder pensar luego lo que se nos ocurra con el cortejo inevitable de temores, perplejidades y esperanzas./Ánimo!, aún ¡al tan algunos "detalles".

Ciencia

La importancia que la ciencia ha adquirido en este fin de siglo hace que la vida humana sea difícil de imaginar sin su aporte. Además la tecnociencia ha llegado a ser una fuerza productiva directa.

Por eso tiene un papel enorme en la vida social; impregna y determina en buena medida la cultura de este tiempo y, a la vez, es determinada por ella.

En sus comienzos la ciencia fue una forma de pensamiento y de actividad marginal respecto del conjunto social. Desde el imaginario colectivo era ignorada o valorada negativamente, con frecuencia como "herejía", no solo desde los poderes dominantes sino también desde el sentido común de las gentes. No es el caso del presente pero tampoco se realizó la utopía del Renacimiento, el iluminismo y el positivismo, de modelar una humanidad regida por la razón y su producto supremo: el conocimiento científico.

La ciencia coexiste incómodamente no sólo con las religiones y sus variantes fundamentalistas, sino también con una infinita variedad de "teorías", creencias y supersticiones, muchas de las cuales son de consumo masivo por todos los sectores sociales, incluso los aparentemente más "ilustrados".

El desarrollo indudable de la tecnociencia se hace más visible en el campo de las comunicaciones y la informática, pero abarca todas las áreas de actividad.

Se han acortado, sensiblemente, los tiempos que median entre los inventos técnicos, las teorías científicas, sus empleos industriales y el acceso a los usuarios.

Paralelamente, se acortaron las distancias entre diferentes disciplinas como las matemáticas, la física, la química y la biología y se crearon nuevas áreas "mixtas" que integran en su propia denominación los nombres de sus "progenitores"; desde el diagnóstico médico por imágenes hasta la geología astronómica.

Las ciencias ampliaron, notablemente, las fronteras del conocimiento respecto del origen y la evolución de la vida, el hombre y el universo.

Teorías que nacen en áreas muy específicas tienden a abarcar problemáticas "distantes"; la teoría del caos, de las estructuras autoorganizadas, del equilibrio discontinuo.

Lo mismo ocurre con las tecnologías. Las técnicas elaboradas para aumentar la nitidez de las imágenes del telescopio espacial Hubble, han sido utilizadas para el diagnóstico precoz del cáncer de mama.

Aunque las teorías y las técnicas han operado siempre así, lo nuevo consiste en la multiplicación y aceleración de estos procesos.

Como causa y efecto de este desarrollo, el personal que trabaja a tiempo completo en actividades científicas, tales como: investigadores, técnicos y de apoyo, ha crecido exponencialmente. Se ha dicho que el 95% de los científicos que ha nacido en toda la historia de la humanidad, viven entre nosotros, son nuestros contemporáneos.

Esta comunidad científica se ha constituido en uno de los actores sociales de la modernidad. Su número es abrumadoramente superior en los países desarrollados respecto de los países pobres y éste es uno de los rasgos que

marcan la inequidad existente entre ambos mundos. No obstante, en todas partes la relación existente entre la comunidad científica y el resto de la sociedad, en particular los factores de poder, es compleja y conflictiva.

La vetusta imagen del científico inventor o descubridor solitario en su laboratorio como la del intelectual encerrado en su "torre de marfil", ha quebrado definitivamente. No sólo porque es una tarea que se cumple indefectiblemente dentro de un colectivo sino también porque ahora es fundamental quien "alquila" o es el dueño del espacio en el que se trabaja.

Hasta bien entrado el siglo XX, los poderes políticos habían permanecido ajenos a la ciencia. Hoy la revaloran en función de intereses geopolíticos y de mercado.

El control y la financiación de las actividades científicas es muy variable según los países, pero puede afirmarse sin gran margen de error que la fuente de recursos más importante la proporcionan los Estados; en segundo término, las empresas más significativas, más tecnificadas, que cuentan incluso con sus propios centros de investigación. Las universidades suelen recibir aportes de ambas, con predominio de los fondos estatales.

Es bien sabido que durante el largo período de la "guerra fría", las dos superpotencias y en menor medida sus aliados, gastaron sumas extraordinarias, dilapidadas en proyectos de investigación y desarrollo de armas sofisticadas de exterminio masivo. Como estas inversiones tienen un carácter estratégico, el giro de la situación internacional de los últimos años ha introducido también cambios en las políticas científicas. Han disminuido los fondos para la exploración espacial y aumentaron considerablemente para los estudios sobre inteligencia artificial y el genoma humano.

La investigación científica es planificada por los gobiernos y sus agencias especializadas, así como por las empresas y universidades. La asignación de recursos solicitados por los investigadores depende de la aprobación de sus proyectos por esas instituciones. Esto no excluye que grupos de científicos, sobre todo del más alto nivel (premios Nobel, por ejemplo), consigan dedicarse a temas de su personal interés con relativa independencia de controles estatales o empresarios. Pero éste no es el caso de la gran mayoría, para quienes sus intereses vocacionales son "suavemente" reorientados hasta coincidir

con los programas de las instituciones en que pretenden trabajar.

Se ha reavivado una larga polémica sobre el papel positivo o negativo que tiene la ciencia en la sociedad y el grado de libertad o dependencia que posee para la construcción de su teorías y métodos. Causaron alarma en la opinión pública y en la comunidad científica, sucesos como las explosiones atómicas y los accidentes en las centrales nucleares y, en fecha más reciente, las manipulaciones biogénéticas y del comportamiento. La preocupación se incrementa al percibirse que estas tecnologías de punta están dando sus primeros pasos y ya avanzan, velozmente, estimuladas por oscuros y corruptos intereses financieros, políticos y militares que mueven sumas voluminosas de dinero.

En los debates se aprecian dos posiciones extremas y un campo intermedio mayoritario pero heterogéneo.

Una posición consiste en la afirmación que la ciencia es, sin objeción alguna, factor de progreso de la humanidad o, en realidad, el único factor de progreso en un mundo en el que todo está en decadencia salvo, para muchos de los que sostienen este punto de vista, la democracia liberal. Otro aspecto de esta posición extrema, consiste en considerar a la ciencia como "neutral" en su proceso de construcción interna respecto de las influencias del poder social y, por consiguiente, no responsable de los malos usos que este poder pueda hacer de ella. Es justo señalar que los que sostienen esta posición, a los que suele llamarse "cientificistas" o "tecnócratas", no comparan al unísono los dos rasgos señalados: el rol "externo" y sus condiciones "internas". Algunos, los que sostienen que la ciencia se desarrolla en sus teorías y sus métodos con independencia de la ideología dominante, han denunciado valientemente el uso de ella en perjuicio de la humanidad que hacen los poderes políticos y militares.

La otra posición extrema niega a la ciencia, valor positivo; desde Hiroshima, y aún antes, se ha vuelto "peligrosa" para el género humano y es responsable de muchos de los desastres actuales. Niega rotundamente incluso la relativa autonomía de los investigadores y los considera globalmente como dóciles sirvientes del imperialismo y los organismos oficiales. Incluso el prestigio real que poseen los hace más peligrosos porque eso

ayuda a encubrir los planes a los que se someten. La ciencia, en el mejor de los casos, es como un remedio que cura la enfermedad y mata al enfermo; en este caso a la humanidad.

Esta crítica exasperada, absolutista, emparentada a los planteos de una izquierda contestataria, radical, puede tener un efecto deletéreo sobre nacientes vocaciones juveniles que se ven impulsadas a la acción política "pura" como única alternativa a los espurios compromisos que caracterizarían el modesto trabajo científico. Más allá de lo que sus teóricos pretenden, reverdece en estos planteos las viejas consignas de "ciencia capitalista vs. ciencia socialista" o incluso "ciencia burguesa versus ciencia proletaria".

La cuestión fundamental se expone, en realidad, en esa ancha franja de la actividad científica y de la vida de las comunidades de investigadores, que disputan las luchas democráticas por ganar espacios para el progreso de las ciencias; para enfrentar los poderes que condicionan y limitan sus trabajos, para ayudar a tratar y resolver los problemas que aquejan a la sociedad y traban un desarrollo sostenible y orientado al hombre.

Cultura

La cultura y las políticas que le conciernen ocupan un lugar secundario en la mente de gobernantes y gobernados. La prioridad reside en la preocupación y la angustia que producen la marcha de la economía y las luchas por el poder político.

Sin embargo, si se encara la cuestión, es difícil restarle importancia. Es un ámbito de la vida social en el que más y mejor se aprecian las vertiginosas transformaciones de las últimas décadas.

Los cambios son profundos pero su evaluación dista de ser unánime. Suele hablarse de revolución cultural, de una nueva cultura, de un nuevo modo de producción cultural e incluso, ampliando los términos, de encontrarnos en los umbrales de un cambio civilizatorio. Otros prefieren acentuar las continuidades dando menor significación a las rupturas: es la base de la discusión modernismo-posmodernismo.

Existen dos modos que las informaciones tienen para cir-

cular a través de las generaciones; hay claras diferencias y también llamativas analogías entre ambas. El capital de información genética está codificado en el ADN de nuestros organismos. La cultura forma parte del equipo extracorpóreo que asegura la transmisión, sobre todo a través del lenguaje. Aunque se han descubierto conductas en primates superiores que transmiten aprendizajes en el seno de un grupo y que algunos califican como "protoculturales", la cultura como tal es privilegio de nuestra especie.

Los cambios culturales son en general mucho más rápidos que los genéticos y hoy se han acelerado considerablemente: pueden coexistir tres generaciones que, sin exageración, se ubican en culturas diferentes. Incluso las discontinuidades y rupturas son vividas con todas las perturbaciones imaginables por una misma persona, en una generación. Tal es el caso de buena parte de los humanos que alcanzan la edad media de la vida.

Los cambios no se limitan al reemplazo de lo viejo por lo nuevo, lo que complica su análisis y a la vez da la pauta de posibles enriquecimientos. Se dan amalgamas más que síntesis, nunca mejor expresadas que en la fórmula Discepoliana de "la Biblia y el calefón". Hay resignificaciones donde lo anterior pasa a tener otros sentidos o sin-sentidos. Hay hibridaciones entre viejas y nuevas pautas culturales que se abren a campos de creatividad en los que emergen insospechados productos culturales.

En el imaginario de la izquierda es habitual que estos cambios sean sentidos con malestar, sospecha e incompreensión, tanto más cuanto mayor sea el dogmatismo desde donde se los evalúa.

Pero hay un hecho indiscutible que justifica al menos en parte este rechazo. Los cambios culturales están ligados a esta etapa del sistema capitalista de internacionalización financiera, y su tendencia a la globalización de todos los aspectos de la sociedad lo que incluye, naturalmente, la cultura.

Las nuevas tecnologías vinculadas a las comunicaciones son el factor más dinámico que incide en la producción de los cambios.

La tecnología y el mercado han estado ligados desde tiempo inmemorial a la cultura. Los cambios técnicos y del mercado

han promovido nuevas formas culturales y éstas a su vez han sido terreno fértil para el desarrollo de nuevas tecnologías y relaciones mercantiles. Ya en la prehistoria, el avance de las técnicas en el tallado de las piedras, produjo las bellas hojas de cuchillos solutrense que no eran instrumentos prácticos sino expresión de valores estéticos y probablemente sagrados. Hoy valoramos obras de arte que en su momento fueron producidas por encargo de mecenas nobles y burgueses.

Los progresos tecnocientíficos suscitaron muchas veces valoraciones contrapuestas en especial a partir de la revolución industrial. Las nuevas máquinas y las innovaciones que su empleo acamaban produjeron entusiasmo y también rechazo. Así fue con la máquina de vapor, el ferrocarril, la electricidad, etc. Lo que antes fueron estrafularias inquietudes, como aquellas de los que pensaban que el paso del tren mataría de susto al ganado, hoy como veremos, son alarmas más justificadas. Por lo pronto los medios, en mayor medida que las tecnologías anteriores, tienen origen militar: fueron desarrollados o fuertemente impulsados por requerimientos de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra fría y de allí se "derramaron" sobre la sociedad civil.

Este comienzo espurio alimenta las especulaciones de un final apocalíptico: lo que nació para la destrucción del enemigo, terminaría su ciclo contribuyendo a destruir la trama de la sociedad humana. Es la "bomba informática" que estalla ahora, algo después de la bomba atómica.

Los medios masivos de comunicación inciden en la cultura de un modo ditiil de imaginar hasta hace poco tiempo. Su influencia se ejerce incluso sobre la economía, sobre la existencia misma de la transnacionalización productiva y financiera. Aunque la invención del telégrafo y la radio fueron un importante paso previo, la comunicación en tiempo real y por infinidad de canales entre los centros de poder económico, así como la organización de las transnacionales con administración en unos países y plantas de producción en otros, son resultado de la revolución informática.

Una enorme cantidad de publicaciones se ocupan de los aspectos técnicos, de los contenidos, del papel en la globalización y de la influencia sobre los sujetos sociales de la revolución mediática.

La velocidad que permite la comunicación instantánea en tiempo real de todo el planeta, es una de sus características esenciales. La velocidad se acompaña de la fugacidad de los mensajes y de la multiplicidad de canales de transmisión en dependencia de los costos y ganancias del sistema. Un resultado inmediato es que, para cualquier usuario, los medios producen sobreinformación. Una duda inquietante es si no se ha llegado o sobrepasado el límite de las capacidades perceptivas y cognoscitivas del ser humano. De ser así, se podría estar en presencia de una nueva fuente de trastornos psíquicos: adicciones, stress, estados oníroides generados por esa sobrecarga. A esto se agrega el predominio abrumador de las imágenes sobre los textos, de las representaciones sobre los acontecimientos. La velocidad y el carácter de las imágenes limita las posibilidades de discriminación, de jerarquización de datos según una determinada escala de valores. Y se esfuman los límites de la realidad "real" y la realidad "virtual".

Los contenidos quedan inevitablemente condicionados por las características técnicas de los medios y su mercado. Es común en la izquierda atribuir la selección de los contenidos al control ideológico del poder económico y político, a través de sus representantes gerenciales. Sin restar importancia a este factor, en realidad la situación es peor. Los medios simplemente proporcionan cualquier cosa que rinda máxima ganancia. Lo que se vende son intensidades más que emociones, placer inmediato, fugaz, sin compromiso, frívolo. Que esta ideología sea funcional, útil al sistema de dominación es una "feliz" coincidencia. Como en un remedo de los viejos teatros de variedades, el espectáculo empieza cuando el usuario se conecta al medio. Allí se desencadena el bombardeo informático fragmentado. Nada o pocas cosas empiezan y concluyen: es un flujo incesante de fragmentos del cual el videoclip es un buen ejemplo entre otros muchos. Fragmentación en los medios que dificulta un juicio relativamente estable y fragmentación en la sociedad con la ruptura de los vínculos solidarios: ¿otra "feliz" coincidencia?

Los medios cambian la relación de los sujetos con la realidad y también las relaciones intersubjetivas. Una fuerte polémica se ha instalado entre sus defensores entusiastas y sus detractores sombríos. Se discuten todos los aspectos de la

cuestión. Uno de los más convocantes es el papel que juegan en la formación de niños y jóvenes. Las investigaciones realizadas no dan conclusiones claras; sin embargo, ciertos datos llaman la atención. En EE. UU., y en otros países incluyendo el nuestro, los niños y jóvenes pasan más de veinte horas por semana frente a la TV. En ese lapso tienen contacto personalizado con sus padres y madres de pocos minutos. Es difícil suponer que esas cantidades tan dispares de tiempo no incidan en la calidad de sus vínculos.

Los medios, en especial el acceso a las P. C. y el ingreso a Internet y Web, permiten una insólita situación; una persona en soledad se conecta con el mundo y no ya a través de su imaginación. **Se plantea entonces la diferencia entre estar en contacto y estar en relación.** Habría que redefinir la noción de una subjetividad que se construye y se gratifica sin relación cara a cara y cuerpo a cuerpo con un prójimo.

La interacción de los medios y los usuarios genera un campo intensamente erotizado. En la medida que las relaciones del sujeto no se dan con otros semejantes y a la vez diferentes, sino con una realidad virtual de intensidades e imágenes, la libido tiende a la satisfacción autoerótica, narcisista. Si los medios atraen, seducen, fascinan, es lógico que también creen servidumbre.

La globalización cultural, acompaña el mercado mundial y la transnacionalización económica y financiera como la sombra al cuerpo.

Las disputas por los mercados y las hegemonías políticas se prolongan y resignifican en las competencias culturales. EE. UU. está decididamente en la vanguardia. Las políticas culturales europeas para neutralizar su influencia o competir exitosamente, dan pocos resultados, incluso en el ámbito europeo. El Japón a pesar de ser la segunda potencia, tiene un enorme retraso en ese plano respecto a su influencia internacional.

La hegemonía mediática se ejerce sin violencia aparente y abarca los lugares más remotos. La radio y la televisión llegan a todos sus habitantes, salvo las poblaciones que viven en condiciones de miseria y pobreza absoluta. Se calcula que para el año 2000 habrá mil millones de personas en el ciberespacio. Esta expansión alimenta la idea que el conoci-

miento, la ciencia, y eventualmente la democracia y la solución de los conflictos sociales, avanzarán también por ese medio.

Sin embargo, existen fuertes críticas a esta perspectiva juzgada como excesivamente optimista y estas críticas no provienen sólo de las izquierdas. La revolución informática acentuará la división de la sociedad entre pobres y ricos que pasan a ser pobres y ricos informáticos. Serán los cultos y los analfabetos de la nueva época.

Si se mantiene la tendencia actual, todos escucharán radio y verán TV pero sólo 1/3 de la humanidad tendrá en el mejor de los casos, acceso al uso real de la información y a interactuar por esos medios. Por otra parte, los medios tienden a globalizar el control social, a generalizar la tendencia al pensamiento único occidental en clave neoconservadora.

Los optimistas afirman que "la gente no es tonta", que no es víctima pasiva de la manipulación, de la publicidad y el marketing; incluso reivindican el zapping como un comportamiento que protege la autonomía y la posibilidad crítica. Esta evaluación podría ser correcta si las fuerzas en conflicto fueran equivalentes pero salta a la vista que no lo son.

La globalización no cubre aún todo el planeta; encuentra en su camino la resistencia de las culturas establecidas. La especie humana es una desde el punto de vista biológico y, a la vez, ha producido una multitud de culturas diversas. Aun las culturas de los así llamados pueblos primitivos actuales, han resultado ser de una complejidad y riqueza sorprendentes que se manifiestan en sus mitos y tradiciones, en sus formas de organización social y sus reglas de parentesco, en sus valores éticos y estéticos. Por causa de la globalización, muchas corren serios riesgos de extinción por estar asociadas a la explotación y la marginación de sus portadores.

Pero las tendencias predominantes en ese conflicto son la hibridación y las diferentes formas de resistencia y rechazo.

La hibridación de las culturas es una constante de la historia; pensemos en el imperio romano o en América latina. Siguiendo la metáfora biológica, existe el vigor híbrido: una mezcla que produce ventajas en las nuevas generaciones respecto de sus ancestros. También existen los híbridos estériles y letales. Actualmente puede presumirse la existencia de

ambas posibilidades en las nuevas formas culturales. Dos casos opuestos son ilustrativos. El primero, es el de las actividades artísticas y deportivas, que llegan a una audiencia de centenares de millones; la recuperación sorprendente de clásicos, de óperas, de folklore que parecían condenados a la desaparición junto con la mundialización de deportes como el fútbol, por su presencia en los medios masivos. El segundo caso, es la existencia de fuerzas militares o irregulares vestidas con los mismos uniformes, usan las mismas armas, fuman los mismos cigarrillos, toman las mismas bebidas y a menudo compartieron la misma ciudad y la misma escuela. No obstante, se matan entre sí como si fueran alienígenos, habitantes de mundos planetarios en guerra.

Sí bien la tendencia se expresa en la globalización homogeneizante, no deben subestimarse las resistencias de las culturas que se niegan a perecer o someterse. La tesis de Huntington del choque de civilizaciones es una simplificación que elude esta dialéctica. La tesis es ambiciosa porque incluso no se limita al plano cultural, sino que pretende que la fuente principal de los futuros conflictos no será ya ideológica ni económica. Las diferencias culturales históricas harán que la colisión entre civilizaciones será el factor predominante de la política global, sobre todo, entre la civilización occidental y el resto: islámica, confuciana, eslavortodoxa, etc.

Además de lo que esto significa como subestimación de los conflictos derivados de la internacionalización de la economía, la política y los medios, Huntington toma a cada civilización como básicamente homogénea; de ser así, constituye un serio error de apreciación. Tornemos el caso de EE. UU.; en su tradición nacional y liberal fue un "crisol de razas" con la salvedad nada despreciable de indios y negros. A ritmo vertiginoso, esta sociedad es ahora una "ensalada" donde cada ingrediente se mantiene separado de los demás: es una entidad multicultural. Las tendencias asimilacionistas entre los antiguos inmigrantes al igual que las que surgieron entre los negros y los latinos o hispanos, han dado paso a minorías nacionales, étnicas y sociales, que ya no buscan su integración sino más bien el reconocimiento de sus identidades diferenciadas. Los Estados Unidos del siglo XXI pueden ser un abigarrado conjunto de guettos excluidos y excluyentes y no

una "civilización" homogénea.

Algo similar ocurre en Europa. La Unión Europea es un proceso que parece irreversible pero esto no supone el borramiento, tal vez ni siquiera la atenuación, de las diferencias que existen entre franceses y alemanes por ejemplo, sin mencionar las que se dan en cada nación: bávaros, renanos y prusianos o andaluces, catalanes y gallegos o valones y flamencos y así de seguido. Sin embargo, aún teniendo cuenta el conservadurismo implícito en cada cultura, nadie puede aventurar cómo serán los estadounidenses, los islámicos, los orientales, que protagonizarán los conflictos del próximo siglo.

Al margen de las formas culturales que propicia la globalización hegemónica, se advierte el surgimiento de otras formas que tienen cualidades totalmente diferentes y que avanzan en otra dirección. Aunque no tienen todavía un peso suficiente como para neutralizar la tendencia dominante - logran escaso eco en los medios-, su existencia es muy importante porque tienen desde su nacimiento, ellas también, una tendencia globalizadora. Son independientes del mercado mundializado, resisten el modelo neoliberal y tienen una acción afirmativa. Apelando a la reiterada metáfora de la punta del iceberg, su parte más visible se expresa, entre otras cosas, en una serie de foros internacionales que tuvieron lugar en los últimos años y en los que se debatieron los más acuciantes problemas de nuestro tiempo. Reuniones que no se limitaron a comités de expertos y de representantes gubernamentales, sino que resultaron asambleas masivas de organismos no gubernamentales, de movimientos sociales y de militantes de base. Recordemos las realizadas sobre Medio Ambiente en Río; la Mujer en Beijing; Desarrollo Social en Copenhague; Población en El Cairo; Derechos Humanos en Viena.

No pienso que sea excesivamente optimista aventurar que estos foros internacionales y, sobre todo, las miles y miles de reuniones y publicaciones que en todas partes del mundo les precedieron y sucedieron, sean un esbozo, es decir, un síntoma de una cultura alternativa basada en valores sustantivos como el pleno reconocimiento de las diferencias y, a la vez, la necesaria y posible unidad opuesta a la homogeneización y fragmentación de la cultura dominante.

Pasado y presente del dogmatismo

Cuando pensé en cual podría ser el contenido de este ensayo, me sentí habitado por el fantasma del fray Luis de León, al retomar su cátedra luego de muchos años, comenzó diciendo: "como decíamos ayer... ". Mi "ayer" fue el año 1988, durante el que escribí "El dogmatismo: fascinación y servidumbre", que salió de imprenta en julio de 1989, poco tiempo antes de la caída del Muro de Berlín. En estos pocos años han ocurrido cambios muy importantes en el mundo y también en mi ámbito personal. Murió la compañera de toda mi vida y también mi anciana madre. Mis hijos me dieron tres nietos, por supuesto adorables, que se sumaron al primero que ya había nacido por entonces. Sufrí algunos contratiempos de salud y "last but not least", abandoné silenciosamente el partido comunista.

Cuando el mundo que nos rodea y nosotros mismos experimentamos cambios de tal magnitud, es difícil establecer posibles continuidades. Una de ellas es la cuestión del dogmatismo, en particular en la izquierda que bajo nuevos y también viejos ropajes, sigue vigente. Al comenzar a escribir aquel libro, me guiaba la convicción de la existencia de dogmatismos vergonzantes encubiertos en discursos de apariencia antidogmática. Me di cuenta que ningún dogmático (salvo en el caso de la religión), se reconoce como tal y es tarea de otros el descubrirlo. Me guió también mi propia "historia política", que comenzó muchos años antes de entrar en el partido. Me había formado en una matriz ideológica paterna dominada por las ideas del liberalismo y el socialismo, los derechos del hombre y del ciudadano y, en particular, la justicia social. Tenía dieciséis años cuando terminó la Segunda Guerra Mundial y, por entonces, Stalin representaba para los comunistas y también para muchos otros, incluidos dirigentes de países capitalistas, el hombre que dirigió la construcción del socialismo en la URSS y el jefe del ejército y del pueblo que, con inmensos sacrificios, habían hecho el aporte fundamental para la derrota del fascismo. Las críticas y las denuncias que provenían sobre todo de los trotskistas, así

como de algunos "renegados" o políticos burgueses de la derecha liberal, eran tomadas como exageradas o malintencionadas, fundadas en errores de información, resentimientos y otras bajas del alma.

Fue por entonces que hice un primer y último aporte a la literatura universal en el género de la poesía. Era una oda a Stalin en el estilo nerudiano de moda en la época. La envié firmada con seudónimo al periódico de la Juventud Comunista que había llamado a un concurso y, para mi suerte o desgracia, resultó premiada. Tengo todavía el amarillento ejemplar en que se publicó pero, por ese persistente temor al ridículo que mencioné en el prólogo, me niego a reproducirla aquí. Mis lectores deberán disculpar que les prive del maligno placer de su lectura.

Estudié medicina y luego psiquiatría. Eran los tiempos de la primera y la segunda presidencia de Perón, cuando en la Universidad se volvía a repetir aquello que denunciaba el Manifiesto liminar de la Reforma del '18: ... "el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara". Carecíamos de maestros en una época de la vida en que son indispensables. Los buscábamos afanosamente y los encontrábamos, a veces, en sus cátedras casi clandestinas: Jorge Thenon y José Luis Romero, por ejemplo. Y también, por qué no, en algunos dirigentes del Partido. Eran tiempos en que creí poder conjugar el máximo nivel de rigor científico, con la creencia en los valores sociales y políticos que el stalinismo nos ofrecía. Siempre tuve, sin embargo, cierta ambivalencia. Recuerdo que cuando decidí afiliarme siendo médico recién recibido, le dije al camarada que me hizo firmar la ficha, que no terminaba de entender eso que, poco tiempo después, se llamó eufemísticamente "el culto de la personalidad" de Stalin. El hecho es que entré de lleno en la defensa y divulgación de las tesis de Lisenko y de otras concepciones sacralizadas por el Comité Central y, luego, por demasiados años en las teorías de Pavlov. El estudio de la psicología soviética, desalentada por decirlo suavemente, en el periodo de auge stalinista junto con algún "disidente" pavloviano, me abrió las puertas a un pensamiento potencialmente herético reforzado por mis lecturas erráticas de marxistas occidentales y pensadores progresistas. Mis

prácticas profesional y política hicieron el resto; seguí militando pero era "un compañero con dudas". Además ocurrían sucesos conmocionantes en el plano internacional: el "deshielo" de Jruschev, Hungría, Checoslovaquia, el eurocomunismo, el conflicto con China por citar sólo algunos. Y en la Argentina se evidenciaba la notable capacidad del Partido para tomar, las más de las veces, la decisión equivocada junto a la coexistencia de un discurso "de principios" intransigente con una práctica "flexible", oportunista. Además no me satisfacía la forma insuficiente, casi pudorosa, en que buena parte del movimiento comunista internacional se refería al tema del stalinismo dando la pauta -con perdón de la metáfora médica- que el mal había arraigado tan profundamente en los organismos y los camaradas, que persistía en estado latente y, por lo tanto, capaz de reactivación, a pesar que los síntomas más manifiestos iban desapareciendo. En la conclusión de aquel libro señalaba, entre otros "factores de riesgo", sobre la recaída o persistencia del stalinismo, a la concepción del marxismo como un sistema autosuficiente y la organización y el funcionamiento de los partidos como entidades únicas, con liderazgo unipersonal, que en los países socialistas estaba fundido con el Estado.

El libro respondía entonces, entre otras razones, a una fuerte motivación personal: era un tardío ajuste de cuentas con el stalinismo. Por eso estaba dividido en dos partes. La primera, de carácter general y, la segunda, algo más extensa y titulada "Un caso de dogmatismo desarrollado", se ocupaba detalladamente del stalinismo. Creo que la crítica al stalinismo es ya una tarea intelectual y política cumplida; para mí es un asunto cerrado. Lo que se produzca de ahora en más será redundante y, en el mejor de los casos, ampliatorio de la información disponible. Se conocerán nuevos documentos hasta ayer secretos sobre el horror del régimen; se precisarán más las cifras pavorosas de los crímenes pero ya nada alterará lo esencial de su evaluación histórica. Pienso, sin embargo, que como la historia se escribe desde el presente, es por eso una de las cosas que más cambian en este mundo. Esto es, especialmente cierto, respecto de Rusia en donde los sectores nacionalistas y los así llamados comunistas, vuelven a buscar en el viejo líder nuevas orientaciones.

La primera parte de aquel libro creo que conserva, en cambio, valor actual tanto por aquellas problemáticas que han sufrido modificaciones sustanciales como por las que mantienen su vigencia.

Comenzaba sosteniendo que los dogmatismos vergonzantes o hipócritas, se apoyan en un análisis pobre y unilateral de las realidades de todo orden, ya que cuando interrogan a la historia, padecen una "escotomización", fenómeno que conduce a una recuperación selectiva, parcial de la memoria. Escotoma es una alteración patológica que consiste en la pérdida parcial de la visión, de la que el sujeto que la padece no tiene clara conciencia. El retraso y la distorsión de la teoría marxista nos ha colocado ante serias dificultades para reconocer y evaluar, con justeza, las profundas transformaciones producidas en las últimas décadas. Decía que estos cambios y sus efectos recién estaban comenzando y que "es muy difícil poder imaginar el mundo a que estamos accediendo, la sociedad que nos espera a la vuelta del milenio". Declaraba mi impotencia para hacer su inventario. Por eso me limité a describir algunos: la capacidad del capitalismo, conservada e incrementada, para desarrollar sus fuerzas productivas absorbiendo los resultados del progreso científico, técnico y también los cambios en la configuración de la clase obrera que, para mí, seguía manteniendo su rol histórico protagónico. Aludía a las perturbaciones ecológicas, a la presencia de nuevos actores o movimientos sociales, a la crisis de los liderazgos políticos y el auge de la democracia parlamentaria, sobre todo, en el mundo occidental.

Un capítulo aparte le dediqué a los dogmas de origen burgués, como los de la propiedad privada y el individualismo, y de otros del mismo origen que pasaron casi sin modificaciones al arsenal teórico del socialismo; como ocurrió con el racionalismo, la idea del progreso indefinido y la crítica dogmática -valga la paradoja- a la religión.

En otro capítulo me interesé por las relaciones entre el poder del Estado y la iglesia "oficial". Desde los comienzos de la historia los estados asociaron siempre la coerción con la obtención del consenso de sus súbditos que garantizara la hegemonía. Este consenso se lograba a través de un cierto culto, de una creencia de carácter religioso presente aún en

los estados laicos modernos. Además, los estados mantuvieron siempre relaciones a veces conflictivas pero en última instancia de asociación, con la Iglesia de la religión dominante en su territorio. Existía, por un lado, una dogmática que tenía en la religión, en la Iglesia, su lugar natural y legítimo, claramente proclamada y que operaba como soporte teórico de su propia razón de ser. Asimismo, existían estados sostenidos, al menos en parte, por su propia dogmática a veces manifiesta y otras encubierta, vergonzante.

En el caso de la URSS, de la mayoría de los partidos comunistas y de muchos partidos de izquierda, advertí la presencia de esa "religiosidad" en aparente contradicción con el carácter explícitamente ateo o laico de esos organismos.

Emprendí entonces el examen de los dogmas desde la perspectiva de la religión, particularmente del cristianismo católico.

Me faltó información desde el cristianismo ortodoxo, religión predominante en Rusia, pero sospecho que las conclusiones no hubieran variado sustancialmente para el objetivo que me proponía. No se trataba de hacer una crítica de la religión utilizando un aspecto vulnerable. Más bien al contrario; se trataba de esclarecer, desde ella, el dogmatismo en el pensamiento y la acción de la izquierda.

Hice un examen detenido de textos de la Iglesia católica y de la "actividad dogmática" de los partidos comunistas. Transcribo los resultados de ese cotejo que admito me produjo cierta sorpresa por el notable paralelismo que revelaba.

- Los dogmas nunca son formulaciones aisladas.
- Existe una articulación de los dogmas con la institución que los proclama, la comunidad que rodea a la institución, sus propios miembros y los textos originarios.
- Existe una relación estricta de interdependencia entre los dogmas y la estructura de la institución, en la que se da necesariamente una jerarquía vertical, piramidal. Juegan un papel de validación ciertas tradiciones y las reuniones más amplias de jerarquías intermedias (concilios, congresos, sínodos, etc.).
- Los dogmas no son una mera necesidad inherente a la doctrina; cumplen varias funciones;

- a) resuelven las discrepancias desde el poder que reclama obediencia. En su defecto, las sanciones a aplicarse quedan automáticamente legitimadas, cualesquiera sean sus fuerzas: llamado al orden, expulsión, tortura o muerte, en dependencia de la supuesta gravedad de la falta cometida y de la posibilidad que el poder de la institución tiene de ejercerse;
- b) son una alabanza solemne al poder;
- c) implican una actualización ideológica;
- d) su sencillez y claridad aparente son útiles a la enseñanza de la doctrina a los miembros de la institución y para ganar nuevos adeptos.

No surgen de la nada, ni como un capricho arbitrario. Tienen a veces una larga elaboración previa e implican un momento de cristalización teórica.

No surgen tampoco simultáneamente, sino en un proceso en el que los posteriores se apoyan y desarrollan sobre la base de los preexistentes.

Si no se trata de cuestiones especialmente controvertidas y de importancia doctrinaria decisiva, en la medida que el consenso en el seno de la institución se mantenga, su formulación no llega a ser necesaria. Ciertas formulaciones, en el marco de un autoritarismo con consenso, sencillamente se van haciendo indudables e indiscutibles.

En las cuestiones que no hacen a los principios, puede haber libertad para el debate. Los dogmáticos suelen advertir contra el exceso de celo doctrinario.

Existe siempre una instancia de autoridad superior e inapelable, a la que se atribuye infalibilidad. En su sentido estricto, esto no quiere decir que nunca se equivoque sino que no miente jamás. (!)

Concomitantemente con los dogmas existen ritos, reliquias, imágenes de líderes vivos o muertos y fórmulas con determinado estilo en el que nunca está ausente la solemnidad, que tienen por objetivo principal el mantenimiento y fortalecimiento de la fe y la identificación con la institución y sus autoridades.

Los exégetas, comentadores de los libros originarios, no son compañeros como otros sino que acceden a la jerarquía de maestros.

- Los manuales, guiones y resúmenes productos de la labor exegética sirven a la enseñanza oficial de la institución y evitan a la vez el riesgo de contacto directo con los libros originarios, en los que la posible pluralidad de sentidos que surgen de la interpretación personal pueden conducir a errores doctrinarios.
- Los dogmas no admiten cuestionamiento parcial. Tendría graves consecuencias aceptar que sean verdades a medias.
- Como los dogmas son comentarios, interpretaciones, momentos de síntesis de las Sagradas Escrituras o de los textos de los clásicos, no implican verdadero enriquecimiento de la doctrina o la teoría. Esta circunstancia puede quedar disimulada por la tentativa de actualización doctrinaria que todo dogma implica.
- Los libros originarios son la primera y la última verdad. El ciclo del conocimiento se cierra sobre sí mismo. La Iglesia no admite explícitamente la existencia de error en las Sagradas Escrituras. En el dogmatismo marxista la actitud es hipócrita: jamás un dogmático, y éste es un buen indicador que lo delata, ha señalado un solo error en los clásicos. Si reconoce que pueden existir, se limita a callarlos y, si tiene suficiente poder, a censurarlos.
- El pensamiento dogmático es eminentemente deductivo. Deduce los dogmas de los textos originarios y, a su vez, la comprensión de la realidad la deduce de los propios dogmas. La verdad no surge jamás de la experiencia histórico-social concreta. Lo que no coincide con los principios, o no existe o es falso. En todo caso, los acontecimientos históricos sirven para estimular la actualización dogmática.

Existe una discrepancia en este cotejo en el que, como puede apreciarse, hay un impresionante conjunto de similitudes. La tal discrepancia es respecto de la cuestión de los misterios: aspecto sustancial de toda religión, no sólo la católica, y que aparentemente no se registra en el dogmatismo político. El dogma religioso implica siempre un misterio de fe. Es una verdad revelada. La razón se agota en un punto en el que cede paso a la creencia, sustento esencial de la relación con la divinidad a la que puede entenderse pero no comprenderse en sus designios.

El dogmatismo político en cambio, mantiene siempre su

razonabilidad y expresa un pensamiento humano con pretensión teórica. Sin embargo, la discrepancia tiende a desaparecer si ampliamos el cotejo al contexto dogmático. Entonces apreciamos lo que en la religión aparece como silencios y zonas impenetrables a la razón, porque son el territorio de la fe, que se muestran explícitamente en la doctrina y están claramente acotadas por ella misma. En el caso político aparecen sus propios misterios, pero no ya en el plano doctrinario propiamente dicho sino en la organización y el funcionamiento de la institución. Estos misterios, a diferencia de los dogmas, son implícitos y difusos. Abarcan trozos enteros en blanco de la historia, el secreto que rodea acciones del Partido o Estado que frecuentemente nada tienen que ver con razones de seguridad, aunque se utilice esa coartada para justificarlas. Bastan los silencios, la censura sobre todo aquello que pueda amenazar la estructura dogmática.

El dogmatismo neoliberal

Sería un enfoque unilateral y al mismo tiempo cometer una injusticia, el limitar el examen del dogmatismo a las izquierdas y la burguesía clásica. En los últimos años ha aparecido una nueva dogmática como parte de un también nuevo "movimiento religioso" que -debemos reconocer- cuenta con pocos sacerdotes verdaderos entre sus filas y de las que el mismo Papa se ha autoexcluido.

El dogmatismo neoliberal tiene menos coherencia interna que el propio de las religiones o el de inspiración marxista. Pero tiene la ventaja que le otorga ser parte de la ideología dominante, con un consenso que pudo ser mayoritariamente esperanzado y hoy se mantiene por la negativa en los comienzos de su precoz decadencia, cuando vocifera que para él no hay alternativa más que el caos.

Se construye en torno a unas pocas ideas-fuerza: las pretendidas "leyes del mercado", concebidas tan insoslayables como las leyes de la naturaleza; la globalización como tendencia irrefrenable sin contrapeso alguno; la racionalización y la eficiencia, las privatizaciones, la apertura, la reducción del Estado y algunas más. En la realidad, la marcha de la economía sobrepasa y condiciona, en buena medida, la política y la mundialización del mercado financiero, así como preside la globalización ideológica y cultural hasta un punto que, creo, el propio Marx no hubiera sospechado. Si es así y todo tiene su precio, desde los CDROM y la Internet hasta los condones, el mercado inunda la privacidad, es lógico que la nueva religiosidad tenga su propio idioma, su latín o su griego antiguo, que es la jerga economicista. El discurso hegemónico se da en clave económica porque la verdad se habla en ese lenguaje y poco o nada de los asuntos humanos queda por decir fuera de ella. Hay unos pocos teólogos, doctores de la nueva fe como Hayek o Friedman, que elaboraron los textos originarios y hay muchos exégetas, políticos, profesores, periodistas y una multitud de profetas; asimismo, funcionarios y ejecutivos tecnócratas, recorren el mundo proclamando y aplicando la nueva verdad revelada.

El discurso economicista tiende a constituirse como "pensamiento único"; es el monopolio del saber, suprema soberbia del pensamiento. Lo que queda fuera es error, malignidad, ineficiencia de los que se resisten a la conversión.

La doctrina debe leerse en ese latín y los legos estamos inermes para entenderla. Algunos sacerdotes bien intencionados como Luteros posmodernos, desean traducirla para la gente común que así podría adherir mejor a la nueva fe. Tarea peligrosa porque el "pensamiento único" requiere un grado protector de oscuridad. De lo contrario, mostraría sus flaquezas y el riesgo herético sería mayor. La doctrina admite los "aggiornamientos" y cierto grado de disenso, a condición de no cuestionar los principios fundacionales.

El dogmatismo neoliberal se presenta como la forma de pensamiento acabada que culmina el capitalismo desarrollado y como condición indispensable de su existencia y desarrollo posterior. Ambos se legitiman recíprocamente; los dioses del reino de la realidad y del reino del pensamiento, se han encontrado finalmente y su unión garantiza un reinado perenne.

Los teólogos del neoliberalismo, a pesar de su reconocida inteligencia y capacitación, no pueden pensar ni por un momento en la fugacidad de sus propuestas dogmáticas. La idea del "fin de las ideologías" lanzadas al mercado por Fukuyama, levantó tal ola de críticas que fue retirada del catecismo. Pero subyace en la intimidad del corazón de sus adeptos: el neoliberalismo, al igual que el capitalismo, ha llegado al mundo para quedarse definitivamente como realización de la historia humana. No toman en cuenta que ni las estrellas, los dinosaurios, los imperios, han sido eternos; tampoco registran que en el movimiento de la historia, el capitalismo no tiene por qué perdurar. Que su vida se prolongue más allá de la vida personal de un luchador social es para éste, seguramente, doloroso y frustrante, pero eso no le otorga al capitalismo una certificación de durabilidad. De todas maneras han pasado los tiempos en que se reiteraba, en toda oportunidad que parecía propicia, la consigna de "la crisis final". No cabe duda ahora que se ha mantenido y desarrollado a través de la crisis que el mismo ha generado, hasta el punto que se puede afirmar que las crisis constitu-

yen su forma natural de existencia. Con el neoliberalismo la situación es completamente diferente. Es la modalidad más reciente con la que ha intentado superar una de sus crisis periódicas. Tiene corta vida y ya muestra síntomas de agotamiento, porque la creciente desigualdad y la gran masa de excluidos que ha generado su política, está llevando al propio sistema capitalista a un callejón sin salida. Por eso reaparece en círculos dirigentes la nostalgia por Keynes y el Estado de Bienestar.

Todo dogmatismo asociado a una cierta religiosidad, propone una ética. La ética protestante tuvo mucho que ver con el cambio de subjetividad que impulsó al capitalismo en sus orígenes, como lo demostró brillantemente Max Weber. Ya en este siglo, el fordismo con la producción masiva en línea de montaje, el énfasis en los tiempos, la eficiencia y la productividad, impulsó una ética para los obreros de la industria: la famosa "ley seca" fue una de sus consecuencias. La producción exigía trabajadores sobrios, abstemios, de vida ordenada, casados, que estuvieran en condiciones de adaptarse a la nueva forma del trabajo y que, incluso, ahorraran para poder comprar los Ford que ellos mismo producían y salir a pasearlos los fines de semana con sus lindas familias.

La religión neoliberal también promueve su ética que puede sintetizarse en dos normas básicas: el consumo y el sacrificio.

Son dos polos de una misma configuración pero no tienen los mismos protagonistas. Por principio, todos tienen el derecho, más que el derecho, el deber de consumir.

Recuerdo la cáustica frase de un francés que, en el siglo pasado, dijo que en su país todos eran iguales porque tanto los ricos como los pobres, tenían el derecho de dormir bajo los puentes de París. Todos somos entonces potenciales consumidores. Al mercado neoliberal le interesa mucho más atender a deseos fugaces que satisfacer necesidades duraderas. Es fundamental que compremos todo lo que no necesitamos realmente; se ha generado una verdadera subcultura, que estimula los valores de juventud, cuidados corporales, belleza, status, exhibicionismo tecnológico, etc. En síntesis, la más desbocada exaltación del narcisismo.

En el otro polo está el sacrificio para los que no acceden al consumo. A diferencia de las otras religiones, en la neoliberal,

no existe la esperanza de un paraíso ni en el cielo ni en la tierra.

El sacrificio es sencillamente necesario y debe aceptarse con resignación para que los negocios prosperen y las cuentas cierren. Sólo existe el consuelo de que, alguna vez, cuando la prosperidad haya colmado la copa de los de arriba, algunas gotas se derramarán para aplacar a los sedientos de abajo.

En todas las religiones, los sacerdotes han sido siempre sospechados de hipocresía. ¿Qué creyente no se ha preguntado a sí mismo para aventar sus propias dudas: "¿él cree realmente lo que nos está predicando?" En el caso de los predicadores del neoliberalismo, la sospecha se robustece porque se los percibe livianos, cínicos y distantes cuando parlotean en su idioma economicista y, al mismo tiempo, torpes, molestos para tratar los problemas de la gente. Desde sus púlpitos -los medios, en especial la TV-, dan directivas, enseñan y culpabilizan aun a los que creen en ellos sin entenderlos demasiado.

Los templos del culto neoliberal son en primer lugar los lugares secretos de los despachos oficiales, las oficinas del directorio de los bancos y las grandes empresas. También lugares privados, alejados en lo posible de los ruidos de la calle que molestan a las ceremonias y sus oficiantes. No deben llamar a engaño algunas ausencias: las ceremonias y los rituales son discretos y aburridos; los templos, despojados de símbolos ostentosos; las vestiduras caras, pero de sobria elegancia.

El Ser Supremo es pura espiritualidad; como el de las religiones monoteístas no tiene nombre; está en todas partes pero no se lo ve en ninguna y, sin embargo, dirige el mundo y la vida de cada uno.

Su esencia sólo se representa como dinero, divisas, oro; circula como pulsos electrónicos por las redes informáticas.

Los males del mundo jamás son asumidos como producto de su prédica. Los culpables son los enemigos, los paganos que no se han convertido y también los conversos que no se consagran con suficiente rigor y fe a aplicar los preceptos del dogma, que no hacen todos los sacrificios que se espera de ellos. Por eso es lógico que debamos pasar por el largo purga-

torio de la reconversión, para purificarnos de los pecados de la compasión y de la solidaridad.

Y así acceder al neblinoso reino de los Señores del que, curiosamente, los propios Señores nada dicen, salvo que en ese reino de los números y no de los hombres, las cuentas estarán claras y los balances darán saldos positivos. Y entonces, los poderosos sonreirán beatíficamente y, quizás y sólo entonces, mirarán con piedad a los pobres de la tierra.

El sujeto en la trama del poder, el dogma y la creencia*

Teoría de la subjetividad

El marxismo no dispone de una teoría desarrollada de la subjetividad, pero sí de algunas tesis que tienen un valor que no puede subestimarse. Entre ellas la excentración social de la esencia humana, la formas históricas de la individualidad, la ilusión, la escisión y alienación del sujeto. En cada una pueden rastrearse antecedentes, pero en el pensamiento de Marx adquieren su especificidad. Aquí se encuentra uno de los puntos neurálgicos de puesta a prueba del marxismo creador, ya que el trabajo teórico, si bien intenso, es aún insuficiente.

Para el desarrollo de la teoría de la subjetividad, los aportes de disciplinas como la antropología, la sociología, la lingüística y el psicoanálisis son insoslayables y han derrotado los esfuerzos de cierre y autosuficiencia dogmáticos. Las articulaciones de estos aportes con el método marxista son una apasionante tarea de las ciencias sociales contemporáneas que deben tener como recaudo metodológico eludir el eclecticismo y las síntesis prematuras que clausuran las investigaciones con esquemas autocomplacientes y estériles.

La excentricidad de la esencia humana la vemos ejemplarmente explicitada en la famosa VI Tesis sobre Feuerbach: "La esencia humana... no es una abstracción inherente al individuo singular. En su realidad es el conjunto de las relaciones sociales". Estas relaciones sociales no son, como ha querido verlo un cierto economicismo, sólo o casi exclusivamente relaciones de producción. Son también relaciones de reproducción de los propios hombres: relaciones de parentesco, de afectividad y sexualidad, de lenguaje, de agresión y cooperación, de sometimiento y dominación.

Las relaciones sociales (el hombre socializa también el mundo natural), son interiorizadas, transformadas y organi-

** Este ensayo reproduce, con algunos cambios, un capítulo de mi libro "Dogmatismo: fascinación y servidumbre".*

zadas como estructuras subjetivas. Sistemas de representaciones, valores, ideales, imágenes de las experiencias de la propia historia que mediatizan y refractan toda relación que se establezca. Estructuras de sentido, funcionales, que hacen al sujeto humano tan opaco a las posibilidades de la percepción directa y al "sentido común", como los son las estructuras de la sociedad misma. Esta opacidad compartida, generó la esperanza de su resolución en un sólo movimiento epistémico reduccionista: la ideología social tendría su clave en el inconsciente individual, o éste en aquella. En rigor, se trata de estructuras heterogéneas que tienen en común un mayor o menor grado de inconsciencia. Se trata de avanzar en su conocimiento con la aplicación de los mismos métodos que le son específicos y en su articulación, porque una, la estructura social, se hace eficaz por mediación de la otra, la subjetiva, y ésta se constituye, en su esencia, por la primera. Como dice Lucien Séve, "formación social, formación individual que sin cesar pasan la una en la otra y en la que la disimetría -una es base de la otra-, no impide que el estudio de la segunda sea indispensable para la plena inteligencia de la primera".

Diferentes teorizaciones han construido sus conceptos sobre esas estructuras objetivas con mayor o menor fortuna científica y éxito social. En lo que sigue utilizaré a menudo ideas provenientes del campo del psicoanálisis. No lo haré por que creo que así reparo, en ínfima medida, la descalificación que el dogmatismo hizo de ésta como de otras disciplinas. Tampoco es porque atribuya, como efectivamente lo hago, gran importancia a sus desarrollos. Se trata de que, desde la problemática que nos ocupa que es la del dogmatismo, el psicoanálisis es el que más ha avanzado en su elucidación desde la teoría del sujeto quizás, entre otras causas, por el examen despiadado de muchos psicoanalistas sobre su propia posibilidad dogmática.

La ilusión de transparencia y de unificación no contradictoria, está anclada profundamente en el deseo de los hombres. La noción de ilusión nos viene de los filósofos iluministas, entendida como fundada en la ignorancia y la impostura, superables en apariencia por el conocimiento verdadero que vence a la superstición e impide la dominación a que el hombre ignorante y crédulo está expuesto. Tal era a su vez la ilusión del Iluminismo.

Pero en verdad la ilusión tiene sus raíces en la sociedad y en el propio sujeto humano. La primera es social, objetiva, y expresa relaciones de clase, de sujeción y dominación. La segunda se apoya en el desconocimiento y expresa una necesidad subjetiva. No es simple falta de conocimiento; extrae su fuerza de un deseo. Para Feuerbach, el hombre está escindido, separado de su esencia humana. El deseo es, entonces, el ser reunificado, lo que constituiría la esencia de la religión, porque en ella el hombre proyecta, aliena su propia esencia en la imagen de un creador, y con ayuda de la religión se reunifica con él y en él.

Marx comparte con Feuerbach su análisis de la escisión y del proceso subjetivo de la ilusión, pero va más allá, reconociendo la esencia humana, como ya lo vimos, en el conjunto de las relaciones sociales. La reunificación no sería ya un proceso sólo espiritual, sino que atraviesa una historicidad concreta, la de las luchas sociales a través de las cuales los hombres recuperarán sus "fragmentos" o su esencia alienada en el fetiche de la mercancía, por las condiciones sociales de explotación y dominación. Marx dice "exigir al hombre que renuncie a las ilusiones sobre su situación, es exigirle que renuncie a una situación que tiene necesidad de ilusiones". De paso, digamos con Jean Joseph Goux que para Freud existen menos esperanzas que para Feuerbach y Marx, ya que la escisión (o clivaje) no es reductible. La experiencia originaría marca al sujeto, una parte de sí queda separada y, más allá de las vicisitudes en la conciencia de sí, del deseo y de la ley, nunca le vuelve, sino transformada en un Otro.

Las luchas políticas, aun las revolucionarias, diría que especialmente éstas, tienen un componente ligado a la ilusión, a lo imaginario, al orden del deseo. Toda revolución tiene sus mitos, sus símbolos que movilizan y socializan las emociones y anhelos de cada uno de los participantes.

El mito es siempre un relato, una historia. El mito político no es una falsificación intencional, cínica de la historia real, escrita por la clase dominante, por sus intelectuales orgánicos o por un líder carismático con alguna aptitud literaria. Surge espontáneamente en el seno del pueblo y también de sus enemigos, en pequeños relatos, anécdotas, rumores que se entrelazan en una compleja y vasta red de informaciones

intercambiadas y paulatinamente sintetizadas. El poder opera como instancia promotora e integradora. Cuando el mito político se construye, o mejor se reelabora en el centro del poder, la historia deviene "Historia Oficial".

El mito no es lo opuesto a la historia real, sino una lectura tendenciosa, sesgada en dirección a extraer de los acontecimientos definidas conclusiones ideológicas que a su vez operan como condicionantes del proceso de mitificación. De allí una circularidad inexorable en la que el mito anticipa la historia y en ella se confirma.

El mito político al cual podemos considerar como parte del proceso ideológico tiene, como éste, la doble función de revelar y ocultar. Revelar, mostrar, la parte de verdad que conviene a su sustentación y reproducción, ocultar sus determinaciones profundas histórico- sociales y subjetivo- individuales y también todo fragmento de la realidad que pueden conspirar contra su eficacia. Revelar y ocultar al servicio del mantenimiento del orden social existente, incluso cuando el orden puede ser revolucionario, puede ser socialista.

El mito político se actualiza y se recrea en sus rituales. Los ritos hacen operantes los mitos, crean la ilusión de la participación en las virtudes sobrehumanas de la persona mitificada. En verdad, consolidan al colectivo social, le dan pertenencia y esperanza de futuro. El mito se vincula estrechamente al dogma. El dogma, en política como en la religión podría pensarse como estructura de condensación, de elaboración "teórica" de la existencia del mito. El mito cristiano del calvario de Jesús carecería de verdadera trascendencia sin el complemento del dogma que afirma como verdad de fe la esencia divina de Jesús, hijo de Dios y Dios él mismo. Sin el dogma, el sufrimiento de Jesús sería sólo la dramática historia de un hombre justo o una leyenda de poca importancia relativa en una época llena de dolores y esperanzas.

Frecuentemente se escucha, una opinión temeraria: el mito del jefe infalible, genial, es no sólo inevitable, sino necesario. Se recuerda cómo los esclavos de Roma no creyeron en la muerte de Espartaco a la espera de que volviera a dirigirlos. Mucho más cerca nuestro, como recordaba un compañero mexicano, todavía los campesinos esperan que Emiliano Zapata baje de las montañas montado en su caballo

para encabezar sus luchas.

Es cierto que a través del jefe, el pueblo vive su propia lucha, que a través de Stalin, por ejemplo, el pueblo soviético vivía la construcción del socialismo, intuía su realización como algo actual. Es cierto que daba encarnadura a las esperanzas y certidumbres en tiempos de vacilaciones y peligros. Como dice Flores Olea: "Stalin no era un jefe carismático, era la representación individualizada del socialismo."

Bien lo sabían los romanos cuando, al general victorioso que entraba al frente de su ejército en Roma para ser aclamado, el sirviente que sostenía la corona de laurel sobre su cabeza tenía el deber de repetirle al oído "recuerda que no eres más que un hombre".

El mito de un hombre lo coloca por encima de todos los demás y sirve, desde el poder triunfante, a su ejercicio indiscriminado, arbitrario. Sentado como un semidiós en su trono, puede esperarse, según su capacidad, disposición de ánimo o circunstancias, servicios estimables o crímenes monstruosos. Stalin es un ejemplo paradigmático de tales desenlaces.

Parece difícil, sino imposible, discriminar el mito del respeto y la admiración que producen inevitablemente los grandes hombres, entre ellos los grandes jefes políticos.

Los mitos contemporáneos, en particular los políticos, están lejos del carácter "espontáneo" y relativamente ingenuos de los antiguos. Aunque sus raíces emocionales son aparentemente las mismas, su destino está marcado por la presencia omnipotente de los medios masivos de comunicación y de la manipulación de la opinión pública. Los medios no se limitan a informar de los acontecimientos o a formar opinión, sino que producen los propios acontecimientos. Esto es cierto sobre todo respecto de los mitos políticos. Los apolíticos suelen apoyarse en alguna actitud relevante, a veces tan circunscrita como la práctica de un solo deporte. La política puede prescindir hasta de esa condición, como sería el caso de tener dotes oratorias. Bajo nuestras narices, asistimos diariamente a los esfuerzos concentrados de los medios para construirlos.

El imaginario social

Enrique E. Mari utiliza la metáfora del "dispositivo del poder" para referirse a que, en cada situación histórico- social concreta, se articulan tres elementos o instancias básicas: la fuerza, el discurso del orden y el imaginario social.

La fuerza es el elemento constitutivo del poder, el que lo produce, pero su vigencia se frustraría si no existieran los otros dos que son sus condiciones de reproducción.

Adjudica al discurso del orden el lugar de la razón legitimante,, del conocimiento, de la teoría, sobre todo el espacio de la ley. La ley es "razón- fuerza". Razón que comunica a la fuerza y que justifica el poder. Mari agrega: "El dispositivo del poder exige como condición de funcionamiento y reproducción que la fuerza y el discurso del orden legitimante, estén insertos en una estructura de movilización de creencias discursivas y extradiscursivas. Es el lugar del imaginario social, la tierra natural de las ideologías teóricas y prácticas". Es una praxis social que opera con los símbolos "para que las instituciones se inscriban en el espíritu de los hombres" y hagan que el poder marche.

Es larga la enumeración de estas prácticas sociales: "ceremonias, banderas, rituales, cánticos e himnos, distribución de espacios, reliquias, rangos y prestigios, etiquetas y otras no menos variada, tipo de heráldicas, diplomas, tatuajes, marcas, apelación a los ancestros, tumbas, símbolos funerarios, manejos de ruidos y silencios, escenas que ponen en relación al hombre con la solemnización de la palabra. Estas prácticas no transmiten información, como el discurso del orden, pero todas ellas tienen una función claramente dogmática", y agrega Mari, "suministran esquemas de comportamientos rígidos y repetitivos, crean marcos de preceptos para poner en conexión regularidades de las conductas con los fines y las metas del poder". Estas largas citas muestran cómo el imaginario social interpela a las pasiones, a las emociones. En él se establece la conexión entre el deseo y el poder, se hacen operantes las fantasías de la subjetividad humana.

Fantasia, según Laplanche y Pontalis, es "un escenario

imaginario en el que se halla presente el sujeto y en el que se representa la realización de un deseo, en último término, de un deseo inconsciente". No se debe oponer la fantasía a lo real, sobre todo en política. Nada más activo en la realidad que esa articulación de los deseos humanos y el poder que se realiza en el imaginario social. No pueden descalificarse las ilusiones, fantasías, esperanzas, creencias o como quiera llamárseles, como errores o falsedades, en todo caso son síntomas de una realidad social y como tales deben ser desentrañados, interpellados para enriquecer la comprensión y operar la transformación de esa realidad.

Lo imaginario está presente en toda lucha política. La esperanza excede siempre lo que "razonablemente" puede esperarse. Ninguna lucha por las famosas "reinvindicaciones inmediatas" moviliza la potencia popular si no convoca a un proyecto más ambicioso.

Lenin, en un bello fragmento, decía que "El desacuerdo entre los sueños y la realidad no produce daño alguno siempre que la persona que sueña crea con seriedad en el sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje escrupulosamente en la realización de sus fantasías. Cuando existe alguna relación entre los sueños y la vida, todo va bien. Pues bien, los sueños de esa naturaleza, por desgracia, son muy raros en nuestro movimiento".

Creencia y fe

Hemos visto hasta ahora que el sujeto está sujetado a la creencia. Bernard Muldworf, comunista y psicoanalista francés, nos recuerda que para Diderot la gran vergüenza del espíritu humano consistía en no poder demostrar, a nivel de las ideas, la vanidad del idealismo psicológico. Aquél agrega "encerrado en su subjetividad, el individuo humano no tiene relación con la realidad más que a través de la 'representación', ésta es la fuente del idealismo filosófico". Es por eso que el marxismo elude ese callejón sin salida constituyéndose como "filosofía de la praxis", y encontrando en la práctica social el criterio de verdad. "Es la práctica colectiva la que instituye la realidad material como realidad objetiva al exte-

rior del sujeto, (tesis gnoseológica materialista), pero en el plano del individuo la ilusión, la alucinación, la realidad externa tienen el mismo índice de realidad ". Dice Muldworf "representar, desear, creer, son en cierta medida la misma cosa. El individuo humano, en tanto que ser parlante, es decir, en tanto que ser del deseo, es por vía de consecuencia, ser de creencia". Más adelante dice: "En el estado amoroso, la fe religiosa, el compromiso político, el deseo y la creencia están en acción". Se trata de dar sentido a la vida, de operar en una dimensión anticipatoria, de apropiarse de cierta dosis de utopía. "De la convicción (política) a la creencia (afectiva) no hay más que un paso".

Pero hay creencias y creencias. ¿No estaremos, bajo una aparente homogeneidad, operando con procesos heterogéneos? Están, por una parte, la creencia, los sueños, los ideales de que nos hablaba Lenin. Creer, en ese sentido, es acreditar una cierta incertidumbre, un carácter precario que la práctica científica, (porque los científicos también creen) o la práctica política pondrán a prueba.

En otra perspectiva, creer es la realización absoluta del deseo; es la certeza plena ejemplificada, incluso con belleza, en la experiencia religiosa, en el éxtasis místico. Nos movemos oscilando permanentemente entre estas dos posiciones. Muldworf agrega que esta oscilación es constitutiva de la psicología del militante.

Kristeva señala la correspondencia que existe entre "creencia" y "crédito", como una de las más antiguas del vocabulario indoeuropeo: se confía una cosa con la certeza de recuperarla. Yo puntualizaría que la creencia es la confianza o la esperanza de que el crédito se haga efectivo, pero todos sabemos lo que ocurre con los créditos... En cambio, la fe, es la certeza de la recuperación.

Martin Luther King nos aporta un notable ejemplo en un fragmento de aquel famoso discurso pronunciado en el mitin por derechos civiles en Washington, en 1963, y que recorrió el mundo bajo el título "Yo tuve un sueño". Hermosa pieza oratoria que amalgama su condición de creyente fervoroso y de lúcido dirigente político.

En un párrafo que parece dirigido más al americano medio con "cultura financiera", que a los negros irredentos, emplea

una eficaz metáfora que avala esta correspondencia de creencia = crédito.

"En un sentido hemos venido a la capital de nuestra nación para cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra república escribieron palabras magníficas en la Constitución y la Declaración de la Independencia, ellos estaban firmando un pagaré del cual cada americano resultó heredero. Este documento era una promesa de que todos los hombres tendrían garantizado los inalienables derechos a la vida, la libertad y el logro de la felicidad."

"Hoy es obvio que América ha faltado a este pagaré en cuando concierne a sus ciudadanos de color. En lugar de honrar esta sagrada obligación, América ha dado al pueblo negro un cheque falso, un cheque que nos ha sido devuelto marcado 'fondos insuficientes' pero nosotros rehusamos creer que el banco de la justicia ha quebrado. Nosotros rehusamos creer que hay insuficientes fondos en los grandes tesoros de oportunidades de esta nación. Así hemos venido a cobrar este cheque. Un cheque que, por nuestra demanda, nos dará riquezas de libertad y seguridad de justicia".

En todo el texto aparece con meridiana claridad su fe en la justicia de Dios, su creencia política en la justicia humana de su causa y la incertidumbre tácita por la victoria que sólo la lucha por derechos civiles podía garantizarle.

Muldworf se pregunta: "¿Cuál es el camino que lleva de la creencia a la fe? Podría decirse que la fe religiosa es una creencia que se instituye en un sistema ideológico soportado por una institución". Y hemos *visto* que esta institución puede, entre otras, ser una iglesia o un partido político.

No es un secreto para nadie que el individuo proyecta en la institución-partido, necesidades afectivas profundas y que esa proyección "produce efectos que no son del registro de la política, pero que tienen consecuencias políticas". "El militante, como creyente, tiene una representación imaginaria de la institución. En toda acción militante hay, necesariamente, una dimensión religiosa".

Los ideales y el sujeto

Cuando el sujeto entra en relación con la institución-partido ya tiene experiencia institucional, por lo menos ha transitado por la familia y la escuela. En la familia, verdadero útero social, la desvalida cría humana continúa su desarrollo y se constituye como sujeto en el seno de una compleja trama de relaciones en que se articulan el amor y la ley. Este es el territorio originario, la materialidad sobre la que la fe se funda.

Julia Kristeva dice "se puede describir la fe como un movimiento de identificación que es preciso llamar primario, con una instancia amante y protectora". Nos recuerda que San Agustín comparaba la fe del cristiano en su Dios con las relaciones del bebe en el seno de la madre: "Esta dependencia total, participación íntima de todo lo que, bueno o malo, surge de esta única fuente de vida".

Dependencia e impotencia totales, fusión con la madre, simbiosis sin la cual no hay vida y a la vez, omnipotencia, realización plena del deseo de "Su Majestad, el niño". Relación dual con una madre también omnipotente; relación especular, exclusiva y excluyente en que se pone a prueba sin límites el amor, pero también el odio. Formación narcisista inconsciente del yo ideal que será, para Lagache, el soporte de las "identificaciones heroicas" con los personajes excepcionales y prestigiosos, sustrato del proceso de idealización por el cual el sujeto desea reconquistar el estado imaginario de omnipotencia del narcisismo infantil. Reconquista imposible, deseo condenado al fracaso salvo por el camino colectivo de la fe o el individual del delirio.

El Yo ideal, producto de las identificaciones primarias, se completa, se articula con el ideal del Yo. La presencia paterna rompe la relación especular y triangula los vínculos. El niño, con profunda ambivalencia, se liga al padre a quien rechaza por su intrusión y simultáneamente ama como nuevo objeto de identificación e idealización. Rivales en el amor de la madre-esposa, padre e hijo constituyen una nueva pareja de amor. Se reconocen uno en el otro actualizando sus propios narcisismos. Pero a la vez el padre introduce en la familia la ley, producto social que el niño supone producido por su

progenitor. Aquí surge una síntesis pasional y apasionante: el padre que prohíbe es objeto de amor; para ser amado por él es preciso someterse. Sólo acatando y amando a la ley, se abre el camino para ser amado y acceder al propio poder. Después, precariamente adulto, nunca sabrá del todo que su padre fue sólo portador de esa ley que lo atravesaba antes que al hijo y que a él también había sometido.

Pero se habrá desilusionado y arribando a la ternura o al desprecio, se las tendrá que ver con ese padre real que le ha tocado en suerte. Por entonces le quedará para siempre el recurso al "padre idealizado", resignificado en su propia subjetividad y proyectivamente buscará soportes en la realidad para recuperar la ilusión perdida. Siguiendo las vicisitudes de su propia historia oscilará entre ese ideal de Yo y el Yo ideal de la formación narcisista originaria.

Todas las instituciones de la cultura y la sociedad humanas pueden ser soporte de las oscilaciones de ese complejo juego de identificaciones proyectivas, más allá de los vínculos que se generan en su interior y con la comunidad en función de sus fines específicos. Hay instituciones que se prestan mejor por la índole de su campo imaginario a ser depositarias de esas fantasías: la escuela, la iglesia, el ejército. También los partidos políticos, sobre todo aquellos que superando las cuestiones "locales" o sectoriales, se proponen cosmovisiones transformadoras, y en especial, cuando su dispositivo de poder interno tiene connotaciones francamente autocráticas. Tal, infortunadamente, ha sido y es el caso de muchos partidos revolucionarios y/o de izquierda.

Muldworf comenta que "el Partido, en tanto institución imaginaria, se sostiene al ser una representación de imagos parentales según el investimento afectivo del sujeto que se comporta, en su actitud militante, según el imaginario con que sostiene su actividad política".

Lo que creo, juega un gran papel en esa verdadera crisis de confianza, en ese escepticismo paralizante, es la dificultad de soportar las ilusiones perdidas, entre otras, la pérdida del Partido como institución familiar y como iglesia. Más que la muerte o la agonía de una ideología, lo que se juega es la muerte de los "padres idealizados".

El discurso dogmático

Tiene la apariencia de pertenecer a un ámbito de ideas que actúan sobre la realidad. Pero el dogma, aunque opere en el discurso (no existe sin palabras) es siempre un "producto personalizado" que remite a un otro. Es con la intervención del poder que una mera creencia deviene fe dogmática en la subjetividad, tránsito que la iglesia nos revela en su propia génesis como institución de la fe.

Adscribir al dogmatismo no sólo es ser un buen discípulo del maestro. El Maestro es un amo que no enseña a pensar, sino que autoriza al discípulo acólito el acceso a su saber absoluto. El dogmatismo, dice Horstein, "es alienante, sustituye la pulsión del saber por el anhelo de albergar lo ya pensado por otro".

Dogmatizar es detener el flujo del pensar que transgrede los límites que el poder estableció; porque ya "todo se ha dicho", sólo queda lugar y tiempo para el comentario. Pero, ¿a cambio de qué, el sujeto se somete gozosamente a eso que, siendo prohibición, deviene en renunciamiento? Renuncia que es nada menos que el abandono del placer de pensar por cuenta propia, de la aventura inquietante pero, insisto, placentera, de penetrar en el proceso y descubrir o construir la verdad histórica de la sociedad y del propio sujeto.

Es que la renuncia es condición de un placer mayor, más regresivo, más ligado a los orígenes. Placer de la fusión con el absoluto que garantiza una eternidad apacible, porque el dogmatismo se ofrece siempre como definitivo, permanente, aunque sabemos que tiene su historicidad y por ende, su transitoriedad.

Si yo adhiero al dogma, lo que para otro exterior a mi experiencia es sometimiento de mi persona y muerte de mi pensamiento, para mí es realización plena, es completamiento. Mis conflictos y dudas desaparecen, tengo la garantía conservadora, aunque el dogma tenga la apariencia de revolucionario, de mi orden interior y de mi lugar en el seno del poder, aunque sea como mínima turbulencia en la atmósfera de un sol inmenso y encegecedor, humilde militante de una lucha planetaria, creyente de un dios universal.

Cómo puede compararse esto con la opción por la soledad

de mi insuficiencia, mis conflictos y límites humanos, de mis deseos que nunca se satisfacen del todo, compensados precariamente con el acceso al complicado amor de mis semejantes, a la fraternidad de amistades y competencias, al trabajo y la militancia compartidos que gratifican pero también frustran por la prolongada demora de sus realizaciones. No hay ironía en mis palabras. Sólo intento subrayar lo difícil de la ruptura con el dogma y la eficacia de su seducción que es, no sólo poder que somete o bloqueo del pensamiento, porque se juega el deseo profundo de fusión con el poder/saber absolutos. La soberbia, la condescendencia tramposa y tantos otros tics bien conocidos en el ámbito de la izquierda y no sólo de ella ¿no remiten acaso a esa posición de aparente privilegio?

El sacrificio

Así como distinguimos entre creencia y creencia (fe), también lo hacemos entre maestro y maestro, dirigente y dirigente. Para Rosolato, "entre el conductor (mosaico, según el término de Sergei Moscovici) reconocido por la autoridad que le confiere su competencia que no exige ningún culto a la personalidad, que no impone ninguna prohibición de pensar, que responde a la imagen ideal del sabio o simplemente del maestro y en el otro extremo, el conductor carismático que deviene totémico, según Moscovici, que yo llamaré autocrático, definido por los caracteres opuestos, existen, sin embargo, intermediarios.

Este último líder surge en el máximo de idealización, y responde, debido a ello, sobre todo al Yo ideal narcisista. A su vez el narcisismo extremo de estos dirigentes se manifiesta entre otras cosas por la distancia que mantienen aun con sus más allegados, en el secreto sobre sus vidas, en su doctrinarismo, en ciertos emblemas que le son exclusivos, en el cinismo con que adulan y a la vez desprecian a sus súbditos y en un ejercicio del poder que culmina frecuentemente con un rasgo privativo y terrible: el ordenar una "destrucción sin razón aparente", que va más allá de las supuestas exigencias de defender su dominación. Destrucción que, como forma casi legal del castigo, o como manifesta-

ción suprema del poder, cuenta con la devoción y aprobación de los fieles que suelen estar entre sus víctimas. Es una forma extrema de sacrificio, aquella que se lleva la vida de los fieles militantes por acción de su propia dirección. El ejemplo está en las purgas stalinistas, y no bastan los motivos escríticamente políticos para explicarlos. Desde ese extremo existe una gradación que lleva a las formas cotidianas y "modernas" del sacrificio. En ellas, nadie exige, en apariencia, la entrega de la propia vida o el cobro de la ajena. Tampoco hay formas de ayuno o abstinencia, y otros ritos ostensibles. El sacrificio inducido es sólo "de una parte de sí mismo" y prepara para la comunión con el poder que sacrifica y se sacrifica. Nada más temible que dirigentes sacrificados y sacrificadores.

La muerte simbólica, pero casi siempre muy real, de una porción de la propia vida, aparece en el imaginario del militante como condición para su recuperación ilusoria, para la restitución imposible en la fusión con la institución-partido, única forma de concebir su pertenencia, su identidad.

El sacrificio es el mito central de una idealización extrema. La entrega de la propia vida, el acceso ilusorio a una especie de precario paraíso de los ateos y a un más terrenal deseo de homogeneidad y unidad del grupo en una identificación idéntica de los miembros entre sí.

Es, lo digo con respeto, una conducta típica de militante de origen burgués o pequeño burgués. Los proletarios, en general, están lejos de esa problemática: no tienen efectivamente, casi nada a qué renunciar. Sin embargo, lo sacrificado no es, como acostumbra a pensarse, sólo el status económico o vanidades sociales que estorban a un buen militante, sino que remite a renunciaciones del orden de la sexualidad, del propio cuerpo y de la familia. Suelen incluir realizaciones culturales e intelectuales sobre todo cuando éstas son altamente valoradas por el sujeto.

Así como diferenciamos creencia y fe, maestro y maestro, líder y líder, también cabe la discriminación entre la esforzada militancia y el sacrificio. Éste debe distinguirse de la postergación de deseos y objetivos cercanos en procura de otros más importantes y de la inevitable frustración que esto produce. No hay tarea a mediano plazo que no se acompañe de tales renunciamientos y de un esfuerzo que puede parecer

sobrehumano, pero que se moviliza por el entusiasmo compartido y la importancia del objetivo anhelado. El sacrificio es de otro orden: se liga a la religiosidad, la culpa, la muerte, el poder y el dogma.

Los padres sacrificados empujan al sacrificio a sus hijos, los marcan con una culpa que no tiene redención. En el imaginario familiar y de la institución-partido se reproduce el mito del calvario, reiterado interminablemente en el sacrificio de la misa. El hijo entrega su sangre, su vida, por su creador y a la vez, el padre redentor se inmola para dar vida a sus hijos fieles. Estas estrategias del poder, la culpa y el deseo, mediatizadas por los ritos de la muerte, se cristalizan en la doctrina, en el dogma que las conserva y reproduce. Pero así como en la familia, padres e hijos pueden tejer la trama contradictoria y productiva de sus relaciones sin pagar el tributo del sacrificio para dar vida a los otros, así también el partido revolucionario puede cumplir sus tareas sin inmolaciones en el altar del cambio social.

Un capítulo aparte merece, entonces, la patología del militante. Patología que no suele encontrarse en los partidos en los que la actividad política opera más como una "inversión" que reditúa beneficios muy concretamente ligados a veces, al dinero, pero por lo general a la posición social y al poder personal.

En la izquierda, el sacrificio que forma parte de esa patología puede estabilizarse como forma de vida a veces durante décadas, resultando una deformación crónica ligada a la burocratización del aparato del partido. Religiosidad y burocratización autoritaria se conjugan para el sacrificio de los militantes y el apogeo del dogma. Lo que tiene sentido pleno en la organización sectaria aparece, para los que están fuera de esas reglas de juego, como una conducta estéril y extravagante.

La reproducción del dogma depende de la cópula perversa del autoritarismo burocrático con el deseo de la creencia. Fascinación y servidumbre que, el poder y la creencia, alimentan en la sociedad y el sujeto.

Bibliografía

- FEUERBACH, LUDWIG. *L'essence du Christianisme*. París, Maspero. 1968.
- KRISTEVA, JULIA. *Au commencement était l'amour*. París. Hachette. 1985.
- MARI, ENRIQUE E. *El poder y el Imaginario Social* Bs. As. La Ciudad Futura. N° 11. 1988.
- MULDWOLF, BERNARD. *Le Diván et le Proletaire*. París. Messidor. Ed. Sociales. 1986.
- ROSOLATO, GUY. "El psicoanálisis idealoducto" Trabajo del Psicoanálisis, Vol. 3 N° 8. 1986.
- SEVE, LUCIEN. *Une introduction a la Philosophie Marxiste*. París. Ed. Sociales. 1986.

Mis apuntes sobre religión

Escribir sobre religión es exponerse, mostrarse uno mismo en mayor medida que cuando se abordan otros temas. Sucede así porque es inevitable hacerlo desde el contexto creencial, la cultura a la que se pertenece, la familia en la que fuimos criados y, por consiguiente, está asociado íntimamente a nuestras experiencias de vida más tempranas. A otros temas se accede más tarde, en la adolescencia o la vida adulta y entonces la subjetividad parece estar menos comprometida. Con la religión y el sexo no es así.

Se me ocurre que en mi caso, mi posición ante la religión es relativamente privilegiada. Para decirlo brevemente: es lo bastante alejada emocionalmente como para que yo pretenda ser un no creyente ecuaníme, y lo bastante cercana como para tener, sin conflicto, una simpatía verdadera.

Mis padres pertenecían a familias católicas poco devotas. Recuerdo sólo a una prima de mi madre y a una hermana de mi padre que eran católicas sinceras y practicantes. Mi padre, un gallego almacenero, autodidacta que había logrado hacerse de una cultura muy vasta, poeta y dirigente de su colectividad, decía que se había casado por iglesia para no darle a su madre un disgusto mayúsculo; se enorgullecía al aclararme que yo no fui bautizado "para que cuando tuviera uso de razón eligiera la religión que deseara o ninguna". Liberal y demócrata con fuertes simpatías por el socialismo y la URSS desde antes de la Segunda Guerra Mundial, era partidario de una república española federativa que reconociera las autonomías de sus pueblos, en particular el gallego, pero también el vasco y el catalán. Las luchas contra el franquismo y el fascismo impregnaban la atmósfera familiar.

Mi padre se definía como agnóstico más que como ateo, pero conocía bien la Biblia y el Corán. Sentía una particular simpatía por los judíos; para él las desgracias de España que culminaban con Franco, tenían su origen en la expulsión de los árabes y los judíos por los Reyes Católicos. Era fuertemente anticlerical sin ser antirreligioso; su ética era nítidamente

judeocristiana. En los últimos años de su vida, su afinidad con el judaísmo le llevó a una defensa apasionada de Israel: sospecho que fue un caso poco común de gallego sionista. Siendo ya anciano me contó una anécdota de su infancia en Galicia -emigró a los doce años- que me impresionó. Su madre, mi abuela Rosa, era una campesina fuerte y bondadosa, analfabeta, que jamás había salido de la comarca en que estaba enclavado el caserío donde pasó su vida y que, devota católica, llevaba al cura de la parroquia lo primero y lo mejor que daba la tierra; esto ocurría, seguramente, como resabio de los antiguos diezmos que recogía la Iglesia. En una ocasión, durante una de las frecuentes peleas que protagonizaban mi padre y sus hermanos, uno de ellos gritó a otro 'Judío de mierda'. Rosa, muy enojada, le dio al hijo que había proferido el insulto una paliza más fuerte que las acostumbradas y a continuación le dijo: ¡"Que nunca más te oiga decir eso porque nuestro Señor Jesucristo era judío!" Mi padre sorprendido por esa frase, construyó una hipótesis bastante verosímil: ¿de dónde su madre recibió esa información, si su única fuente era el cura de la aldea que a ella como a todos, incluyendo mi padre, les había enseñado que Jesús fue matado por los judíos? Pensó entonces en una probable tradición oral transmitida a través de las generaciones; además, nuestro apellido bien pudo ser una traducción o creación de aquellos judíos, los marranos, que se convirtieron al cristianismo para eludir la persecución y permanecer en sus lugares de origen. Hipótesis reforzada por el hecho que, a poca distancia del lugar natal, existía otro caserío que aún hoy se llama Sinagoga. Cuando volvió a visitar a su familia antes de casarse, fue a ese poblado y un viejo aldeano le respondió a su pregunta por el extraño nombre: *"Es que eiquí, nos tempos dos mouros, hubo una igrexa!"*. Por otra parte, existen numerosas pruebas arqueológicas y documentales que demuestran la existencia de juderías en la Galicia medieval como en el resto de España, tanto en la zona cristiana como en la ocupada por los árabes durante siete siglos.

A esa altura debo agregar que mi padre, por su carácter, inteligencia y cultura, ejercía una natural autoridad aceptada por todos los que le conocían, incluyendo su familia ampliada y a mí mismo. Autoridad nunca despótica, a veces arbitraria,

pero siempre fundada en "buenas razones". Además su ánimo no era ajeno a la ternura y el buen humor. En una metáfora reconocible para la gente de izquierda, diría que mantuvo su hegemonía con poca coerción y mucho consenso. Me entrenó precozmente en la polémica. Discutíamos de todo, con apasionamiento, en una esgrima verbal que nos causaba sin duda placer, aunque ocasionales observadores podían pensar que lo nuestro parecía una verdadera pelea. Todavía hoy la polémica me es una experiencia grata de la que suelo abusar, porque en ella se me ocurren algunas de mis mejores ideas que, dada su escasez, no son para desaprovechar.

Mi madre, dedicada por completo a las tareas de la casa y al amoroso cuidado de mí y de mi padre, aceptaba de buen grado su liderazgo, disfrutando de la cuota de poder nada despreciable que tenían muchas mujeres en las familias tradicionales. Incluyendo su largo noviazgo, vivieron bastante más de medio siglo en buena armonía.

Los conflictos que existieron entre nosotros se dieron sobre el telón de fondo de esta relación entrañable. Mi padre era el portador de la Ley, su encarnación misma y el portavoz de un discurso ideologizado matizado con refranes populares y citas eruditas. Tardíamente, en mi propio análisis, descubrí que muchos de mis momentos de felicidad estuvieron ligados al cumplimiento de esa ley y... a su transgresión, cuando me animé a cometerla, por supuesto con la culpa consiguiente. Me atrevo a decir que crecí sin Dios, pero en el seno de una cultura de religiosidad laica lo que es sólo una aparente paradoja. Esto es lo que antes llamé una posición relativamente privilegiada.

Mi adolescencia y temprana juventud coincidieron con la Segunda Guerra Mundial, la dictadura militar fascistoide y el primer gobierno de Perón.

Por entonces me vinculé con un grupo de jóvenes de la colectividad helénica de mi barrio; con ellos compartí lecturas y bailes, amores y camaradería. En Grecia había un movimiento guerrillero antifascista y de orientación socialista, similar al de Tito en Yugoslavia. Se desencadenó la guerra civil que, en el bando enemigo, reunió al ejército inglés, la monarquía y la Iglesia ortodoxa. Mis amigos eran en su gran mayoría de izquierda y naturalmente, anticlericales. Algunos comenza-

mos a actuar en distinto grado en la política nacional. Fue el tiempo de los primeros compromisos, de las riesgosas manifestaciones y huelgas del ateísmo militante.

Yo había sido testigo de la estrecha alianza de la Iglesia española con Franco, con la honrosa excepción de los sacerdotes vascos; de la complicidad del Vaticano con Mussolini y con la tolerancia -para decirlo sutilmente- con el nazismo. En Argentina, la Iglesia siempre aparecía asociada a las peores causas. Aliada a una oligarquía bastante incrédula que se cuidaba de mantener las apariencias de religiosidad; cómplice de los militares fascistas; reaccionaria ante todo pensamiento científico o progresista. Ninguno de nosotros conoció, aunque los habría, católicos y mucho menos curas, identificados con las causas populares. Teníamos que remontarnos al origen de la nación para reconocer y respetar a algunos sacerdotes patriotas y revolucionarios.

Entre mis compañeros de Medicina, encontré un segundo grupo de pertenencia de diverso origen, entre ellos varios judíos laicos. Eramos todos marxistas pero, en general, sin pertenencia partidista. Con ellos la cuestión religiosa quedó definitivamente de lado, salvo en la época de "Laica o Libre", cuando la Iglesia influyó en el gobierno una vez más para fortalecer su control sobre la enseñanza.

Siempre me conmovieron los filósofos presocráticos que habían desterrado a sus dioses para intentar comprender mejor el mundo; los iluministas que sembraban la duda sobre todos los dogmas; el ateísmo de Diderot y su amor por los oficios manuales; los socialistas utópicos y científicos que querían traer el cielo a la tierra. Admiraba a Espartaco y su ejército de gladiadores y esclavos rebeldes contra el poder de Roma que, antes que Jesús, habían sufrido el martirio de la cruz a lo largo de la Vía Apia. Pero también sabía que muchos campesinos, que muchos pobres, habían enfrentado acompañados por sacerdotes tan pobres como ellos, a lo largo de la historia en países muy diferentes, a los poderosos y sus iglesias oficiales, con el nombre de Dios en sus labios. A través de mis lecturas caóticas y fragmentarias, me atraían las enseñanzas de Jesús con sus bellas y simples parábolas que portaban un mensaje de amor y solidaridad, que revelaban su identificación con los humildes, con los desheredados de la

tierra.

Sin embargo, pensaba como Almafuerte que Jesús era grande como hombre y pequeño como Dios.

Personalmente la cuestión religiosa me siguió interesando hasta el día de hoy desde tres perspectivas: La cuestión de los orígenes del universo, de la vida, del hombre y de Dios mismo; el papel de las religiones y sus iglesias en la vida social y política; las determinaciones de las creencias, de la fe, desde la psicología individual y social.

En el pensamiento progresista y de izquierda, la posición frente a la religión quedó "resuelta" bajo la forma de dos tesis que pueden resumirse así. La primera fue concebirla como ignorancia o error del conocimiento; de allí se desprendió con naturalidad la idea que, el avance de la ciencia y la cultura, pondría las cosas en su lugar demostrando la falsedad de sus creencias.

La segunda era que la religión y sus instituciones servían como instrumento ideológico a los poderes dominantes.

Esta posición impregnó la ideología burguesa avanzada y también la socialista, durante muchas décadas en los siglos XIX y XX. Se apoyaba en hechos que son indiscutibles. El oscurantismo medieval se prolongó en Occidente hasta fecha reciente en la dogmática y la política de la Iglesia católica que se caracterizó, durante siglos, por un notable rechazo y permanente desconfianza a los avances científicos. Por otra parte es innegable el papel reaccionario que las iglesias, en especial la jerarquía católica, jugaron en el soporte de los más diversos sistemas opresivos, autoritarios y del privilegio. La lógica consecuencia fue que los sectores avanzados y muchos de sus intelectuales adoptaron un ateísmo militante, un fuerte anticlericalismo o por lo menos un prudente agnosticismo. Las luchas sociales adquirían frecuentemente un contenido antirreligioso o anticlerical. Por entonces se decía: "del apretón de manos de César y Pedro, brota sangre de pueblo".

Como parte de los profundos cambios políticos y culturales en este siglo, esta manera de encarar la cuestión religiosa fue perdiendo la importancia que se le adjudicó en la época anterior. Quizás las últimas y trágicas manifestaciones de lucha antirreligiosa ocurrieron dentro de dos grandes convulsiones sociales: la Revolución rusa y la Guerra Civil Española.

Las luchas antirreligiosas han dado paso a las intra e interreligiosas, reavivándose viejos antagonismos. Pero ésta es -como suele decirse- otra historia.

El decreciente interés por las querellas antirreligiosas pudo reactivarse en algunas circunstancias puritales, cuando el poder de la religión irrumpía en la política y la cultura. Se fue aceptando paulatinamente con resignación y mal disimulado disgusto, la persistencia de la religiosidad como inevitable: un aspecto de la sociedad y el hombre imposible de corregir. Entre aquellas circunstancias hubo dos que, siendo de signo político opuesto, son buenos ejemplos que pusieron de manifiesto la sorpresa y el malestar de una izquierda que carecía de recursos ideológicos elaborados, para ubicarlos y ubicarse a sí misma, con mentalidad abierta y creativa: el movimiento de Solidaridad en Polonia y la Teología de la Liberación en América latina.

Salvo raras ocasiones, no cuajaron debates serios sobre la totalidad del problema. Por eso, sucesos como la aparición aparentemente súbita del fundamentalismo islámico, produjeron una primera reacción de rechazo visceral al que sucedió, con cierta dificultad, un examen más objetivo del problema.

El cambio cultural se fue manifestando también en la vida de los organismos de izquierda. Tomo un dato de apariencia trivial. Contribuyó a remitir la cuestión religiosa a la esfera de la vida privada, el hecho que infinidad de militantes aceptaran, como compañeras de sus vidas, a mujeres creyentes; el caso inverso fue excepcional. Muchas veces no se trataba de la existencia de una actitud de verdadera tolerancia, de aceptación de la diferencia, sino el producto de una explícita o sorda negociación por espacios de poder en la pareja; esto se revelaba en conductas confusas y contradictorias respecto, por ejemplo, a la educación de los hijos.

Como las organizaciones no eran al fin de cuentas más que conjuntos de militantes y simpatizantes, no cabían muchas opciones válidas para su interior como para la acción política. En los tiempos de desnudo predominio dogmático, se radicalizaba la lucha antirreligiosa tanto en la esfera pública como privada. Junto con la propaganda y la educación ateísta, se ejercía un control sobre la conducta de los afiliados. No se trataba de una coerción desde los niveles de dirección, aunque

no faltaron los "juicios" y reprimendas públicas que hoy vemos como grotescos y crueles, sino de una autocensura, de una "autocrítica" que operaba en el seno de las familias y en el fuero íntimo de los militantes: entrar a un templo, participar de una ceremonia o fiesta religiosa, casarse por iglesia o permitir que los hijos lo hicieran, eran y todavía son, cuestiones problemáticas para muchos. Curiosamente, estas conductas prácticas respecto de las religiones, estaban asociadas íntimamente con una "moral revolucionaria" en la que existía una clara tendencia ascética que podía ser la envidia de un monje de clausura.

A medida que el combate a la religión por diversas razones dejó de estar en el orden del día de los partidos de izquierda, se pasó gradualmente a una posición aparentemente más tolerante, sin que mediara el debate y el esclarecimiento necesario. De estas insuficiencias, en el fondo hipócritas reacomodamientos, ha resultado la persistencia de sentimientos y actitudes ligadas a los tiempos antirreligiosos. Por una parte, dificultan las relaciones fraternales con los creyentes y, por otra, son origen de un malestar profundo en muchos hombres de izquierda que se reconocen más o menos confundidos y ambivalentes.

Creo que la izquierda, salvo excepciones, encaró mal desde el principio a la religión. Hubo mucha arrogancia y también ignorancia encubierta por supuestos saberes. Es un ejemplo más del poco uso del pensamiento crítico que empieza por poner en cuestión sus propios métodos de análisis. Tradicionalmente se la juzgó desde la filosofía y la política; poca consideración merecieron los enfoques desde la antropología, la cultura y la psicología.

Era perturbador para el imaginario de izquierda tomar en cuenta que, en todos los pueblos y desde todos los tiempos que han dejado algún registro arqueológico e histórico, las religiones han sido siempre un producto importante de la sociedad humana. No existió ni existe un solo pueblo o cultura ateos. El *homo sapiens*, además de ser *homo faver*, resultó ser *homo religiosus*.

Otra constatación perturbadora ha sido reconocer que muchos de los más sublimes productos de la cultura, son encarnación de los profundos sentimientos religiosos de sus

creadores, sin los que es difícil imaginar que hubieran existido; pensemos, por poner sólo dos ejemplos, en las catedrales góticas y la música de Juan Sebastián Bach.

Se disponía de algunos recursos para salir del atolladero: que con frecuencia se llega a la verdad partiendo del error o que muchas obras geniales nada o poco tienen que ver con la religión. Incluso que la cultura, históricamente, ha tenido que enfrentar a la religión para poder avanzar. Cada uno de estos argumentos tiene una fuerte dosis de veracidad pero sospecho que son respuestas de lado, insatisfactorias, que no explican el papel creativo de la religiosidad.

Finalmente, el punto de vista psicológico ha sido el menos considerado, salvo el concepto de proyección que es en sí mismo un proceso estudiado por el psicoanálisis como un mecanismo de defensa contra la angustia. No subestimo su importancia pero sí le niego el carácter absoluto y autoexplicativo que le atribuyó un estrecho racionalismo. No es suficiente limitarlo a un problema de conocimiento: los hombres que no entienden lo que les pasa en la tierra, buscan la respuesta en el cielo. Tampoco satisface plantearlo sólo como una cuestión de falsa conciencia ideológica en que las relaciones sociales de poder y de producción son transpuestas como relaciones "celestiales". De lo que se trata es de entender por qué precisamente ocurre esto.

La condición humana tiene una peculiaridad, entre otras, que la distingue de todas las otras formas de vida: la percepción dolorosa de su finitud temporal, la capacidad para interrogarse por la razón misma de la existencia y la de pensar e imaginar el futuro.

En la vida cotidiana solemos dejar de lado estas aptitudes inquietantes, pero cualquier crisis personal puede promoverlas a la conciencia.

La religión no es sólo una institución de la cultura; se manifiesta *como* movimiento de la subjetividad. Es arduo aceptar el límite impuesto a nuestra propia existencia; es difícil soportar que nuestra vida y nuestra muerte, y la vida y la muerte de nuestros prójimos, carezcan de sentido. La singularidad humana demanda más; un más allá del límite y un sentido, un por qué de la propia existencia y también de su no-existencia.

Por si esto no fuera bastante, existe la imperiosa necesidad de un conjunto de normas, de leyes morales que regulen las relaciones entre los hombres. Que las mismas no sean, meramente, un producto contingente más o menos arbitrario que suijsa de los acuerdos, negociaciones y conflictos que los humanos puedan, frágilmente, decidir entre sí. Sino que desciendan sobre nosotros de una instancia superior que a todos condicione y domine.

Una instancia que reproduzca, transforme y amplíe a una escala mucho mayor, la relación que cada ser humano ha tenido con su padre o con quienes lo representen. Padre que es el portador de las normas, de las leyes sociales, pero que para la percepción infantil, en el intenso vínculo afectivo que las vehiculiza, aparecen como originales y actuantes desde la voluntad de poder sin límites de la figura paterna. No es casual que aun en la deidad abstracta y sin nombre de las religiones monoteístas, los creyentes reconozcan y se inclinen ante Dios padre.

Si en un juego imaginativo, más propio de la ficción que de la realidad, en un momento extraño desaparecieran súbitamente todas las religiones sobre el planeta, es seguro que resurgirían desde la subjetividad de cada hombre que sobreviviera a esa singular apocalipsis. He sido testigo, en una escala mucho menor, a la recreación y persistencia de verdaderos sistemas creenciales privados en muchos ateos; sistemas religiosos -no admiten otro nombre- de ritos, ceremonias, normas en las que sólo falta la explícita profesión de fe en Dios, para hacer de ellos verdaderos hombres religiosos.

Se trata entonces de aceptar el papel estructurante que tiene la religión en la subjetividad de los individuos y la especie. Atribuir su existencia a un error o a una distorsión en la percepción y el juicio sobre la realidad o, peor aún, a una especie de condición primitiva de la mente, es una concepción mezquina de su importancia para la vida humana.

Diré algo obvio: para cometer un error en una operación numérica ($2+2=5$)^es preciso poseer conceptos matemáticos; para emitir qpiniones distorsionadas es condición previa poseer capacidad de juicio; para pensar en el más allá se debe tener la conciencia del límite de la propia existencia. Para ser religioso es condición necesaria el poseer un universo

simbólico. Y la capacidad de simbolización es uno de los rasgos definitorios de la condición humana.

Antes que discutir la verdad o falsedad de sus afirmaciones, debe reconocerse un punto de partida básico en toda consideración del fenómeno religioso: es una cualidad superior del hombre, un atributo como el trabajo, la razón, el sexo o el lenguaje que lo definen en su originalidad. La religión es un esfuerzo, todo lo fallido que se quiera, de comprender las relaciones de los hombres con el mundo y entre sí, lo que implica por lo menos una cosmología y una ética. Su examen crítico por riguroso que sea, debe partir de estas bases que deberían estar presentes aun en las más duras polémicas.

Las religiones monoteístas incorporaron antiguas creencias y ritos que les habían precedido, preservándolos como reliquias del pasado o resignificándolos en el nuevo contexto creencial. Un elemento que siempre está presente es la relación de Dios con la creación del mundo. Antes que se abrieran paso en el siglo XIX las ideas evolucionistas del cosmos, la vida y el hombre, se pensaba a Dios como creador-arquitecto que había culminado su obra en un sólo acto en los comienzos de los tiempos. Todo lo más se especulaba con una secuencia de actos de creación. Cumplida esa tarea, Dios descansó porque el universo regido por sus leyes ya era definitivo e inalterable. Para la vida de los creyentes, este acto cumplido en un remoto pasado, tenía en verdad poca importancia práctica. Muy distinto es el caso para con Dios como legislador desde el pecado original en adelante. Los mandamientos y la ética del Libro deberían ser de vigencia palpable y cotidiana. Su transgresión comporta un estado de desdicha y ruina moral pero, sobre todo, de condena más allá de la muerte.

El otro aspecto que con los anteriores constituye un trípode sobre el que se instala el núcleo de la idea de Dios, es la relación personalizada, individual, con el creyente: las rogativas son expresión clara de ese vínculo que hace deseable y esperable la intervención divina en las vicisitudes de la vida cotidiana. Las religiones establecidas son muy cautelosas en cuanto a reconocer esa intervención: los milagros no abundan y cuando la Iglesia en ocasiones los acepta, lo hace más que como ayudas circunstanciales, como demostración de la omnipotencia y magnanimidad divinas.

Alguien dijo con aviesa ironía: "¿Qué dirá Dios que está tan callado?" En los tiempos que corren, esa demanda de los creyentes se ha incrementado notoriamente porque reina la incertidumbre, la inseguridad en el presente y se atisba un futuro que no augura nada mejor. Muchos fieles se sienten frustrados ante tanta reticencia; desean y esperan una ayuda concreta, una orientación práctica que no creen encontrar en las iglesias tradicionales. Las respuestas a sus demandas les parecen demasiado abstractas; conciben a su iglesia como mediadora o efectora de una asistencia experta y, por supuesto, no salen satisfechos.

Por eso, muchos fieles y también muchos agnósticos o ateos "prácticos", confluyen hacia un conjunto heterogéneo de creencias.

Están las viejas y sobre todo las nuevas sectas que disputan, abiertamente, el mercado de la fe a veces a nivel internacional, en pejuicio directo de las iglesias cristianas.

Un fenómeno de este tiempo lo constituyen los pastores mediáticos que utilizan, hábilmente, las tecnologías más avanzadas convocando audiencias que sólo el Papa o los mejores conjuntos de rock pueden igualar. Una multitud de brujos, gurúes, astrólogos, magos, profetas, etc., reclutan su clientela entre todos los sectores sociales.

No es raro que un universitario de clase media alterne las consultas por sus desdichas entre el psicoanalista y su brujo o gurú personal. El animismo, la magia y toda clase de supersticiones preexistentes a las grandes religiones y que nunca desaparecieron, hoy reafirman su presencia.

La ciencia no cumplió el deseo iluminista y positivista -¿se podría agregar marxista?- de derrotar a la religión. Ciencia y religión coexisten en la sociedad y con asiduidad en la mente, trabajando en paralelo; muchas veces, ignorándose recíprocamente y, ocasionalmente, interesándose una por la otra.

En un desenlace tragicómico del viejo enfrentamiento, la religiosidad en sus formas más burdas y agresivas, se sirve de la tecnociencia para aumentar su influencia, mientras la ciencia oficial reconoce a la religión el dominio de un territorio ajeno a su atribución.

En el ensayo "Una lista interminable", aludí al esbozo de una cultura alternativa, opuesta a la hegemónica, caracteriza-

da entre otros rasgos por el reconocimiento de las diferencias y su necesaria y posible unidad. Respecto de la religión, existe un magnífico ejemplo poco conocido, de esta cultura humanista de inspirada tendencia a la globalización con cuyo comentario quiero cerrar estos apuntes.

En 1993 se reunieron en Chicago representantes de los más diversos credos en el "Parlamento de las religiones del mundo" y emitieron un manifiesto: "Principios de una ética mundial". Su elaboración comenzó mucho antes de la reunión; participaron en ella más de cien personas y la redacción final se confió a un célebre teólogo alemán: Hans Küng. Se publicó en una revista española, *Isegoria*/ 10 (1994), con el agregado del análisis del propio Küng sobre los problemas que surgieron en el curso de los debates. El texto bellamente escrito, es único en su género, de gran actualidad y de una rara sencillez y profundidad.

El documento parte de señalar una crisis de alcance radical que afecta la economía, la ecología, la política mundiales. Se detiene en el sufrimiento de tantos millones de personas afectadas y expresa una especial preocupación, porque tanto dirigentes como seguidores de religiones, incitan una y otra vez a la agresión, el fanatismo, el odio y la xenofobia. Reclama una ética mundial basada en un consenso mínimo respecto de valores vinculantes, de normas inamovibles y de actitudes fundamentales personales. Proclama "lo que ahora ya nos es común". Y se extiende en dar cuatro orientaciones que consideran antiquísimas y enraizadas en la mayoría de las religiones. La primera es el compromiso por una cultura de la no-violencia y del respeto a toda vida. La segunda es el compromiso por una cultura de la solidaridad y por un orden económico justo.

La tercera es el compromiso por una cultura de la tolerancia y una vida vivida con veracidad. Y la cuarta es el compromiso por una cultura de la igualdad de derechos y por la hermandad entre hombre y mujer.

Los redactores, en particular Küng, son conscientes de las dificultades que estas orientaciones encuentran en el seno de las diferentes religiones, pero el texto está impregnado de una serena y firme convicción de su necesidad y eficacia.

Lo que me ha conmovido y me ha llevado a incluir este

resumen, es apreciar en este manifiesto- pueden darse muchos otros ejemplos- que religiosos de muchos credos se expresan a la vez contra el fundamentalismo que surge en sus propias religiones y contra el cínico y despiadado orden mundial dominante.

Ateísmo: creer que no se cree

A lo largo de la historia, el ateísmo ha sido una expresión llamativamente escasa del espíritu humano. Hoy es evidente que no tiene buena prensa. Son pocos los que se interesan por la cuestión; suena a algo pasado de moda. Mientras tanto el mundo ofrece el aspecto discepoliano de una abigarrada y contusa mezcla de lo sagrado y lo profano. Entre tanta superficialidad, los medios abundan en noticias sobre pronunciamientos de las iglesias, amenazas fundamentalistas, guerras étnicorreligiosas, creencias esotéricas, ortodoxias intolerantes; la lista es inacabable. Subyace a este caos un supuesto básico que nadie parece cuestionar: la existencia misma de Dios. A la vez, por lo menos en el mundo occidental, la mayoría de las personas incluyendo a los creyentes, parecen vivir cotidianamente en estado de "ateísmo práctico". Tal vez por lo que ya Diderot, que era ateo, decía: "es fundamental para la vida no confundir la cicuta con el perejil, mientras que no lo es saber si Dios existe o no". El ateo que intenta reabrir la cuestión en términos teóricos, resulta anacrónico, molesto o inquietante; asumo este riesgo.

El ateísmo en estado puro no existió más en la mente de algunos filósofos y pensadores y en sus antagonistas, los teólogos. Habitualmente aparecía como postura militante mezclada con las luchas antirreligiosas, con el anticlericalismo en el seno de enfrentamientos políticos y sociales. El ateísmo militante se deslizó de una pretendida labor pedagógica a una actividad misional, salvacionista: el perfecto reverso fiel fanatismo redentor de muchos creyentes. Había que salvar al pueblo del error y la ignorancia, en simetría con aquellos que salvan las almas de los que no tienen la de la condena eterna. La pasión militante del ateo fue, a la vez, su justificación y su perdición.

Cuando en los países del "socialismo real" esta cuestión ideológica y cultural quedó bajo el poder del Partido y del Estado, se transformó en un problema represivo, policial. La clausura de infinitos templos, la prohibición o el desaliento de actividades ligadas a los cultos, más allá de las prudentes

opiniones de algunos dirigentes, a la larga no ayudaron a la causa ateísta. En cambio aumentaron el resentimiento de los creyentes que, años más tarde, se manifestaría en un aumento explosivo de la religiosidad y además suministraron un valioso argumento al "mundo libre" en su enfrentamiento con el comunismo. Recuerdo que hace años visité en Leningrado una catedral transformada en Museo de la Religión y el Ateísmo. Confieso (nunca más oportuna la palabra) que me sentí gratamente impresionado. Pero a la vez, tuve cierto malestar porque percibí algo desmesurado y también contradictorio: la exposición culminaba con el coqueteo de Stalin con la jerarquía de la iglesia ortodoxa rusa en la época de la guerra y la inmediata posguerra.

El ateísmo militante sólo sirvió para confundir ideología y política; para lesionar una correcta política de alianzas, haciendo pasar la línea divisoria entre creyentes y ateos o agnósticos, en lugar de demócratas o fascistas o pueblo e imperialismo. Muchos cristianos fueron empujados al campo de la reacción por los ataques indiscriminados; el caso de la Guerra Civil Española es patético en ese sentido. Hubieron de pasar muchos años y cambiar muchas cosas, para arribar a la notable experiencia de la revolución nicaragüense en la que creyentes y sacerdotes, se integraron orgánicamente en su dirección.

El ateísmo puede asumirse desde posiciones que conviene diferenciar: como fe, como creencia o como hipótesis con algún grado de científicidad.

Como fe -es el caso del ateísmo militante- se asume con arrogancia; habitualmente, como resultado de un proceso de conversión que ocurre en la vida de un creyente, a quien circunstancias dramáticas o trágicas lo desilusionan de un Dios que no lo ha asistido en su crisis.

Camino inverso de la conversión religiosa que arriba a un resultado similar: fanatismo e intolerancia. Una fe trágica y desesperada por el vacío que deja la expulsión de Dios. Vacío que es probable se colme con una religiosidad latente, encarnada en ideales políticos o científicos, donde reencontrará para su sostén y consuelo alguna deidad terrestre.

Como creencia se ubica con modestia ante el creyente religioso. A éste que afirma "creo en Dios", puede sólo respon-

der "no creo en Dios". Intuye que así como el creyente no puede aportar pruebas consistentes de su afirmación, él tampoco puede demostrar la no existencia de la divinidad. Ambos necesitan por diferentes razones, sostener sus respectivas creencias. Disienten pero la polémica, si ocurre difícilmente termine con el triunfo de uno sobre el otro; porque es radicalmente inútil, al margen de lo interesante que puedan ser los argumentos esgrimidos. Es un debate irreductible a las buenas razones. Bajo la apariencia de una cuestión teológica se están confrontando experiencias de vida de intenso contenido emocional que validan la opción elegida por cada protagonista. Lo importante es que este disenso explícito, construido dolorosamente en la aceptación de la creencia del otro, en la tolerancia recíproca, abre la posibilidad de acuerdos profundos y caminos compartidos en política e ideología sobre todos los otros problemas que nos conciernen y desafían como seres humanos en el planeta.

La posición atea con pretensión de científicidad intenta un grado de distanciamiento de las emociones involucradas como la ira, el desencanto, el temor, etc., a sabiendas que nunca se puede lograr por completo. Imita la actitud de un investigador ante una observación o un experimento. Sabe con certeza que no puede probar que ese fenómeno que analiza -nada menos que Dios- en verdad no existe. A lo más que puede llegar es a considerarlo como una hipótesis superflua que complica más que explica el mundo real, físico y espiritual. Toma en cuenta que el avance del conocimiento proporcionado por la ciencia, ha ido invalidando una tras otra las posiciones que la Iglesia sostenía como pruebas de la intervención divina en la creación.

Los primeros descubrimientos científicos siempre fueron vistos por la jerarquía eclesiástica y la mayoría de los sacerdotes como desafíos intolerables a la fe. El caso de Galileo es bien conocido. Luego se fueron produciendo reacomodamientos doctrinarios ante nuevos hallazgos. Las leyes de Newton venían a probar, a la postre, el talento matemático del creador. Los propios científicos contribuían a ello, ya que mezclaban sus teorías con sus credos religiosos y aun con ideas esotéricas: muchos astrónomos de los primeros tiempos eran también astrólogos.

En el seno de las iglesias también se generaron conflictos que perduran porque siempre hubo discrepancias o matices en la apreciación de la ciencia. El caso de la evolución humana no es el único pero es muy ilustrativo al respecto. El relato bíblico del Génesis parecía no dejar lugar a dudas: el hombre fue producto de un acto especial del Creador que lo separó de todos los otros seres culminando con él su obra. Cuando en el siglo pasado aparecieron las primeras teorías y los primeros hallazgos de escasos y fragmentarios fósiles, ancestros del hombre actual, y Darwin sostuvo que los monos y el hombre descendían de un antepasado común, la Iglesia puso literalmente el grito en el cielo. Después, en arduos trabajos de campo combinados con encuentros fortuitos e hipótesis en permanente reelaboración, se fue delineando la prehistoria humana. El resultado a la fecha es una concepción que, sino atea explícitamente, es por lo menos no-teísta porque prescindía de toda intervención divina. Las iglesias cristianas fueron adaptándose con dificultad a las nuevas circunstancias.

Un sector se aferra a la interpretación literal del texto bíblico. Esta tendencia fundamentalista tiene un peso considerable en los Estados Unidos: logró que se aprobaran en un buen número de estados, leyes que prohibían la enseñanza de la teoría de Darwin en las escuelas. Casi la mitad de la población rechaza esa teoría. El presidente Reagan, durante su gestión y recientemente Buchanan que se postuló como candidato a la presidencia, se declararon vehementemente a favor de una interpretación creacionista. Este último dijo por TV: "Pienso que los padres tienen derecho a insistir en que la evolución sin Dios no sea enseñado a sus hijos o que ellos no sean inductados en ella". Actualmente se libra una batalla en la educación porque los fundamentalistas usan todo su poder político para imponer que la teoría de la evolución se enseñe como "una teoría controvertida" sostenida por "algunos científicos", junto con el relato bíblico sostenido como "ciencia cristiana".

El Vaticano sostuvo por lo menos hasta 1950 su concepción tradicional. Pío XII en su encíclica "Humani Generis" dice "...Algunos con temeraria audacia, traspasan esta libertad de discusión, obrando como si el origen mismo del cuerpo humano de una materia viva preexistente, fuese ya absoluta-

mente cierto y demostrado..." Y más adelante niega que Adán signifique el conjunto de los primeros padres de la humanidad porque esto se opone a lo que "las fuentes de la verdad revelada y los documentos del magisterio de la Iglesia enseñan acerca del pecado original, que procede del pecado verdaderamente cometido por un sólo Adán y que difundiéndose a todos los hombres por la generación, es propio de cada uno de ellos".

Es con esta doctrina que fueron juzgadas las obras de científicos y de cristianos de buena fe que no podían negar las evidencias que se iban acumulando en favor de las teorías evolucionistas. El más célebre de ellos fue el sacerdote jesuita Teilhard de Chardin, paleoantropólogo que trabajó durante años en China e hizo aportes muy valiosos a la filogenia humana estudiando al hombre de Pekín (*homo erectus*) que hoy es considerado unánimemente como ancestro directo del *homo sapiens*. Estaba convencido de la evolución física a partir de antepasados no humanos. Por eso, sus obras figuraron en el Index del Santo Oficio que recién levantó la prohibición por decreto del año 1957.

Hoy, como síntoma de los nuevos tiempos, la Iglesia católica convoca a través de la Academia Pontificia, a reuniones en Roma de los mejores especialistas internacionales para discutir libremente las teorías actuales de la hominización; ya no estamos en épocas de fáciles excomuniones. Pero estaría equivocado el ateo que crea que esta vez sí la religión ha sido derrotada. Curiosamente, el propio Teilhard, proporcionó el argumento dotado incluso de belleza poética que reestablece el dominio de la fe en un terreno aparentemente perdido para la religión. Él hablaba del "paso a la reflexión", a la autoconciencia que en el proceso de la hominización debió darse como "una mutación del 0 al todo", "un umbral que debió ser franqueado de un solo paso"; un cambio que se dio "entre dos individuos". Esta manera de concebir el paso a la reflexión permite colocar "bajo el velo fenomenológico de una transformación revolucionaria, la operación creadora y aquella intervención especial que (el pensador espiritualista) quiera".

La ciencia no puede negar ese acontecimiento del que no quedan huellas en el registro arqueológico: las ideas no se fosilizan y mucho menos "el espíritu". Lo más que puede decir

es que hay un conjunto de datos que hablan a favor de una evolución lenta y gradual de las facultades psíquicas superiores. Al respecto, puede señalarse que los primeros instrumentos de piedra tienen 2,5 millones de años de antigüedad, coincidiendo con el *homo habilis* con un cerebro algo superior al de los homínidos que lo precedieron pero muy inferior al de los subsiguientes. Debieron pasar más de un millón de años para que se diera un avance significativo en las técnicas de fabricación. Recién hace 300.000 años el *homo erectus* domina el fuego. Con la aparición del *homo sapiens* se registran herramientas claramente diferenciadas para usos diferentes, lo que es causa y consecuencia de su actividad como cazador cooperativo mucho más eficiente que la de sus ancestros. La vida social de todos estos antepasados del hombre actual, debió ser necesariamente cada vez más rica y compleja porque sólo sus aptitudes corporales no les hubieran permitido sobrevivir en medios hostiles. Esto significó, además, el paulatino desarrollo de la comunicación, el lenguaje y culturas cada vez más complejas.

De todo esto y de otros muchos elementos, puede concluirse que el hombre no es una criatura creada por Dios y que tampoco es el dueño de la Tierra y, mucho menos, del Universo. Cuando el evolucionismo comenzó a difundirse, surgió entre algunos científicos la idea que el hombre es la culminación del proceso evolutivo porque éste mostraba aparentemente una tendencia finalista hacia la perfección. Fue una concepción de religiosidad laica que gozó de cierto predicamento porque ponía, sagazmente, a la naturaleza en el lugar de Dios pero al servicio del mismo propósito. Actualmente se acepta que entre otras tendencias, existe también el progreso en ciertas etapas y grupos de especies, si se entiende por tal una creciente complejidad de estructuras y plasticidad de comportamientos. Pero no es un rasgo que pueda generalizarse al conjunto de la evolución de la vida y del hombre. Lo que ha llamado poderosamente la atención no es tanto la existencia de éxitos evolutivos, como la enormidad de los fracasos que han ocurrido por diversas causas naturales. Según afirma Richard Leakey, uno de los más grandes especialistas mundiales, "más del 99% de todas las especies que han vivido en la Tierra están hoy extinguidas." La más conocida de estas

extinciones en masa es la de los dinosaurios hace 65 millones de años, causada probablemente por la caída de un meteorito de gran tamaño que acarreó grandes cambios climáticos.

Lo menos sabido es que, junto con ellos, se extinguieron entre el 60 y 80% de todas las demás especies terrestres.

La evolución de nuestros ancestros no ha gozado de mejor fortuna. De todas las especies de homínidos, la única que sobrevivió es la nuestra. El modelo más adecuado para representar su historia no es, como antes se pensaba, una línea recta con etapas sucesivas, un encadenamiento de eslabones; todos oímos algo sobre "el eslabón perdido". El modelo actual es una figura arborescente con múltiples ramificaciones; algunas que abortaron al poco tiempo de brotar y otras que lo hicieron en plena floración. Una sóla de esas ramas llegó hasta el presente. Stephen Gay Gould, profesor en Harvard y sabio en la materia, dice que "los seres humanos surgen más bien como el desenlace fortuito y contingente de miles de eventos ligados entre sí; cualquiera de ellos pudo haber ocurrido de modo diferente y enviado a la historia, por un camino alternativo que no hubiera conducido a la conciencia".

De todos modos la religión seguirá diciendo su palabra y el argumento de Teilhard mantendrá su eficacia.

En una reciente declaración, el Papa Juan Pablo II, admite que los nuevos conocimientos conducen a reconocer en la teoría de la evolución algo más que una hipótesis. Pero admitiendo el origen evolutivo del cuerpo y aun de la mente del hombre, afirma categóricamente que el alma espiritual es creada inmediatamente por Dios. En síntesis, más que a Darwin, el Papa ha reivindicado las ideas de Teilhard, posición que es dable suponer provocará resistencias entre los sectores fundamentalistas.

Hoy se pretende también que, en el comienzo del universo, el Big Bang pudo estar desencadenado por un diseño divino.

En tren de ser progresistas, se puede atribuir toda la complejidad del universo a un plan divino que, a medida que se lo conoce, resulta ser mucho más sofisticado que las rudimentarias nociones que, sobre él, pudieron tener los profetas y padres fundadores que vertían los textos sagrados en el lenguaje de su tiempo.

Quizás de todas las ideas aportadas por la ciencia que

pueden respaldar la concepción de un mundo sin dioses, la más importante sea la propiedad de autoorganización que tienen los sistemas abiertos desde el nivel de las partículas subatómicas, pasando por los organismos vivos hasta las galaxias. Esta capacidad, sobre cuya comprensión se ha avanzado mucho en las últimas décadas, depende de procesos deterministas objetivos, materiales, incluso en la subjetividad individual y en la actividad social. Por eso dije antes que, apelar a Dios, resulta una hipótesis superflua que no hace más que multiplicar los problemas a resolver.

En cuanto a la intervención de Dios como legislador y guía moral, creo que el ateísmo está algo mejor posicionado.

Sin entrar en sutilezas teológicas para las que carezco de competencia, el espectáculo de un mundo que cada día muestra desde el sufrimiento espantoso y la muerte absurda de un niño, hasta el martirio y el genocidio de pueblos enteros, coloca a la religión ante un desalio terrible. Sus respuestas me parecen insuficientes. El recurso al pecado original reivindica una crueldad que casi ningún código de justicia podría aceptar: los hijos no son culpables de los crímenes de los padres. La idea del pecado original sostenida enfáticamente por los textos sagrados y el magisterio de la Iglesia, se parece como gota de agua a otra -con perdón por la blasfemia- a la concepción de nuestra Junta Militar, que juzgaba como criminales a los padres y, junto con ellos, hacía desaparecer a sus hijos.

La concepción que Dios habría dotado al hombre del libre albedrío para elegir entre el bien y el mal, es igualmente lamentable. Todos sabemos que centenares de millones de personas carecen, por condiciones sociales inhumanas, de la posibilidad de elegir una vida digna; ni siquiera pueden elegir vivir.

El ateísmo, ante la cuestión éticorreligiosa percibe tres alternativas posibles. Si Dios existiera, no es todo poder, bondad, sabiduría y justicia. Como el aprendiz de hechicero de la fábula, creó *algo y lo puso en movimiento* pero ocurrieron cosas no previstas en el plan original, por obra del hombre o... de otra instancia.

Aquí se abre paso la segunda alternativa: entonces existe un poder dual trascendente al hombre mismo, los principios del bien y del mal que en las antiguas religiones se encarnaban

en dioses diferentes, como en la de Zoroastro con Ormuz y Arimán. Las religiones monoteístas se vieron en aprietos para integrarlos en un solo Dios; las iglesias apelaron al recurso de Lucifer, el diablo, las potencias demoníacas. Entonces: ¿ Dios, todo bondad, coexiste con el mal?; ¿ fue también su creación?; o peor aún, ¿ lo ha precedido?; ¿ o no tiene poder para someterlo?; ¿ o no se lo propone y deja al hombre solo para librar un combate tan desigual? Ijn teólogo vería con exasperación o condescendencia en estas simples preguntas, la repetición de históricas herejías a las que la Iglesia supo responder desde su magisterio dogmático. Pero, la cuestión, me temo que sigue en pie a los fines de los destinos humanos concretos.

La tercera alternativa implica que el ateísmo no maldice a Dios ni lo critica por su impotencia. Sencillamente- en un acto cuasi piadoso- lo saca de la escena. Es el hombre en soledad concreta y metafísica que debe asumir sobre sí la responsabilidad de lo que sucede en el mundo. Sólo el hombre y la sociedad por él creada y que a la vez lo crea, son los que deben enfrentar sus males. No hay en quien delegar responsabilidades.

Pero, si "los designios de Dios son inescrutables" y a los interrogantes últimos o primeros se les responden con "los misterios de la fe", siempre existirá la posibilidad de refundary legitimar las creencias religiosas.

Finalmente, algo sobre la cuestión personal de ser ateo.

No es una posición confortable. En un sentido es algo perfectamente inútil. Todo lo más que se puede lograr es tener la sensación - que cualquier religioso tiene respecto de Dios- de estar más cerca de la verdad. Savat er decía parafraseando a Voltaire : " La duda no es un estado agradable, pero la seguridad es un estado ridículo". Los científicos afirman que la duda abre el camino al conocimiento pero vivir en este mundo pleno de dudas nos hace reclamar certidumbres.

El novelista Robert Harris opinó que " cualquier personaje cuya misión es encontrarle un orden al caos tiene algo de atractivo; es por eso que al mundo le gusta las buenas historias de detectives". Una buena receta para usarla en un mundo apacible donde el caos se limita a la historia del libro que nos apasiona. Pero en este mundo, el caos nos habita, nos

rodea y nos angustia por más que los especialistas nos hablan de un caos determinista, es decir, pasible de un conocimiento fascinante que abre nuevas perspectivas. Carecemos de serenidad y tiempo subjetivo para pensarlo así. Nos sentimos acosados y abandonados. El hombre padece por culpa de la modernidad un duro ataque a su narcisismo. Copérnico demostró que la Tierra no es el centro del universo; Darwin, que no es el centro de la creación; Marx mostró la alienación de su esencia en las estructuras socioeconómicas que él mismo creó y Freud, que su razón cede ante las pulsiones inconscientes.

El ateo sincero se sabe despojado de muchos privilegios. Agreguemos la pérdida de la ayuda o por lo menos del acompañamiento consolador en esta vida de un Dios-padre y la pérdida de la trascendencia: no hay un más allá de eternidad garantizado. Sólo lo que puede lograrse en nuestras precarias existencias que, salvo excepciones, -los creadores que dejan su legado a la humanidad-, se limita a trascender en nuestros prójimos y familiares, hijos y nietos que nos tendrán en su memoria, según el lugar que hayamos sabido conquistar. Por eso es necesariamente solidario: no hay un padre al cual remitirse; somos todos hermanos huérfanos.

El ateo sincero es un humanista: aprende de la religión y de otras prácticas sociales, la solidaridad, la piedad, la humildad, la tolerancia, la aceptación de las diferencias. Es tolerante con su hermano creyente y espera su tolerancia. No habla de la religión como opio de los pueblos, sino como consuelo de los pobres y los desdichados.

¿Fundamentalismo o Fundamentalismos?

El término parece irrumpir en Occidente de la mano de la revolución iraní que instala un régimen teocrático, con gran apoyo popular liderado por la jerarquía del clero musulmán chiita. Desde entonces, para el común de la gente, fundamentalismo, islamismo y terrorismo se hacen sinónimos.

Una serie de acontecimientos en distintas partes del mundo advierten sobre la existencia de otros fundamentalismos en sentido estricto y, también, de movimientos a los que podría aplicarse el término si se lo toma en un sentido más amplio. Para intentar ver claro conviene preguntarse dónde comenzó su historia.

Hasta la década de los '60, el fundamentalismo designaba un movimiento originado en el siglo pasado en Occidente, más precisamente en EE.UU., en el seno de iglesias cristianas protestantes. Estas instituciones padecían la influencia del avance del liberalismo y de la ciencia incluyendo las ideas evolucionistas. Por entonces, también comenzó a difundirse el análisis literario e histórico de los textos sagrados, en primer lugar, la Biblia. Muchos creyentes y sacerdotes pensaban en su carácter metafórico y simbólico, dejando de lado su interpretación literal tradicional que había sido la predominante hasta entonces. Estos cambios produjeron alarma en los sectores más conservadores. El fundamentalismo aparece en ese contexto como un movimiento neoortodoxo, genuinamente reaccionario ante lo que considera como dilución de la fe, como pérdida de la esencia, de la identidad misma de la religión.

Tuvo incluso su programa doctrinario basado en cinco puntos: 1) la plena inspiración e infalibilidad de las Escrituras; 2) la divinidad de Jesús; 3) su nacimiento virginal; 4) su martirio expiatorio por nuestros pecados y su resurrección corporal y 5) su retorno antes del fin del milenio.

Este fundamentalismo cristiano parecía limitado a una cuestión religiosa. Seguramente incidían en su aparición problemas de la sociedad de la época; era una ideología militante

que se vinculaba al poder dentro y fuera de las iglesias. Nunca perdió su vigencia pero hoy ha adquirido una fuerza significativa al formar parte del arsenal de los sectores más reaccionarios, ultraconservadores y en verdad fascistas de EE.UU. Ha llegado a influir fuertemente en el programa del partido Republicano con el control del 60% de los delegados a su convención. Quedó al desnudo el perfecto cinismo de sus apóstoles cuando presiona al gobierno para amenazar con acciones militares a Irán, mientras cunde la inseguridad por el auge del terrorismo interno. La Coalición Cristiana exige la prohibición del aborto con el hipócrita argumento de la piedad por los embriones, cuando de lo que realmente se trata es el de someter el cuerpo y el alma de las mujeres a sus designios. Entre tanto, la política económica y social que preconizan, envía a la muerte evitable a 600.000 niños por año sólo en América latina y, en los propios Estados Unidos, millones de niños quedan sin protección al suspender los programas de asistencia social.

Se está conformando en ese país un núcleo duro fundamentalista que amalgama una ideología religiosa, profundamente reaccionaria, con el dogmatismo neoliberal y una política limitativa de los derechos humanos en lo interno y expansionista y militarista en lo internacional.

Puede hablarse también de fundamentalismo en un sentido amplio respecto de la cultura dominante en los países desarrollados occidentales; persiste en ellos, entre otras cosas, el viejo mito de su superioridad sobre el resto del planeta con su cortejo de ignorancia, desprecio e intolerancia. La tecnociencia y el mercado se erigen en nuevas deidades a las que hay que someterse por las buenas o las malas y que promueven la eficiencia y la competencia por encima de los valores humanos, determinando en buena medida la vida de los Estados y de sus habitantes.

Esta responsabilidad del Occidente cristiano, laico o nihilista, no puede sin embargo admitirse como coartada para aligerar el juicio implacable que merece el terrorismo islámico.

Pero la cuestión del Islam es mucho más compleja de lo que induce a pensar esa fácil igualación entre cultura árabe, religión musulmana, fundamentalismo y terrorismo, promovida por los medios y facilitada por la expansión del islamismo

como fenómeno contemporáneo.

El Islam tiene su centro en la doctrina de Mahoma, fundador de la tercera religión monoteísta que abreva, como el judaísmo y el cristianismo, en las fuentes del Antiguo Testamento. Tuvo una rápida difusión a partir del siglo VII que abarcó a los países árabes y a otros pueblos en Turquía, Persia, India, Extremo Oriente, África Subsahariana y parcialmente en Europa, en los Balcanes y en pueblos que fueron dominados por el imperio ruso.

Esta nueva religión padeció cismas, divisiones, herejías, no menos graves que las sufridas por el cristianismo; conflictos que desembocaron frecuentemente en guerras en las que se dirimían, además, intereses económicos y políticos. Con el paso de los siglos, estas diferencias fueron integrándose con las historias singulares de los pueblos del mundo islámico dando por resultado que, entre los musulmanes, existen diferencias tan notorias como las que pueden darse entre un católico de Belfast y un ortodoxo moscovita y un noruego luterano.

Es sorprendente la visión que Occidente tiene de este complejo mundo; visión que homogeneiza, que borra las diferencias, estableciendo una barrera de ignorancia y prejuicios que sólo atraviesan algunos eruditos que dedicaron su vida al estudio y algunos periodistas y viajeros.

La tendencia fundamentalista islámica consideró a los musulmanes moderados como sus enemigos principales o por lo menos como los más cercanos. Proclamó de modo intransigente su versión literal de los libros sagrados, en particular el Corán, acompañado de una actividad ascética y militarista. Se levantó contra la decadencia de las costumbres y la corrupción de los gobernantes. Fracasó reiteradamente en sus luchas por tomar el poder político y cuando lo logró, como los almohades en la España musulmana, pronto resultó tan perversa como sus antecesores. Atacaba duramente y perseguía a los otros musulmanes y, además, a judíos y cristianos que habían coexistido apaciblemente en los períodos dominados por los musulmanes más tolerantes. Conviene recordar que estos conflictos eran parte de una cultura o civilización que hizo algunos de los aportes más importantes a la cultura universal, entre ellos la mediación entre la antigüedad clásica y el mundo europeo de fines del medioevo y comienzos del

Renacimiento.

Esta larga y compleja historia se prolonga hasta nuestros días. Los islámicos fundamentalistas luego de hacerse del poder en Irán, un país que no es árabe, disputan agresivamente en Egipto, Argelia y otros estados. Turquía, país musulmán laico, tiene hoy un gobierno islámico. Varios países árabes han cambiado de mano y en todos aquellos de mayoría musulmana o donde poseen una minoría importante, los fundamentalistas pretenden asumir el control político, implantar la sharia (ley islámica) y proclamar la Jihad (guerra santa) contra herejes e infieles. Su hostilidad al Estado de Israel y a los países desarrollados occidentales, en particular EE.UU., aunada al terrorismo de los grupos más activos como Hamas y Hezbollah y la oleada de inmigrantes musulmanes, ha producido reacciones xenofóbicas, histéricas, en países como Alemania, Francia, España y EE.UU. La explicación más difundida consiste en atribuir la situación a la barbarie, el atraso cultural o civilizatorio y el fanatismo religioso del mundo islámico. Es oportuno recordar que en el período del enfrentamiento con el comunismo, y durante la guerra fría, Occidente y especialmente EE.UU., estimularon y apoyaron con mucho dinero y armas a los fundamentalistas islámicos contra la Unión Soviética. Eran por entonces "luchadores por la libertad"; tal fue el caso de las guerrillas afganas que tuvo mucha prensa. Caído el "socialismo real" se ha pasado a considerar al islam como nuevo "Imperio del Mal", expresión que Reagan gustaba aplicar a la URSS.

Apelar a la barbarie, el atraso o el fanatismo, para explicar el auge del fundamentalismo islámico, es cometer un error político e histórico. Pero, además, es transgredir una lógica elemental, porque mal puede explicarse un fenómeno que se ha incrementado notoriamente en las últimas décadas, por causas a las que se les atribuye una existencia de siglos. Las causas hay que buscarlas, más que en la religión y la cultura musulmana, en los cambios recientes de la economía y la política cultural de Occidente.

El incremento del fundamentalismo islámico es una reacción, todo lo desmesurada que se quiera, ante el subdesarrollo agravado por la mundialización, por el economicismo del dogma neoliberal, por la homogeneización y fragmentación

impuestas por los mercados y los medios que destruyen las redes solidarias que sostienen la vida de las comunidades. De ese modo, se arroja a sus miembros a la miseria, la anomia, a la pérdida de sus valores tradicionales, de sus identidades como individuos y como grupos sociales.

Así como el cristianismo en Occidente ha tenido un rol fundamental en la formación de su cultura y en la estructuración de su economía y política, de igual forma ha influido el islam en el mundo árabe y en otros pueblos. Estas influencias no significan que las dos religiones recubren totalitariamente ambas culturas. Es obvio que Occidente es algo más que su religión dominante. Sin embargo, la tendencia actual respecto del islam es la de interpretarlo precisamente en la versión que su fundamentalismo pretende asumir: nada quedaría por fuerza de su dominio en la sociedad. Se produce una infortunada complicidad que enceguece a los europeos y norteamericanos respecto de aquel mundo, de lo que resulta que la opinión o influencia de los sectores laicos o moderados, es recibida con sorpresa e incredulidad porque, desde el prejuicio, en verdad no deberían existir. Es como la perplejidad de un racista blanco ante un negro culto e inteligente.

Corresponde ahora que me ocupe del fundamentalismo judío, poderoso por la importancia que ha adquirido dentro de Israel y por su incidencia en el destino del Medio Oriente. El triunfo de la derecha y el crecimiento de los ultraortodoxos israelíes, han agravado considerablemente las dificultades preexistentes. Al formar parte del gobierno del que habían estado excluidos hasta ahora, los fanáticos religiosos tienen la oportunidad histórica de hacer realidad su programa y... la están aprovechando.

Por un lado, amenazan el proceso de paz al revitalizar el viejo sueño del Gran Israel como condición previa al advenimiento del Mesías. Su territorio corresponde al apogeo del reino de David y sus actuales pobladores que no son judíos, lo habitan desde hace muchos siglos. Por otra parte, comienzan a ejercer el control de zonas significativas del aparato estatal y a fiscalizar los hábitos de la población israelí que, en su mayoría, no son ortodoxamente religiosos. Quieren imponer su arbitrio en el tránsito de calles y caminos y el respeto

irrestricto del Shabat. Las primeras víctimas de sus abusos son las mujeres que, por ejemplo, deberían vestir según sus preceptos y estar separadas de los hombres en el transporte público.

Mi querido y viejo amigo, el Prof. José A. Itzigsohn, ha escrito un notable artículo "El Magnicidio Israeli" en el que describe el proceso que llevó a la "muerte anunciada" de Rabin considerado por los israelíes como un padre de la patria: "Se fue configurando una orquestación siniestra en la cual se dieron tres etapas: el intento de destruir la imagen política seguido de la muerte simbólica y finalmente del asesinato real". La mezcla de la religión y la política que los ultraortodoxos hicieron, los llevó a considerar a Rabin como un político traidor que estaba dispuesto a entregar parte de los territorios sagrados a cambio de la paz con palestinos y árabes. Cumplida la primera etapa de descalificación política, vino la muerte simbólica, cumplida por un grupo de rabinos que negaron, antes sus prosélitos, la identidad judía de Rabin. De allí a la muerte real no había más que un paso que fue ejecutado por un joven fanático. Guardo en mi memoria una imagen de hace casi veinte años: disfrutaba con unos amigos de la belleza de Jerusalén desde una de las colinas que rodean la ciudad. Un periodista israelí me dio una lección de geopolítica sobre el terreno: "Mirá -me dijo, moviendo su brazo en semicírculo hacia el horizonte -aquello es una aldea árabe, ése un poblado judío, ahí otra aldea y luego otro barrio judío. ¿Te das cuenta? O vivimos juntos en paz o morimos todos juntos; no hay otra posibilidad". Medio Oriente, Palestina, para su desdicha, es el lugar de encuentro de dos fundamentalismos inconciliables y, sin embargo, aliados en su mutua destrucción. Más allá de las limitaciones de sus líderes circunstanciales, no queda otra alternativa para israelíes y palestinos que la paz. Largo y difícil proceso a construir sobre la base del reconocimiento de los derechos y territorios propios y compartidos.

Existe un fundamentalismo muy poco conocido en Occidente: la Hindutva, ideología que afirma una versión nueva de la identidad hindú basada en el comunitarismo y la relectura de viejas tradiciones religiosas, que ataca el laicismo y la política de tolerancia respecto de las minorías. Surgió por 1925 y entró en la política a través del gurú Golwalkar,

enemigo por entonces de Gandhi y Nehru. Ha adquirido trascendencia en los últimos años y amenaza con su beligerancia, una zona del planeta en que viven más de mil millones de personas. Pretende dar al país el nombre de Indostán y excluir a minorías y castas inferiores de la sociedad. En diciembre de 1992 protagonizó un suceso sangriento que costó la vida de más de dos mil seres humanos. En un estado del norte de la India existía una mezquita construida por un emperador mogol sobre un templo hindú. Multitudes enfurecidas la destruyeron generando un caos terrible. No deja de ser una paradoja trágica, el que la mayoría de las víctimas fueran musulmanes que viven como minorías en las zonas del país limítrofes con Pakistán, que es musulmán. Existe en esa región del mundo una situación bastante análoga al conflicto árabe-israelí, con la agravante de la dimensión demográfica que tiene. Como las cámaras de la TV parecen no considerarlo como digno de un buen rating, pocos son los que han oído respecto de esta posible y descomunal carnicería.

El fundamentalismo desborda el ámbito de las religiones. Es posible considerarlo como un movimiento sociocultural al que siempre se le puede atribuir antecedentes, pero que se activa y adquiere intensidad en ciertas circunstancias. Sobre todo, ante una grave crisis político-social y cultural que amenaza la identidad de la sociedad o de sectores importantes de la misma.

La tendencia fundamentalista puede surgir en una sociedad laica o formalmente atea. Para los marxistas existen dos ejemplos que llaman a la reflexión, uno del pasado cercano y otro actual.

El primero fue la Revolución Cultural china que tuvo incluso un carácter antirreligioso, aunque exhibía orgullosamente su "texto sagrado": el famoso Libro Rojo de Mao.

El actual se refiere a la situación en Rusia, donde sobre el trasfondo de una verdadera descomposición social, se advierte una resistencia al proceso salvaje de "occidentalización" que toma una parte importante del pueblo. Camino de una ilusoria recuperación de la identidad, bajo la forma de una confusa amalgama de tradicionalismo campesino, nacionalismo granruso, retorno a la religión ortodoxa y nostalgia del

stalinismo y los zares.

Hay otros fundamentalismos menores en cantidad de adeptos e importancia relativa; pero debemos ser cuidadosos en su valoración porque en el mundo vertiginoso e interconectado actual, cualquiera de ellos podría aparecer, súbitamente, como generador de conflictos de vasta repercusión.

Existe un amplísimo espectro de sectas de origen diverso, religiosas, laicas, esotéricas, que tienen características fundamentalistas por remitirse a doctrinas asumidas como textos sagrados y tener una organización estricta que regula la vida de sus adeptos. Las hay tan apacibles como los amish y menonitas y tan violentas como aquella que protagonizó el ataque con gas en el subterráneo de Japón.

Los fundamentalismos se diferencian entre sí, obviamente, por ser versiones extremas de distintas religiones o cosmovisiones. Estas diferencias incluyen ritos, ceremonias, vestimentas y detalles más o menos pintorescos en dependencia de las diversas creencias.

Lo notable es que, a partir de allí, tienen en común rasgos esenciales que autorizan a pensar en **el** fundamentalismo.

Conviene aclarar que muchas veces se utiliza el término integrismo que creo, como otros autores, es preferible reservarlo para la tendencia surgida en el seno de la iglesia católica, especialmente en España y Francia, de carácter tradicionalista y antimoderna.

Algunos de esos rasgos esenciales comunes fueron señalados en las páginas anteriores. Veamos su síntesis.

Es un movimiento de retorno real o imaginario a las fuentes, a los textos sagrados tomados "al pie de la letra" y, a la vez, es una reacción a un cierto debilitamiento o corrupción de las creencias, de la fe en sus iglesias e instituciones de los gobiernos y los estados.

Es totalitario en el sentido que abarca la totalidad de la vida social y de los individuos, a los que se propone controlar y dirigir. Exige por lo tanto aceptación plena, acatamiento absoluto dentro de su dominio. Tiene vocación política, latente o manifiesta, para influir y, si es posible, dominar el estado.

Su utopía que, a diferencia de otras, está bajando del cielo a la tierra, es el Estado teocrático regido por las leyes y las instituciones religiosas en lugar de las civiles o laicas. Su

líderes son el clero y su jerarquía o los delegados que ellos designen.

Ávidos de obtener consenso, es sensible a las mayorías entendidas como masa y no como conjuntos de ciudadanos, categoría que le resulta ajena por su origen occidental y burgués. Como acertadamente lo señala Fred Halliday, se parece al populismo con liderazgo autoritario que ha tenido fortuna en países del tercer mundo. La democracia, ese viejo invento de los atenienses, que después de casi 2.500 años, hace sólo un par de décadas que existe, precariamente, en su tierra natal y que tiene un éxito bastante relativo en otras latitudes, le es completamente extraña. Si se somete a elecciones y llega a ganarlas, lo hace como en Argelia, para destruirla y sustituirla por su estado teocrático. La piedra de toque de la democracia no es el gobierno de la mayoría sino el respeto por las minorías y en esto el fundamentalismo muestra su esencia reaccionaria, antidemocrática.

Su agresividad potencial o efectiva se dirige, en primer lugar, a los creyentes "moderados" de su propia fe o creencia: son los renegados, los apóstatas. Luego se vuelve sobre los extraños, los infieles, los bárbaros. El que es considerado diferente, es objeto de un trato cuya secuencia se transita a veces muy rápido. En principio, se trata de convertirlo o de volverlo al redil. Si es irrecuperable, se tiende a su exclusión; ya no pertenece a la grey. Se cumple un proceso de alienación por el cual pierde su condición inicial de miembro de la comunidad y, en última instancia, de ser humano. Entonces, si el poder es suficiente, vendrá la aniquilación individual, el genocidio de pueblos enteros. Se ha dicho que el fundamentalismo es un modelo de pensamiento paranoico: toda la pureza, el bien y la verdad, está en uno, y la impureza, el mal y el error, en el otro, en el ajeno. El otro es la encarnación del mal absoluto, de Satán.

El fundamentalismo, absolutizando los preceptos religiosos, anula la distancia entre lo público y lo privado. El sujeto pierde su opacidad; la privacidad queda bajo la mirada de la ley de la comunidad. La libertad personal carece de sentido.

No hay lugar para las dudas, para el pensamiento crítico. La ciencia tiene un valor puramente instrumental. La tecnología, aun la más avanzada, puede ser utilizada al servicio del

fundamentalismo, especialmente, el militar y de los medios.

Opera como soporte ideológico y "vanguardia" cultural, en los conflictos en los que pueblos que han sido y se sienten efectivamente postergados y sometidos, reivindican un territorio, una etnia, una religión. Todos los pueblos han tenido a lo largo de su historia, derrotas y victorias; fueron, alternativamente, dominados y dominadores. El fundamentalismo reivindica el periodo de poder y gloria, la edad de oro que intenta recuperar. El fundamentalismo cristiano, el dominio de Occidente sobre el mundo; el judío, sobre el Gran Israel; el musulmán, el Islam en su máxima expansión; el hindú, el Indostán. Un pueblo, un territorio, una nación, una religión, una ley, una unidad libre de impurezas, homogénea, donde las jerarquías aceptadas son las sancionadas por la ley religiosa.

Por todo esto se relaciona estrechamente con el racismo y el nacionalismo extremo. Porque son tres instancias de una misma supremacía: pueblo elegido por Dios; raza superior entre los hombres; nación por encima de todas, centro imaginario del mundo físico y espiritual.

Finalmente, el individuo, grupo, etnia, organización que se considera a sí mismo como poseedor de la verdad absoluta, sea de origen religiosa o laica, es potencialmente peligroso. Si a esa convicción indiscutible se une alguna forma de poder económico, político, cultural, militar, el peligro se hace efectivo, mortal. El mundo actual adolece de muchos riesgos, ninguno de los cuales tiene fácil solución. Sin embargo, parecería que algunos pueden encaminarse a su resolución, aunando conocimientos científicos, adecuadas decisiones políticas y una voluntad lúcida de los pueblos afectados; por ejemplo, los peligros atómicos y ecológicos. Pero el fundamentalismo es, quizás, uno de los peores riesgos por el grado de irracionalidad, de fuerza emocional que lo sostiene, anclada en la profundidad de los individuos y de las comunidades.

El Marxismo insiste

Al haber dejado atrás el umbral de la tercera edad, constato que he sido marxista toda la vida, y que el marxismo es tal vez uno de los rasgos más definidos de mi identidad. Tengo también la convicción que con él conviven, en un maridaje extraño, nociones de liberalismo político y de humanismo burgués, de ética judeocristiana y positivismo científico.

Este pastiche -que convengamos podría ser peor- proviene más que de una experiencia personal o familiar, del problemático hecho de haber nacido en este país y en mi tiempo, como un individuo más de nuestras capas medias, de esos sectores "progresistas" traídos y llevados por los acontecimientos mundiales y nacionales, por los entusiasmos y decepciones, inmersos en una subcultura de europeos marginales, de científicos sin presupuesto, de orgullosos e informados ignorantes, de revolucionarios derrotados, de sobrevivientes con mala conciencia, de religiosos sin dios a quienes, para nuestro mal, como dijera un ignoto y lúcido hijo de puta "cuando teníamos todas las respuestas, nos cambiaron las preguntas".

Entonces, repensar el marxismo, se nos hace cuesta arriba. Muchos dicen con ligereza posmoderna que murió junto con el Muro y el "socialismo real". Otros, los menos, empecinados guardianes del templo, nos lo tiran a la cabeza, monolíticamente. Porque hay una curiosa coincidencia entre sus más duros adversarios y sus más fanáticos defensores: ambos consideran al marxismo una doctrina acabada, cerrada sobre sí misma, autosuficiente, que sólo deja dos opciones: se lo toma en bloque o se lo abandona.

Reconforta saber que algunos ideólogos y políticos burgueses se lo toman todavía en serio y, sobre todo, observar que siempre hubo marxistas que vivieron y viven empeñados en separar la escoria dogmática de los núcleos teóricos y prácticos de valor perdurable.

Creo que para repensar el marxismo se debería partir -para estar a tono con la moda- de su complejidad. Complejidad que hizo retroceder, antes de tiempo, a muchos de sus partidarios entre los que me cuento.

Frente a las dificultades de los textos originarios, fuimos

presa fácil de los pedagogos bien intencionados y también de los divulgadores entre los que sobresalió Stalin. Los manuales, más allá del uso por los aparatos burocráticos y autoritarios, fueron una manera relativamente sencilla de aprender - más que de aprehender- lo que tomamos como su esencia. Al quedar mediatizada su relación, nos alejamos de los clásicos cuando su estudio hubiera tenido, por lo menos, el efecto benéfico de proteger y estimular la actitud crítica que tanta falta nos hacía.

La complejidad del marxismo existió desde el comienzo en la obra de sus creadores y aún antes. Baste recordar el conocido artículo de Lenin sobre sus tres fuentes y, al mismo tiempo, sus tres partes integrantes: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

Marx y Engels tomaron cada uno de estos ítems que eran, en sí mismos, de una elevada complejidad; los analizaron exhaustivamente, se *apropiaron* de partes esenciales desechando otras, las reelaboraron e integraron en una concepción original, de una novedad y vitalidad, que dejaría sus huellas en los siglos XIX y XX.

Sin embargo, ellos no pretendieron que el marxismo - denominación que el propio Marx se negaba a aceptar- fuera una doctrina omnipotente, exacta, completa y armónica como sí la consideraron casi todos sus discípulos socialistas y comunistas posteriores. En estas ansias de totalización reside uno de los elementos que proporcionó base ideológica al totalitarismo político posterior. Otra aproximación a la complejidad del marxismo, es valorar que no se limitó a transformar en una nueva ciencia a la economía política, a hacer una crítica fundada, rigurosa, de la formación histórico-social del capitalismo. Fue y es a la vez una ideología de carácter revolucionario que se encarnaba en la clase obrera y afirmaba coincidir, en sus intereses, con los de la gran mayoría de la humanidad. Y también fue y pretende seguir siendo, una práctica transformadora orientada hacia el socialismo y el comunismo.

Un sistema de tal envergadura genera y sostiene, inevitablemente, un conjunto de creencias, valores, principios éticos y conductas que han impregnado y condicionado la vida de muchos millones de partidarios y militantes y, también, de

adversarios y declarados enemigos. Un sistema complejo como el marxismo, que incluye una teoría económicosocial y política con seria pretensión de cientificidad, una ideología y una práctica social que forman parte de la cultura de la modernidad, es un sistema que necesariamente articula entre sí campos heterogéneos. Significa una fuente potencial de conflictos y de interpretaciones no siempre coincidentes.

Este sistema ha pasado a ser un patrimonio cultural de la humanidad pero, a diferencia de las pirámides de Egipto o de las obras de Cervantes, tiene características de organismo viviente. Como tal, no puede jamás permanecer igual a sí mismo, sino que cambia a su paso por la historia, modificándose al ritmo de los nuevos tiempos.

Así acontece con cada una de sus partes integrantes. Como teoría científica padece el mismo destino de cualquier otra teoría. Si incorpora los nuevos datos de la realidad que pretende explicar, lo hace modificando algunas de sus tesis e hipótesis, condición de su eficacia y vigencia. Si los nuevos datos no pudieran ser integrados en su sistema, debería aceptar la creación de teorías específicas que pueden articularse y complementar el cuerpo principal. En cambio, si la realidad hubiera cambiado hasta el punto que la teoría resultara incapaz de dar cuenta de ella, perdería su valor explicativo y su utilidad práctica y debería desecharse por completo. Tal es el frustrado deseo de sus enemigos.

En cuanto ideología y práctica social, tampoco puede permanecer igual a sí misma porque lo mismo que las teorías científicas, esta área de la cultura y la vida social ha cambiado vertiginosamente.

Si el marxismo fuese, como lo pretenden muchos de sus detractores, una teoría del capitalismo industrial, una guía para la revolución de los proletarios del siglo XIX y un conjunto de especulaciones sobre la naturaleza y la sociedad que las ciencias duras y las sociales han dejado atrás, entonces debería estar muerto e incorporado a los tantos intentos de comprender y modificar un mundo que ha pasado a la historia.

Es algo completamente distinto decir que el marxismo está en crisis; lo que es verdad. Se olvida frecuentemente que ya pasó por varias crisis y que las crisis son una forma de su existencia. Haciendo una comparación odiosa, diría que le

pasa lo mismo que al capitalismo: las crisis son una prueba de su vitalidad. Ni a uno ni a otro les llegó la esperada "crisis final".

Existe una dificultad que es inherente a muchas elaboraciones teóricas y que, en el marxismo, adquiere particular relevancia. No es posible deducir de principios generales, reglas para explicar y modificar áreas particulares, específicas. No existe una filosofía o una ciencia de las ciencias que haga innecesario el trabajo de las disciplinas específicas. Sin embargo, ésta ha sido y todavía es, una tentación irresistible para muchos que creen que en ese momento están pensando como marxistas.

Una manera fructífera de encarar el marxismo es hacer lo que se ha hecho con otras concepciones complejas: intentar dibujar un mapa teórico en el que se ubiquen diferentes regiones, algunas de las cuales son condición de la identidad diferenciada de esa teoría respecto de otras que podrían semejarse.

Determinar cuáles son esas regiones esenciales del marxismo, es un trabajo teórico y práctico que está en proceso de permanente elaboración, sobre el cual sería deseable que se pudiera pensar con más serenidad de la que habitualmente se emplea.

Avanzar en la jerarquización relativa de los conceptos y delimitar las diferentes regiones del mapa teórico, permitiría reconocer las que pueden ser modificadas sustancialmente o, tan sólo, dejadas de lado, sin por ello afectar los núcleos fundamentales.

Dos ejemplos de otras concepciones ayudan a ubicar la cuestión. En el psicoanálisis, las regiones teóricas sin las cuales esta concepción dejaría de ser lo que es para devenir una corriente psicológica más, son las teorías del Inconsciente, la sexualidad y la transferencia. Las ideas sobre las psicosis o las técnicas de tratamiento no tienen la misma "dureza" y de hecho han sido muy reelaboradas. La teoría de la relatividad en la física se basa en varios axiomas, uno de los cuales tiene un valor absoluto: la velocidad máxima y constante de la luz. En el hipotético caso de demostrarse que la luz no tiene esas características, toda la teoría tendría que ser reformulada.

Al caracterizar el debate actual en torno del marxismo hay

que subrayar dos hechos auspiciosos. Con motivo de haberse volatilizado o reducido a su mínima expresión, la autoridad que detentaban las direcciones políticas que inhibían a un sector importante de los marxistas, el debate se ha democratizado. Hoy las opiniones son valoradas por su propio peso, con el agregado inevitable del prestigio personal de los participantes. Además, el tono de las discusiones ha perdido el carácter de canibalismo político de otros tiempos.

A pesar que persisten expresiones minoritarias de dogmáticos intransigentes, son cada vez más frecuentes los encuentros en los que las distintas tendencias de la izquierda, sin abdicar de sus principios, se reúnen para reflexionar y discutir los problemas del marxismo contemporáneo en un clima que, si no es fraternal -cosa que a veces ocurre- es por lo menos serio y respetuoso.

Seguendo el criterio de cartografía o topología teórica, los debates han ido delineando cuatro áreas: aquella que puede llamarse de estabilidad y vigencia; el área de las formulaciones que han perimido; la de las problemáticas que deben actualizarse y la de las cuestiones que sólo estaban en esbozo o no existían en vida de Marx y Engels. Nadie puede atribuirse el derecho de poner "cada cosa en su lugar", ya que el dictamen final -si fuese posible- dependerá de un intenso trabajo colectivo que está más cerca del principio que de un hipotético final.

La máxima dificultad reside, aun para los marxistas más eruditos, en definir cuáles son los aspectos que tienen permanencia. La extensión de este ensayo y mi magra formación no me permiten ir más allá de una sintética enumeración.

El método de análisis histórico y dialéctico permanece como un valioso instrumento.

El examen de la formación históricosocial del capitalismo tiene un rigor que el tiempo no ha empañado.

El proceso tan brillantemente descrito por Marx de construcción-destrucción, como típico del orden burgués, no ha hecho más que incrementarse en la historia posterior del capitalismo.

Las clases sociales y sus luchas siguen vigentes, aunque los actores y sus conflictos se hayan modificado; asimismo, se agregaron nuevos sujetos sociales y nuevas luchas que no pueden ser reducidas a conflictos de clase, sino a expensas de

empobrecer su originalidad. El reconocimiento y la articulación de los factores objetivos y subjetivos, continúan siendo condición de un examen fructífero que ha ganado en complejidad.

La necesidad de conjugar el trabajo teórico científico con las prácticas políticas y sociales que desvelaban a Marx y Engels, es tan importante ahora como lo era entonces.

Y, por supuesto, el mantenimiento de los ideales éticos que fundan el socialismo son un clamoroso y presente reclamo ante tantas violaciones, inequidades y genocidios.

Entre las problemáticas que han perimido, me atrevería a consignar aquellas que, en los líderes posteriores de la 2a. y 3a. Internacionales, remitían a influencias positivistas; por ejemplo, la concepción del progreso indefinido, de las etapas históricas, de la racionalidad de lo real y del dominio de la naturaleza por el hombre. Agregaría la sobreestimación del papel de la ciencia y, correlativamente, la subestimación de las creencias y la religión. Finalmente, pero no menos importante, la concepción política del partido guía, que si bien nace en Marx, se cristaliza en el modelo leninista.

El área que requiere una profunda reelaboración y actualización tiene que ver con las teorías de la democracia, el Estado y la revolución. Un lugar destacado merece la controvertida tesis de la centralidad de la clase obrera industrial, el rol político de las nuevas capas medias y de los sectores marginales (¿lumpenproletariado?).

Los problemas que estaban en esbozo en las obras de los fundadores, o no existían entonces, incluyen la ecología, el feminismo, las teorías de los sujetos y la subjetividad, los conflictos étnico-religiosos y la cuestión nacional.

Ésta incompleta y esquemática enumeración, da una idea de los grandes desafíos que enfrentamos los marxistas contemporáneos y, a la vez, la fascinante tarea que está en proceso de realización. Para mejor avanzar en ella, es bueno tomar en cuenta que los errores cometidos e incluso los terribles crímenes perpetrados en nombre del socialismo, se debieron no sólo a luchas despiadadas por el poder, a hechos ligados a decisiones políticas, sino que también hubo en ellos una insoslayable cuota de arrogancia intelectual.

Pensar el Socialismo

Sí, pero, ¿desde dónde? Hoy la respuesta me parece obvia: desde uno mismo. Se trata de hacerlo desde el comienzo utilizando el capital de las muchas o pocas ideas que cada uno ha incorporado a lo largo de su vida, junto con las prácticas sociales más o menos comprometidas que pudo tener. Y hacerlo sin vergüenza, ni culpa, ni soberbia, con la mayor naturalidad posible, ejercitando el sentido crítico que es más necesario que nunca. Respetando la propia autonomía para poder respetar la de los compañeros que deberían asumir el mismo derecho y la misma responsabilidad. Pensar desde uno mismo quiere decir, también, pensar desde la pluralidad de identidades que nos constituyen como sujetos. Pluralidad que abarca el conjunto de la humanidad en sus diferencias de sexo o género, de religión, nacionalidad, etnia, clase, cultura. Si el socialismo tendría, como objetivo y condición de existencia, el despliegue de las potencialidades del hombre, esa pluralidad de diferencias no se deben combatir ni anular sino admitirse y aun enriquecerse. Al "pensamiento único" neoliberal no le puede suceder un "pensamiento único" socialista. Entonces será posible un diálogo verdadero, condición para avanzar en la comprensión de algo que se nos ha vuelto difícil de pensar.

Antes el socialismo era pensado para nosotros. No es el caso de descalificar a los clásicos que siempre vale la pena de leer y repensar, pero aceptemos que en nuestra pasividad de buenos alumnos cuando no de crédulos fieles, parasitaron los discursos de los dirigentes, los informes orgánicos y la machacona propaganda. Cometamos el sacrilegio pequeño burgués de pensar con cabeza propia. Quizás no lleguemos muy lejos, pero será nuestro el camino.

En estos tiempos finiseculares de incertidumbre, de caída de las certezas, se han generado expectativas que no puedo llamar de otro modo que mesiánicas. Corremos el riesgo de bajar los brazos y apagar las ideas hasta que aparezca en el horizonte una nueva síntesis teórica y nuevos liderazgos. Como el mesías ha postergado su llegada hasta una fecha improbable, quedamos capturados mientras tanto en la resignación y el fatalismo, o peor aún, en la adaptación cínica y

oportunista. Se trata también de pensar desde la derrota. Tener que determinar con precisión qué es lo que ha sido derrotado no nos exime de su reconocimiento porque, además, algo ha sido derrotado en nosotros mismos. Esto no significa fatalmente que debemos rasgarnos las vestiduras y caer en un duelo melancólico. Si zafamos de esta amarga tentación, es probable poder pensar con más lucidez aún que desde una victoria. Tenemos un ejemplo magistral en Gramsci que, enfermo en las cárceles del fascismo, fue el mejor teórico marxista de Occidente.

Comencemos por pensar qué queremos decir cuando hablamos de socialismo. Hay un número importante de definiciones, algunas de las cuales no son fácilmente conciliables entre sí. No es lo mismo acentuar en la socialización o estatización de los medios de producción, que subrayar la revolución moral y cultural o la dictadura de clase.

Por otra parte, el derrumbe del "socialismo real" ha inducido a muchos políticos e intelectuales con buena o mala fe, a sostener que también ha muerto el socialismo, la socialdemocracia, los ideales socialistas y que, como consecuencia, no existe alternativa alguna en el futuro al capitalismo. Se han apresurado a tirar al niño junto con el agua de la bañera; unos por desilusión, otros por triunfalismo. Entre paréntesis, sabemos bastante de ese triunfalismo de patas cortas del que abusamos con frecuencia.

Esos políticos e intelectuales se plantearon una tarea que los tiene muy ocupados: cambiar los nombres, inventar nuevos vocabularios para no quedar fuera de moda. ¿Hay algo que les perturbe más que la insinuación de estar envejecidos, de ser anacrónicos? Asunto que no tiene nada que ver con la revisión crítica del pasado que debe hacerse. Los cambios de nombre tienen algo de exorcismo, de realización de una muerte simbólica que no se limita a cerrarlas cuentas, sino también a espantar los fantasmas, las acechanzas del porvenir.

En algunas culturas, cuando nace un niño se le da un nombre provisorio que cambiará por el definitivo al llegar a la madurez. La disputa por el nombre de la futura sociedad tiene mucho de ociosa, ya que nadie puede pretender su legítima paternidad y, por lo tanto, reclamar el derecho a nombrarla. Por ahora llamémosla como nos plazca. Ya que no somos sus

padres, con suerte puede que nos reconozcan como sus antepasados.

Pensar desde uno mismo; pensar desde la derrota y pensar también desde la sociedad real. Aquí nos topamos con un verdadero obstáculo epistemológico, con una barrera que obstruye el camino hacia el conocimiento. Para la generalidad de los hombres de izquierda, este obstáculo tiene varios componentes. El primero, la ignorancia. El mundo tiene una complejidad mayor de la prevista; esto hace que aun los más expertos e informados, se vean en apuros para interpretarlo. Ocurre, además, que muchos saberes, no todos pero sí muchos, que están incorporados a nuestra cultura política e incluso fundados en prácticas reales, han perdido vigencia y hoy carecen de valor explicativo para las nuevas circunstancias. Es una herida narcisista difícil de soportar. Agreguemos que durante mucho tiempo nos hicimos a la idea de poseer una llave maestra, una poderosa fuente de luz. El método marxista podía abrir todas las cerraduras. Lo que estaba tras una puerta cerrada no nos inquietaba demasiado; llegado el momento la abríríamos y la luz revelaría lo oculto.

Hubo un tiempo que no conviene olvidar, en que creímos que nos habíamos apropiado del método marxista. El presunto método era, en realidad, un conjunto esquemático de fórmulas axiomáticas sobre el materialismo dialéctico e histórico, que poco tenía que ver con el método de trabajo e interpretación utilizado por Marx y Engels.

Era la vulgarización stalinista que penetró profundamente en la mente de la izquierda, incluso de muchos detractores y enemigos del dictador. Detrás de ese método, cerramos muchos libros antes de abrirlos y "liquidamos" muchas malignas fantasías burguesas. Debo disculparme ante mis lectores porque reconozco que la furia todavía me invade y me siento tentado de sobreabundar en el tema, alejándome del objeto de este ensayo. Es que no puedo dejar de pensar, entre otras consecuencias, en el despilfarro de material humano de tantos miles de intelectuales y militantes que, durante mucho tiempo, dedicamos buena parte de los mejores años de nuestras vidas a difundir y defender ideas y teorías estúpidas. Sólo mencionaré aquí, a modo de casos ejemplares, la "liquidación" como ciencias de la burguesía a la sociología, el psicoanálisis

y gran parte de la psicología, la genética, la teoría de la relatividad, la cibernética, el arte no realista, etc.

Eramos ignorantes, aún lo somos, y lo que es peor, nos cuesta aceptarlo. Es verdad que hemos avanzado mucho en el reconocimiento de nuestras limitaciones. Sin embargo, en muchos hombres de izquierda y no sólo en viejos stalinistas arrepentidos o empecinados, se percibe una reticencia en utilizar para el análisis de la actualidad, aportes por fuera del marxismo, así como una tendencia a obturar problemáticas difíciles apelando a generalizaciones abstractas, confundiendo teorías con consignas agitativas.

Otro componente que obstaculiza la relación con la sociedad real, se encuentra alojado en la mente de los mejor informados y bien intencionados; es el rechazo visceral que produce el orden o, mejor, desorden existente. No es nada fácil examinar cadáveres corruptos o animales salvajes. ¿Qué serenidad evangélica hay que tener para acercarse a mañosos, narcos, corruptos, torturadores? La sociedad multiplica al infinito éstas y otras presencias odiosas. Su condena moral de la que no podemos abdicar, nos dificulta, sin duda, su examen objetivo para el que es necesario cierto distanciamiento. El capitalismo ha acentuado algunos de sus aspectos más cuestionables. Intento evitar ser reiterativo; basta con recordar cómo crece en todas partes la desigualdad. En un artículo reproducido por Clarín (agosto del '96), James G. Speth, administrador del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, dice: "Hoy, el valor neto de las 358 personas más ricas del mundo es igual al ingreso del 45% más pobre de la población mundial: 2.300 millones de personas". El sistema dominante lleva al extremo su "ética de la avidez" y del consumismo. Contiene en sí viejos problemas precapitalistas no resueltos y otros más recientes, como la cuestión de la democracia y crea otros nuevos, como el nuclear y el ecológico que amenazan la vida del planeta.

Sentimos que este sistema merece desaparecer, pero sabemos que condena moral no es lo mismo que solución política.

Aquí subyace una de las razones del voluntarismo y la impaciencia, tan característica de revolucionarios y luchadores sociales.

Intentaré ahora mencionar algunos de los rasgos del siste-

nía capitalista y compararlos con Ibis del "socialismo real". Estas características, a pesar de haber merecido estudios eruditos, entran con dificultad en el imaginario de la izquierda, precisamente por los obstáculos antes señalados.

El sistema capitalista ha contado con un número importante de ventajas comparativas con las fallidas experiencias socialistas.

Por lo pronto, la duración le permitió acumular muchos errores pero también pericia correctiva. Los orígenes de la burguesía se remontan a casi mil años. Por entonces, los prósperos mercaderes, fueron minando el poder feudal; los orgullosos nobles y señores terminaron siendo deudores morosos de los comerciantes y financistas. Para cuando la burguesía accedió al poder político, la economía y la cultura burguesa habían ya corroído las entrañas del feudalismo. Los mejores hombres de la época, los intelectuales orgánicos de esa nueva clase al decir del Gramsci, habían producido entre otras cosas el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración. A pesar de ello, el dominio burgués se estabilizó, con muchas dificultades, recién en el siglo pasado en Europa y los Estados Unidos.

La experiencia socialista es difícilmente comparable y no sólo por su escasa duración. Aunque es un tema que da lugar a controversia, creo que puede afirmarse que las relaciones socialistas no crecieron en las entrañas del capitalismo, como lo hizo el orden burgués en el seno feudal. La economía socialista sólo podía imponerse desde la toma del poder político, mientras que la economía burguesa precedió a la toma del poder que venía a consolidarla y desarrollarla. No se debe confundir lo antedicho con la organización en la sociedad burguesa de la clase obrera y sus luchas sociales y políticas. Un ejemplo, son las cooperativas de producción y consumo y las sociedades de ayuda mutua que fueron y son, un esfuerzo meritorio que aliviaron la situación precaria de muchos trabajadores y que lograron perturbar el sistema capitalista, pero sin poder jaquearlo. Lo que no implica abrir juicio sobre su futuro, porque sólo esfuerzos cooperativos solidarios, en escala planetaria, puede presumirse que pondrán coto a la situación actual.

Otra cuestión a considerar es el tema de las crisis. Este es

un notable caso de disociación entre los hombres de izquierda, en especial los comunistas, entre un presunto saber teórico y sus deseos imaginarios. Nos hubiera ayudado el saber que los chinos cuando escriben "crisis" usan un ideograma que es la unión de otros dos: uno quiere decir "peligro" y el otro "oportunidad". Las crisis en el sistema capitalista fueron analizadas profundamente por el marxismo. Son una forma de existencia del propio sistema que se alterna con períodos de estabilidad relativa. En ellas, se reorganiza la producción y distribución a expensas de duras convulsiones, las que afectan a toda la sociedad y llevan a la ruina a miles de capitalistas. Pero el capitalismo vive y prospera a través de las crisis, lo que no debería sorprender porque las crisis forman parte de todo proceso de desarrollo de la vida misma; de la naturaleza como de la historia, de las sociedades como de los individuos. Sin embargo, esta concepción que es esencialmente dialéctica, fue curiosamente deformada y negada en el imaginario de muchos marxistas y hombres de izquierda, con el predominio de dos nociones nefastas en sus consecuencias.

La primera, la reiterada ilusión de que toda crisis del capitalismo es, en principio, la crisis final. Es claro que en esta valoración influye la anarquía y el despilfarro de fuerzas productivas y el terrible costo social. Pero se tiende a sobrevalorar el peligro y se oculta la oportunidad que el capitalismo - no los capitalistas-, tiene para "poner en orden" sus problemas; es decir, su función autorreguladora. Entonces cada crisis, hasta que el sistema la supera, es vivida como la inminencia del derrumbe, lo que conduce a adoptar programas y acciones políticas erróneas. Una vez más se manifiesta un pensamiento al servicio del deseo y no de la realidad.

La segunda noción nefasta es la imagen en espejo invertida de la primera: en el socialismo no existen las crisis. La experiencia del "socialismo real" estuvo, en su corto transcurso, plagada de situaciones críticas que siempre fueron presentadas por las direcciones políticas como "conflictos de baja intensidad", como dificultades transitorias de las que se salía rápidamente merced a la sabiduría de los dirigentes y el heroísmo de los pueblos. Cuando la crisis fue asumida oficialmente con la perestroika, fue el comienzo del fin. Había llegado la crisis final pero, por una broma siniestra de la historia,

resultó ser la del sistema comunista. Falló, entre otras cosas, la percepción de la dialéctica de la vida misma: sólo lo que está muerto no entra en crisis.

Otra característica que más que ventaja del capitalismo fue una seria falencia del "socialismo real", consistió en su rechazo a las ventajas que el mercado hubiera tenido en una economía no capitalista como revelador de las necesidades y los deseos de los consumidores. Las empresas estaban sometidas al cumplimiento de planes decididos desde centros autoritarios y burocráticos y no se interesaban en ganar con la calidad de su producción el favor del público. De allí, el absurdo mantenimiento de la producción de bienes que nadie quería junto con la incapacidad de responder a demandas de faltantes indispensables. Significativamente, la ausencia de un verdadero mercado socialista, no afectó a una rama importante de la producción; la industria militar, por la razón que ésta se encontraba bajo la "saludable" competencia con el complejo industrial militar del capitalismo.

El capitalismo sacó ventaja también de su relativa plasticidad para adecuarse a los espacios conquistados; naciones, regiones o continentes, manteniendo su lógica interna, los "principios" del sistema. La creación y homogeneización del mercado nacional le dio a la burguesía, crédito para atribuirse la fundación de la patria y, en verdad, las naciones modernas se fundan por su hegemonía. Hoy la transnacionalización deja mal paradas a las burguesías locales, las que pierden su carácter nacional al emprender el camino del sometimiento y/o asociación en dependencia de sus fuerzas, con el mercado transnacionalizado.

El sistema económico imperante en la URSS fue modelo impuesto a los otros países del "socialismo real", sin valorar sus diferencias nacionales. Hubo en ellos sectores de los partidos y dirigentes que se resistieron pero, en general, pagaron caro su herejía. Las tentativas sensatas de adecuación a las necesidades y posibilidades nacionales, quedaron bajo la rígida planificación centralizada y cuyo vehículo fue el sometimiento de las direcciones locales de los partidos al centro soviético de decisión política. Tal fue la base de una eficaz propaganda que permitió que la burguesía, que aplicaba en la práctica una política imperialista, se llenara la boca con

la soberanía de los países del "mundo libre" y mostrara a los del "socialismo real" como sometidos a los dictados de Moscú.

Por otra parte, el capitalismo ha derrochado una versatilidad, un oportunismo notable para prosperar en el interior de sociedades regidas por diferentes sistemas de gobierno. Es cierto que en su etapa ascendente enfrentó y a veces destruyó el orden feudal y la nobleza.

Pero, más adelante, cuando se fue constituyendo el mercado mundial y las relaciones capitalistas penetraron en la trama íntima de las sociedades, su dominio en el plano político se efectivizó en todas las formas institucionales imaginables. Desde la alianza con las monarquías absolutas, la asociación/sometimiento de los maharajaes hindúes, los jeques árabes, los junkers alemanes, la nobleza europea, las dictaduras bananeras, los fascismos, y hasta las avanzadas democracias parlamentarias. El panorama es de una diversidad espectacular.

En cambio, la sociedad soviética sólo tuvo, después de la fugaz experiencia de los soviets o consejos, la así llamada dictadura del proletariado, usurpada por el partido único y, a continuación, por su secretario general Stalin. Este modelo político, al igual que el económico, fue impuesto en todos los países que emprendieron la revolución anticapitalista.

Versatilidad y oportunismo del capitalismo, confrontado con la rigidez y el bloqueo de la iniciativa popular en donde menos podía esperarse: la sociedad pretendidamente socialista.

Un elemento que contribuyó a disimular o relativizar las diferencias señaladas, fue la formación en la posguerra del "mundo socialista" contrapuesto al capitalista. Se creó la que resultó, finalmente, errónea percepción de una paridad de fuerzas: casi igual en lo material y superior moralmente, la competencia se iba a saldar en un plazo, más o menos breve, en favor del socialismo. En plena euforia, en 1961, Nikita Jruschev anunció en el XXII Congreso del partido que "los cálculos muestran que construiremos la sociedad comunista, en lo esencial, en veinte años" y que en ese plazo (¡que se cumplió en 1982!) "la Unión Soviética superará el nivel económico de los países capitalistas más evolucionados y que (...) en el plano de las relaciones sociales, se verán desaparecer las

diferencias que subsisten entre las clases que se fusionarán y formarán la sociedad sin clases de los trabajadores del comunismo".

En realidad, la paridad existió en algunas materias primas y, sobre todo, en el terreno militar con el desarrollo competitivo de los arsenales nucleares. Pero aun a este respecto, el esfuerzo que la URSS realizó, comprometió una parte mucho mayor de su economía que en los Estados Unidos. Además, la industria militar, salvo por la mano de obra ocupada, no traía ninguna ventaja al sistema soviético, mientras que la industria de guerra siempre fue, y sigue siendo, una excelente inversión para un sector importante de las empresas capitalistas.

Por otra parte, el sistema de gestión centralizado y burocrático soviético, cayó en la trampa de competir con el capitalismo en el terreno más favorable para éste. Predominó así un economicismo miope, basado en datos macroeconómicos que poco tienen que ver con los verdaderos objetivos de la construcción de una sociedad socialista.

Después de la muerte de Stalin, en el período del "deshielo", se introdujeron algunos cambios económicos y culturales sin alterar la estructura política del sistema. Pronto fue sucedido por el "estancamiento" de Brezhnev, en que el rápido crecimiento de las fuerzas productivas se lentificó, entre otras razones, por la incapacidad para aprovechar la revolución científicotécnica en curso, de la que el capitalismo supo sacar buen partido.

A esta altura, si me pongo algo paranoico, puedo pensar que algunos lectores consideren que ahora estoy optando por el capitalismo o al menos que lo defiendo. Podrían pensar también que los comunistas fuimos soldaditos de plomo, un rebaño de ciegos fanáticos, de estúpidos sin discernimiento. En otros ensayos, me ocupé de las relaciones entre el poder, los dogmas y las creencias. Pero hubo, además, algunas buenas razones que, si no justifican, al menos ayudan a entender que se mantuviera durante mucho tiempo una notable lealtad al sistema y una firme esperanza en su éxito.

La Revolución de Octubre había sacudido al mundo creando en unos la esperanza y en otros el temor por el advenimiento de una nueva sociedad. Lenin y el grupo dirigente

bolchevique, no dejaban lugar a dudas sobre su determinación y capacidad para llevar a cabo su objetivo. Las luchas internas que protagonizaron llegaron con sordina a Occidente y afectaban, en realidad, sólo a los simpatizantes de la revolución.

Hacia los años '30, luego de un periodo de relativa prosperidad, se desencadenó en los países capitalistas una crisis de inusitada intensidad que llevó a la quiebra a gran número de empresas y generó un desempleo que alcanzó casi al 40% de los trabajadores en los principales Estados. El fascismo en Italia y luego el nazismo en Alemania, subrayaron la crisis en el plano político.

Mientras ésta se desarrollaba, la URSS recuperada de los desastres de la primera guerra, la revolución y la larga guerra civil, emprendió su primer Plan Quinquenal. Su economía crecía vertiginosamente; había logrado el pleno empleo y para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, ya era una potencia militar de primer orden. Las represalias masivas dirigidas por Stalin, a raíz de la colectivización forzada en el campo y luego la liquidación de toda la vieja guardia para lograr su poder absoluto, fueron ignoradas o tomadas ingenuamente, como la liquidación de una quinta columna al servicio del fascismo. Sólo los anarquistas y trotskistas, a los que se sumaron intelectuales desilusionados, denunciaron esas masacres. Incluso el propio embajador de los Estados Unidos en Moscú, que presenció los famosos "juicios", informaba a su gobierno en favor de la hipótesis conspirativa de aquellos viejos líderes de la revolución. Dirigentes y gobernantes burgueses admitían, con honda preocupación, la posibilidad que el comunismo triunfase, al valorar la profundidad de la crisis propia y el contraste con la pujanza y el creciente prestigio de la URSS.

En la Segunda Guerra Mundial fue evidente el papel decisivo que tuvo la Unión Soviética en la derrota del fascismo. Con la posguerra y la llegada de la "guerra fría", el lema de la "amenaza comunista" no fue un mero recurso retórico. En verdad, el régimen capitalista, se sentía amenazado de muerte y no exclusivamente por las armas del Ejército Rojo. En la década de los '60, por ejemplo, se publicaron trabajos de expertos que reconocían que la economía soviética pronto iba

a alcanzar incluso a los Estados Unidos. Además, era sabido que la URSS respaldaba, con ayuda material y soporte político, y más allá de algunas situaciones equívocas, a los movimientos de liberación nacional y social que terminaron de destruir el sistema colonial imperialista.

Esta es una muy sintética enumeración de aquellas buenas razones (dejo de lado a sabiendas las malas), que lograron que persistiera en el movimiento comunista internacional y en sus aliados, la confianza y la expectativa favorables para el triunfo del socialismo, tal como por entonces se lo entendía.

Reitero una vez más que es preciso revisar todo el pasado, para mejor ubicarnos en el presente y abrírnos a los desafíos del porvenir. A raíz de la publicación del libro de un amigo, otro me dijo que tenía un gran mérito porque era prudente y "no hacía leña del árbol caído". Quedé pensando la metáfora: ¿Para qué encender el fuego, calentarse, si luego sólo quedan cenizas? La madera del árbol caído merece otro destino. Dependerá del uso que sepamos darle.

La Revolución: ¿Recuerdos del Pasado, Esperanza del Futuro?

La toma de la Bastilla en París o del Palacio de Invierno en Petrogrado, supo fascinar o llenar de horror a millones de hombres. Las revoluciones han sido convulsiones inauditas del cuerpo social. Han desplegado, en el escenario de la historia, fuerzas y acontecimientos que dejaron huellas indelebles. Fueron analizadas interminablemente por teóricos y políticos, cantadas por poetas, mitificadas y mistificadas. Crearon una cultura con su literatura y sus obras de arte, con su música. Una cultura impregnada de dolor, sed de justicia y esperanza. ¡Cuántas frases hermosas como aquella de "tomar el cielo por asalto"! Hubo niños que escucharon a sus padres y abuelos contar sus episodios y, cuando grandes, repitieron esos relatos a sus hijos y nietos.

Muchos que no tuvimos ninguna participación en ellos, aprendimos precozmente que la Revolución con mayúscula, era una perspectiva cierta de la humanidad, una condición indispensable de su progreso. Una manera audaz de apresurar los tiempos que nos liberarían de la miseria o la mediocridad de nuestras vidas.

Tengo recuerdos entrañables que son destellos de una memoria que rehusa olvidar: el estremecimiento juvenil al oír la Marsellesa; mis amigos ondeando las banderas rojas en aquella manifestación, la noche del tiroteo; el encuentro con los vietnamitas en la cubierta del crucero Aurora, con su cañón que anunció la revolución y la carrera, entre lágrimas y risas, que parodiaba la carga al Palacio en la plaza de las tres revoluciones en Leningrado.

Ahora, la revolución ya no parece estar en la agenda de los pueblos. ¿Es que el sistema dominante ha cambiado hasta tal punto las reglas de juego sociales que incluso logró modificar la índole de las resistencias, de las luchas que se le oponen? ¿O las presuntas vanguardias y los actores sociales de masas han perdido por sus propias crisis internas las teorías, las estrategias y las tácticas que sostuvieron tradicionalmente? ¿O pasó a primer plano la teoría conspirativa del enemigo y la corrupción o la traición lisa y llana de los dirigentes que

deberían organizar la rebelión de las masas? ¿O han cambiado las famosas condiciones objetivas y subjetivas para que sea posible una revolución?

Las respuestas son difíciles y se las intuye poco satisfactorias. El sistema se siente victorioso y su cultura hegemónica incide en las subjetividades. Hay malestar en la izquierda, dudas sobre su identidad y diferencias históricas no resueltas. Hubo también fracasos, renunciamientos, traiciones y acciones conspirativas y, finalmente, las circunstancias, sin duda, ya no son las mismas. ¿Vivimos una época de apocalipsis, de desastres, de derrotas, de reflujos, de acumulación de fuerzas, de replanteos estratégicos? Porque no todo da lo mismo.

El tema de la revolución es seguramente uno de los que más pasiones despierta en la política. Uis respuestas categóricas surgen demasiado condicionadas por los afectos. Conviene preguntarse, como lo hicimos con el socialismo, qué tenemos en mente cuando la nombramos. De las múltiples aproximaciones posibles, prefiero pensar la revolución como un sistema de transformaciones sociales profundas, de calidad, con emergencia de nuevas relaciones y desapariciones de otras, de cambios rotundos del poder en todos los órdenes. Un sistema que se desarrolla en un tiempo históricamente breve y que, como todo sistema, está constituido por elementos que se articulan entre sí en una totalidad organizada. En el caso de los procesos revolucionarios ocurre un hecho singular: uno de sus elementos tiene una presencia tal que suele dejar en la sombra a los otros componentes del sistema. Es el político que se manifiesta en la toma del poder del gobierno y el Estado. Pero existen por lo menos otros dos elementos, el económico y el cultural, de importancia relevante. Si la revolución no logra articularlos en un todo y en una misma dirección, su fracaso es muy probable.

Cada elemento del proceso tiene un tiempo de despliegue; diferente. El político puede, darse a veces en horas, en pocos días. El control de las palancas decisivas de la economía y los cambios subsiguientes son mucho más lentos y los culturales lo son aún más.

Las tradiciones: Las tradiciones revolucionarias tienen un peso considerable. Los revolucionarios siempre han insistido en tomar en cuenta tanto sus triunfos como sus fracasos.

Nunca fue fácil cumplir esta advertencia, por razones afectivas más que políticas: las revoluciones convocan al entusiasmo o al odio; jamás a la indiferencia.

Muchos que carecen de toda disposición a considerarlas como acontecimientos positivos, han sido conmovidos por movimientos populares que despiertan la energía y la creatividad de sociedades que parecían estar en estado latente, vegetativo. Además, las consignas que las masas hicieron suyas como las de la Revolución francesa, "Libertad, Igualdad, Fraternidad" o las de la rusa, "Paz, pan y tierra", exhibían algunos de los anhelos más nobles de la humanidad.

La proclamación de los derechos del hombre, del ciudadano y los derechos sociales, típica de las revoluciones modernas, penetró hondamente en la subjetividad de los pueblos por más que en muchos casos, fueron relativizados e incluso negados brutalmente. Estos derechos quedaron incorporados a la historia y las luchas posteriores por su recuperación y ampliación, se sostienen y legitiman en esa proclamación revolucionaria.

La democracia: La cuestión de la toma del poder, en la actualidad, plantea problemas que no pueden ser dejados de lado por más que su consideración pueda no ser del agrado para muchos que deseamos cambios profundos, revolucionarios. Se trata, en primer lugar, de la democracia, tema que viene desde muy atrás y que la derrota del "socialismo real" ha revitalizado. Entendida en el sentido de la participación popular real y sostenida en la toma de decisiones, se ha vuelto una condición imprescindible en todas las luchas, especialmente cuando éstas se encaminan a disputar el poder en los gobiernos y los Estados. Esta demanda insoslayable tropieza con serias limitaciones. Las organizaciones revolucionarias han hecho, en el mejor de los casos, un uso muy pobre de los mecanismos de gestión democrática. En su gran mayoría se han adscripto a la conocida tesis del "centralismo democrático", que siempre ha sido mucho más centralista que democrática. La supuesta democracia interna ha brillado por su ausencia y, en realidad, el poder quedaba en manos de un grupo dirigente reducido y frecuentemente en una sola persona; en síntesis, un dictador. Incluso los Comités Centrales se reunían para avalar y transmitir al resto, las decisiones del

grupo dirigente. Es un contrasentido que este tipo de organización no democrática se halle capacitada para contribuir a crear una sociedad democrática.

La situación se complicaba aún más cuando accedía al poder en el gobierno y el Estado. Las condiciones revolucionarias imponían medidas de excepción, en condiciones de guerra civil o internacional, que reforzaba la necesidad de mandos políticos militares. Si se lograba el triunfo, la experiencia mostró que en la etapa posterior de consolidación del nuevo poder, la dirección política no avanzaba en el cumplimiento de sus promesas democráticas. Siempre existieron buenas razones que lo justificaban: las activas conspiraciones de los enemigos internos y externos. Pero estas razones acababan siendo una coartada para el mantenimiento y eternización de esa dirección que, más allá de sus méritos revolucionarios, de hecho terminaba usurpando el poder popular. Al autoerigirse como garante irremplazable de la revolución, la dirección cava su propia tumba: se burocratiza y corrompe por aquello de "el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente".

Una variante no democrática atribuyó la revolución a la acción de una vanguardia, ya fuera ésta intelectual, política o militar. El vanguardismo, el militarismo, la concepción conspirativa, el papel de los intelectuales orgánicos, alimentó muchas tentativas que, por lo general, culminaron desastrosamente. La sobreestimación de dadores de ideología a las masas, desembocó demasiado a menudo en liderazgos paternalistas y, peor aún, autoritarios que reflejaban una oculta subestimación por aquellos a quienes se pretendía orientar y dirigir.

El bloque dominante: Otro problema de capital importancia es la política revolucionaria frente al poder dominante; la manera concreta de cómo podría ser aislado, neutralizado y despojado de su poder. No sólo se trata del incremento enorme de sus fuerzas, sino que, favorecido por la internacionalización y el dominio de las nuevas tecnologías y las comunicaciones, se ha tornado más "abstracto". Las revoluciones clásicas mostraban escenas de ministros, banqueros y burgueses, detenidos por el pueblo en armas. Hoy los edificios públicos y también los funcionarios que los habitan son cáscaras vacías,

sedes administrativas de un poder que los trasciende. Su valor va camino de ser puramente simbólico, lo cual no es despreciable. El poder real está en otras partes que tampoco son edificios y funcionarios en el primer mundo. Es difícil imaginar aún en un ejercicio de politicaficción, cómo sería la expropiación del capital financiero y el control sobre las redes informáticas por las que circula. El mercado capitalista está efectivamente mundializado y condiciona la creciente globalización de muchos aspectos de la vida política y social del planeta. Uno o varios conflictos que surjan en naciones o regiones determinadas, para tener eficacia anticapitalista, deberían también internacionalizarse.

Es muy improbable, sino imposible que, en caso de que se diera una revolución de tipo socialista en un país o región aislada, ésta pudiera sostenerse y prosperar. Hace pensar en una suerte de venganza postuma de Trotsky, con su tesis de la revolución mundial, sobre Stalin con la suya del "socialismo en un solo país".

Sólo existen en la actualidad cuatro países cuyos gobiernos tienen origen en procesos revolucionarios de liberación nacional y social, orientados hacia la construcción de una sociedad socialista: Cuba, Vietnam, China y Corea del Norte. A pesar de las obvias diferencias de sus historias nacionales, los tres primeros tienen algunas características importantes en común. Surgieron de revoluciones auténticas, realizadas con el entusiasta apoyo de sus propios pueblos, lo que puede ser la razón de su persistencia en las desfavorables circunstancias presentes. Han mantenido un sistema político de partido único identificado con el gobierno y el Estado. Han contado en el pasado reciente con ayuda considerable del bloque soviético, y han padecido también por la influencia del modelo del "socialismo real" y finalmente, en función de los acuciantes problemas de su economía, han tenido que aceptar la presencia de inversiones capitalistas transnacionales que están produciendo cambios impredecibles en su estructura social: nadie puede anticipar el desenlace de una experiencia, inédita en la historia, de la coexistencia de un sistema político de un signo con una economía que comienza a marchar en la dirección contraria.

Naturalmente, Cuba es la que suscita mayores expectati-

vas y simpatías en la Izquierda que apuesta a que progrese en la democratización de su régimen y, a la vez, salga de la crisis económica y social, producto de la brutal política de los EE.UU. y sus propias falencias políticas y económicas.

Corea es un caso aparte, porque se encuentra bajo un extraño régimen: una monarquía comunista carente de democracia, con un grotesco "culto" de sus dirigentes.

La violencia: Los sistemas políticos que sostienen al régimen capitalista, siempre han estigmatizado a los revolucionarios por su recurso a la violencia, ocultando pudorosamente sus propios orígenes, repetidamente sangrientos, argumento que, además de falso, está impregnado de profunda deshonestidad. Pudo tener asidero para las almas buenas de antaño pero, usarlo hoy para descalificar una revolución, es puro cinismo. Si caben reproches a las revoluciones, éste es uno de los menores. Teniendo en cuenta que toda vida es un bien inapreciable e insustituible, la lista de víctimas del conjunto de las revoluciones modernas es pequeña, frente a las masacres generadas directa o indirectamente por el sistema dominante. Y tengo muy en cuenta la liquidación de los propios comunistas y los genocidios ejecutados por Stalin, que no se pueden atribuir a la Revolución soviética: sus dirigentes, que tomaron incluso duras medidas para defenderla, jamás pensaron en la posibilidad de esos crímenes de los que también fueron víctimas.

En los últimos años, asistimos a la destrucción aterradora de vidas y bienes en conflictos étnico-religiosos que no llevan a ninguna parte, y que nada tienen que ver con auténticos procesos revolucionarios. Se trata de disputas por hegemonías sobre territorios entre étnias, culturas y religiones, que carecen de relación con conquistas sociales progresistas o políticas democráticas. Los países centrales tienen una responsabilidad ineludible porque aviesa o estúpidamente, los han promovido y no han hecho los esfuerzos necesarios para detenerlos o lo hicieron cuando las masacres ya habían ocurrido. Muchos de esos conflictos son respuestas desesperadas a las consecuencias de la globalización que actúa con violencia inaudita, acentuando la marginación, el hambre y la miseria de gran parte de la humanidad. Por otra parte, cuando se cierran todos los caminos, hasta las constituciones liberales y

la jerarquía eclesiástica, legitiman la rebelión de los oprimidos.

La lucha armada: Durante mucho tiempo formó parte de las tradiciones revolucionarias porque, en determinadas condiciones, fue posible que una vanguardia política decidida con alguna preparación militar, sobre todo si lograba la adhesión de parte de las fuerzas armadas, pudiera hacerse de las palancas decisivas del poder político y neutralizar el económico. La insurrección en las ciudades podía jaquear y aún vencer a un ejército de línea y ocupar los puestos claves: edificios de gobierno, nudos de comunicaciones, bancos, cuarteles, etc.

Si el movimiento se extendía a las ciudades más chicas y se combinaba con luchas campesinas, la revolución podía triunfar. Hacia fines del siglo pasado, las condiciones en los países capitalistas más desarrollados, tornaron improbable el triunfo de la línea del asalto al poder. Engels, hacia el final de su vida en 1895, señalaba con su experiencia de viejo revolucionario en cuestiones militares que le había ganado el apodo de "el general", que las condiciones de la época, entre ellas los cambios en los ejércitos y los armamentos, habían tornado anticuadas las heroicas luchas callejeras de barricadas de las anteriores revoluciones.

En el siglo XX, la Revolución rusa y luego un número importante de otros movimientos revolucionarios, crearon nuevos modelos posibles que trajeron interminables debates en el seno de las fuerzas de izquierda en torno a cuestiones teóricas, de estrategias y tácticas de la lucha armada revolucionaria. Gramsci esbozó la alternativa de la "guerra de movimientos", como el camino más factible en los países con sociedades civiles complejas y organizadas como los europeos. Hoy, el desarrollo de la tecnología militar y los apoyos logísticos y financieros, hacen posible que un reducido número de efectivos pueda disponer de un alto poder de fuego y, en condiciones geográficas favorables como suele ocurrir en los países del tercer mundo, puedan también desafiar por largo tiempo fuerzas muy superiores de los ejércitos regulares. Pero de esto no puede sacarse la temeraria conclusión de que pueda vencerse por las armas, sobre todo porque EE.UU. jamás permitiría que prospere una guerra revolucionaria. Su notable poderío puede movilizarse para esa finalidad, sin

contrapeso alguno de la comunidad Internacional. Si puede exhibir cierta reticencia a involucrarse en alguno de los innumerables conflictos actuales es, sencillamente, por que no conviene a sus intereses o porque está sacando buen rédito de su existencia.

El sujeto social: Es un problema central de toda teoría revolucionaria el saber quién la tomará y la llevará adelante, llámese sociedad civil, masas, clases, partidos o vanguardias políticas, intelectuales o militares. Están quienes creen que ese actor social se ha ausentado definitivamente del escenario y, en el otro extremo, hay quienes lo avizoran en proceso de formación en las luchas y los movimientos contemporáneos. Son pocos los que se sienten seguros de poder señalar ya su presencia.

Hasta no hace mucho, para la izquierda revolucionaria, el sujeto era sin duda la clase obrera y sus aliados y los partidos políticos que los representaban. Ocurrieron cambios acelerados que modificaron su peso relativo: disminuyó el número de sus electivos, se alteró su clásica concentración en las empresas, su calificación técnica y su cultura. En los países capitalistas desarrollados se fue alejando de las propuestas revolucionarias, aunque sigue ejerciendo una influencia enérgica en las luchas reivindicativas. En el tercer mundo, comparte su destino con el resto de los trabajadores, pero muchos dudan que pueda seguir ostentando la caracterización de vanguardia. A veces encabeza las luchas pero, con frecuencia, éstas son dirigidas por otros sectores populares. En general, estos conflictos no se proponen destruir el sistema capitalista sino, preferentemente, ganar espacios democráticos y derechos sociales.

Es forzado atribuir a los nuevos movimientos sociales el papel que desempeñó antes la clase obrera industrial como vanguardia de la revolución socialista; no obstante, eso no disminuye en nada su importancia, presente y futura, como promotores de cambios profundos.

Los marginados y los pobres han aumentado en todas partes por la creciente desigualdad que el sistema impone. Por esa condición que los excluye de la vida económica, política y cultural, tienen pocas posibilidades de organizarse en forma eficaz para constituirse como base de una alternativa de

transformación revolucionaria. Están más bien expuestos al clientelismo populista o a los autoritarismos de derecha, neofascistas. Los partidos políticos de izquierda revolucionaria no ganan consenso en la población, mantienen su tendencia a la fragmentación y tienen, cuando existe, una pobre coordinación internacional.

Es una paradoja más de nuestro tiempo que, mientras no parece posible identificar sin más al sujeto que encabece el nuevo ciclo de revoluciones, existe y se desarrollan movimientos anticapitalistas o que por lo menos cuestionan muy seriamente la viabilidad y perduración de este sistema. Movimientos a los que se van incorporando, incluso, intelectuales y políticos que surgen del seno mismo del capitalismo.

Revolución o reforma: A propósito de los cambios revolucionarios o graduales, es oportuno utilizar algunos conceptos importados del campo de la biología que permiten sostener una perspectiva interesante y algo distinta de la habitual.

La vida tiene dos características fundamentales: la estabilidad y el cambio. Estas propiedades están garantizadas por la estructura misma de su organización. Un ejemplo notable es el A.D.N. que por la disposición espacial de sus moléculas y su funcionamiento, tiene la posibilidad conservadora de transmitir la herencia de generación en generación y, a la vez, de modificar su información genética.

Estas características aparecen, también, en el origen y la evolución de las especies que se cumplen, básicamente, de dos maneras no excluyentes. a) Por cambio gradual (era la idea dominante en Darwin). b) Por equilibrio discontinuo (modelo descrito en 1972 pero ya anticipado en la expresión "evolución cuántica"). Surgió en el campo de la paleontología (estudio de los fósiles) y tiende a extenderse a otras disciplinas. Sostiene que existen períodos de estasis evolutivo sin cambios o con pocos cambios aparentes que pueden prolongarse por millones de años, a los que suceden períodos breves que pueden ser de miles de años (!) durante los que aparecen nuevas especies o grupos mayores (familias, órdenes, fylum). Estos cambios bruscos, rápidos, no podrían ser previstos con anticipación y son registrados a posteriori como discontinuidades, saltos, "catástrofes", extinciones en masa. Dependen de una pluralidad de causas que no están presen-

tes en la etapa de estasis: nuevas presiones selectivas del medio ambiente sobre poblaciones e individuos que reorganizan el material genético, favoreciendo nuevas adaptaciones o haciendo fracasar las anteriores.

Es notable que, aun en una misma especie, puedan coexistir al mismo tiempo estructuras que permanecen estacionarias con otras en cambio gradual y otras en cambio "revolucionario". Así fue señalado respecto de la propia evolución del hombre. También se han descrito importantes cambios rápidos de función con estructuras invariables o con poco cambio.

En la vida humana individual y en la vida social, las características de estabilidad y cambio se mantienen y se complejizan, estableciendo relaciones que no son de causalidad lineal -que por otra parte no existen en ningún lado-, sino en redes que están determinadas por la incidencia de un número de variables mucho mayor que las que se detectan en la biología. Existen tiempos y estructuras en las que coexisten o suceden la estasis o estancamiento, el cambio gradual y el salto revolucionario.

La presencia de valores y/o ideologías en la psicología, la sociología y la política, han contribuido a complicar más el análisis. No toda estabilidad conservadora es reaccionaria: los cambios graduales no suelen ser negativos ni las crisis sociales culminan siempre en avances. La "acumulación cuantitativa" no es condición necesaria para un cambio cualitativo revolucionario, ni toda revolución es producto de esa "acumulación". Y como en la biología, los cambios suelen no ser predecibles... hasta después de ocurridos.

La historia de la izquierda es, en buena medida, la historia del enfrentamiento entre revolucionarios y reformistas. Aunque desde el comienzo hubo quienes optaron por una u otra alternativa, el momento culminante de la división se produjo ante la Primera (Guerra Mundial y la Revolución rusa). Los reformistas quedaron representados por los partidos socialistas y socialdemócratas y los revolucionarios, por el movimiento comunista internacional y también por otras organizaciones, algunas de larga data, como los anarquistas y otras posteriores: trotskistas, maoistas, guevaristas y en general formaciones politicomilitares del tercer mundo.

El enfrentamiento fue total en el período posterior a la

Revolución soviética y durante la guerra fría. Hubo periodos más breves en que se llegó, incluso, a concretar alianzas fraternas en los Frentes Populares ante la presencia del fascismo.

Siempre existieron y aún existen, variantes extremas de ambas posiciones: revolucionarios, para quienes un socialdemócrata es consciente o inconscientemente un agente del capitalismo, del imperialismo y hasta del fascismo, y reformistas, que ven a los revolucionarios como ávidos de poder y capaces de todo para instaurar su dictadura.

Las actuales circunstancias, con las nuevas luchas que se desarrollan contra el modelo capitalista hegemónico, son propicias para revisar a fondo la persistencia y la validez de esta "clásica" división de la izquierda.

Sus organizaciones tienen una gran responsabilidad porque no se han constituido para limitarse a dar respuestas coyunturales. Si operan sobre la realidad buscando solucionar sus males presentes, lo hacen teniendo como perspectiva una sociedad superior.

Sartori distingue dos izquierdas: una que llama "a corto plazo" y otra "seria". A la primera "le resulta fácil adoptar una postura de izquierda optando por la defensa de los pobres, del empleo, de los salarios y de las conquistas del Estado social. Pero si las cosas fueran tan fáciles, la izquierda no estaría como de hecho está, sumida en la crisis". La izquierda seria es la que "se hace cargo de repensar a fondo el problema de la realización de los ideales". Agregaría que nadie posee la sabiduría o la autoridad suficiente para afirmar, de hoy en más, que la realización de esos ideales, la concreción de una nueva sociedad, se hará por vía de la revolución o de la reforma.

La historia de la sociedad humana se ajusta al modelo del equilibrio discontinuo: etapas de relativa estabilidad o de cambios graduales y cortos períodos de cambios revolucionarios. Si ha sido así en todos los tiempos y lugares, los partidos de izquierda, que son los únicos que apuestan al futuro, deberían ser todos revolucionarios reformistas o reformistas revolucionarios. Y tener la necesaria plasticidad, el sano oportunismo para adecuarse creativamente a las novedades que constantemente ofrece nuestro mundo. La única otra posibilidad que resta, es creer que el capitalismo dominante ha

logrado tal éxito, que a partir de ahora la historia ha cesado o es otra radicalmente diferente de la que la humanidad ha vivido. En el fondo, sería caer desde la izquierda en la omnipotente y estúpida idea del "fin de la Historia" de Fukuyama.

Si las reformas y las revoluciones no están tan disociadas sino más bien integradas en un proceso único de transformaciones, habría que repensar algunas cosas que hasta ahora parecían claras en el imaginario de los militantes más que en la teoría. Los miles de trabajos que rondan sobre el tema, en el fondo intentan nada menos que conjugar la prudencia con la audacia, el juicio sobre la realidad con la voluntad transformadora, el escepticismo lúcido con la esperanza y así de seguido.

La hegemonía del capitalismo es indiscutible, pero el mundo está preñado de problemas y conflictos a los que el sistema no puede dar respuestas. La revolución no está en la agenda de los pueblos pero, ¿qué puede pasar en las próximas décadas? El capitalismo ha demostrado su capacidad para reorganizarse en su provecho en cada una de sus crisis, pero los márgenes de transformaciones del sistema pueden haberse estrechado.

Las luchas por reformas, que en la época del Estado benefactor merecieron, muchas veces, ser calificadas certeramente como medidas paliativas o administrativas que ayudaban a mejorar la eficacia del sistema en lugar de cuestionarlo, hoy aparecen como propuestas subversivas, casi revolucionarias. Pensemos en los derechos sociales de los trabajadores, en la jornada de trabajo, en las luchas contra la "ílexibilización" laboral. Los progresos de los movimientos populares en dirección a forzar el logro de reformas democráticas en los distintos aspectos de la vida social, de los gobiernos y los Estados, provoca una resistencia inaudita en los poderes establecidos. Resistencia que debería llamar la atención de los viejos revolucionarios. Por otra parte, está claro que las revoluciones no las hacen los partidos o las vanguardias, sino que aparecen de modo imprevisto por acción "espontánea" de los pueblos. No son programadas desde los escritorios de los intelectuales o las sedes de las direcciones políticas. Nunca resultan como se las había pensado. Exigen democracia plena antes, durante y después de su desencadenamiento. Las ideas son una fuerza

material que puede cambiar el mundo, pero apoderarse de ellas y lograr que las mayorías las compartan, no es tarea fácil; es mucho más que ganar una elección, mucho más que adoptar un programa de acción política. Se trata de protagonizar una revolución cultural, una reforma intelectual y moral profunda. Un cambio de cultura implica hacerse de valores, de principios diferentes, tal como ocurrió con las revoluciones burguesas. La furia del pueblo ante las injusticias, las críticas y el odio a los estamentos feudales del clero y la nobleza, fueron el primer paso. Se hicieron necesarios valores y principios diferentes para que el poder burgués se estableciera sólidamente. No fue sólo el triunfo de la razón que jugó su papel en las mentes de políticos e intelectuales. Tuvieron que ser asumidos por el pueblo como firmes creencias, casi como una nueva forma de religiosidad laica. Entonces, la gente estuvo dispuesta a ir al combate. Sin lograr esa hegemonía, no hay fuerza política, militar o económica, que pueda estabilizar un cambio revolucionario.

Y está a la vista que, mal que nos pese, la hegemonía cultural está en manos del adversario.

Si la diferencia entre reforma y revolución no pasa, como solía pensarse, por la lucha armada, ¿la disputa por esa hegemonía cultural en todos sus planos, es reformista o revolucionaria? Al respecto, tampoco es válida la antigua división. Las vanguardias operan hoy, más que en el campo de batalla o las calles, en las cabezas de las personas. ¿Qué sostiene al sistema dominante; sólo sus fuerzas materiales o que la gente lo sienta como "natural" o al menos fatalmente inevitable?

Esos viejos hombres nuevos

El Hombre Nuevo ha sido parte esencial de la utopía comunista. Hoy, la dura realidad cotidiana y la fallida experiencia del "socialismo real", nos impone su antípoda; un hombre desilusionado, impotente, fragmentado.

Abundan las preguntas que no tienen fáciles respuestas: "¿Fue un sueño irrealizable; un efecto de pura propaganda; una mentira perversa o una generalización arbitraria de algún caso excepcional? ¿Tiene algo que ver con el hombre real? ¿Fue en verdad nuevo, el Hombre Nuevo?

Cada cultura ha producido, en el imaginario colectivo, un modelo de hombre funcional al sistema que, a su vez, fue concebido como creador y meta de esa cultura y soporte de su realización y persistencia. De la gama infinita de rasgos y posibilidades humanas, la cultura elige unos pocos para construir un prototipo al que los miembros de esa sociedad deberían ajustarse. La política, una vez más, constituye una ética, un conjunto de normas que legitiman ciertos valores y conductas y rechazan o secundarizan otros que serían, en teoría, alternativas posibles. Los ejemplos abundan y son ilustrativos.

El Hombre Nuevo de la Grecia clásica tuvo dos rasgos que no existían antes como valores y conductas sociales: el político y el filosófico. El hombre se realizaba en cuanto miembro de la polis, la ciudad y como amante del conocimiento.

El cristianismo instala su Hombre Nuevo que tiene la originalidad de ser una categoría universal: todos iguales como hijos de Dios. Unidos por el amor, más que por el temor a ese padre severo pero bondadoso, que impone el mandato del amor entre y hacia todos los hombres. De allí su fuerza ideológica extraordinaria en la evangelización y la actividad misional.

En el mundo feudal de Occidente dividido en rígidos estamentos, existían dos modelos exclusivos y excluyentes: el hombre consagrado a las armas y el dedicado a Dios. Los caballeros teutónicos y los de la Orden de Malta, aunaron en sí a ambos.

El Renacimiento propone otro Hombre Nuevo: el que para todos los fines imaginables, desde la sexualidad, el arte, hasta la medicina, recupera su cuerpo material, orgánico, descalificado por la cultura precedente. Y de todas las facultades del alma, privilegia la razón.

La Revolución francesa inventó al ciudadano. Este Hombre Nuevo es expresión y condición de la nación, responsable político y militar como individuo, igual a todos los otros ciudadanos, sin diferencias al menos en teoría, de cuna y de fortuna.

La burguesía, con el desarrollo capitalista y la revolución industrial, acentúa el individualismo, el hombre hacedor de su destino, solo frente al mundo, arrojado en él como consecuencia y extensión ideológica de su ingreso al mercado, donde enfrenta y compite con los demás. De allí el modelo del héroe solitario, del pionero, del "self made man". El fascismo llevará al paroxismo el individualismo burgués; el modelo es vivir peligrosamente, en el límite. La fascinación por la muerte, como valor positivo. Es el grito de Millán Astray frente a Unamuno: "¡Mueran los intelectuales! ¡Viva la muerte!"

El régimen burgués, a diferencia de los anteriores, ofrece diversos modelos identificatorios según distintas épocas y lugares. En el imaginario social se representa como "tierra de oportunidades", abierta a los deseos e iniciativas individuales. Así como cada uno entra en el mercado para intercambiar su producto, en el campo social intentará el reconocimiento y el éxito, tomando su propio modelo: aventurero, mercenario, científico, artista, empresario, estafador, político, etc. Detrás de esa variopinta pluralidad, se oculta la simple y tajante diferencia entre los poseedores y los desposeídos.

El último modelo que el orden dominante promueve es el hombre "light" posmoderno que navega por la superficie de las cosas, que no se compromete, sin pasiones, sin historia, el hombre de la velocidad, el contacto, la información, de la certeza de la incertidumbre, del éxito instantáneo, efímero y el consumo sofisticado.

Entre los miembros de cada cultura siempre existieron algunos que, por sus dotes, se erigieron en modelos emblemáticos: los hombres comunes los vieron como sus mejores representantes, acreedores de la admiración y even-

tualmente la idolatría. En vida o después de su muerte, se volvieron figuras míticas, pequeños dioses en el panteón de sociedades religiosas o laicas.

El Hombre Nuevo del comunismo

Los luchadores sociales de todos los tiempos que se levantaron contra las injusticias, crearon también su utopía del Hombre Nuevo, mientras en sus luchas se perfilaban ellos mismos como hombres nuevos para su época. El ideario socialista y comunista, fue pensado para la liberación y realización de toda la humanidad sin excepciones. Fue la segunda vez en la historia que apareció ese humanismo: la primera fue con el cristianismo. Todas las demás concepciones estuvieron y siguen estando, limitadas a un sector de culturas, etnias, naciones o clases.

Las diferentes tendencias dentro de los movimientos socialistas y comunistas, se propusieron un objetivo común: destruir o superar el sistema capitalista para acabar con la explotación del hombre por el hombre. Logrado ese propósito, construir una nueva sociedad. El balance de este fin de siglo muestra que, a pesar de los gigantescos esfuerzos realizados por millones de hombres, esta nueva sociedad no existió en parte alguna. Los países del "socialismo real" rompieron con el sistema capitalista pero fracasaron en construir una alternativa socialista viable. Sigue siendo motivo de polémica la índole verdadera, la definición precisa de sus estructuras económicas y políticas, pero hay acuerdo generalizado, salvo voces nostálgicas aisladas, que lo logrado no mereció el título de socialismo. Se mantiene entonces la utopía socialista como deseo, proyecto, tendencia u objetivo, lo que no debe entenderse como sueño irrealizable. Su posibilidad fáctica abre a otra polémica.

En esta utopía despuntaba, como consecuencia del fin de la explotación, un Hombre Nuevo que se reapropiaba de sus potencialidades alienadas por el régimen capitalista. Una de las ideas-fuerza más poderosa de la historia fue la de participar, contribuir, en el logro y construcción de esa sociedad de Hombres Nuevos. Ganó la mente no sólo de los militantes sino

también la de muchedumbres entusiastas en todo el mundo, incluyendo a muchos que no padecían de modo directo las condiciones de explotación.

La idea o el mito del Hombre Nuevo no apareció por obra de un revolucionario o un intelectual determinado, sino "espontáneamente" del imaginario social de las fuerzas revolucionarias.

A pesar de su importancia, creo que no gozó del análisis crítico que merecía. Se construyó con materiales cuya existencia era anterior a la utopía y a la teoría del socialismo. Una vez más, el futuro fue elaborado desde el presente con la materia prima del pasado.

En este caso, se pueden reconocer dos fuentes. La primera, es el cristianismo, del que se reprodujo su generoso humanismo que hacía extensiva a todos los hombres la "buena nueva". Como entre los cristianos, la actividad redentora, salvacionista, subyacía en el proselitismo de los militantes. Pero también en esto residía una lamentable limitación. En la práctica basada en una esquematización torpe de la teoría, la actividad redentora dividía aunque fuera transitoriamente -en un recorrido que podía cumplirse en muchos años-, a los hombres en dos categorías; aquellos que aún no habían accedido a la condición de hombres nuevos, de aquellos que aún sin serlo plenamente, ya se sentían incorporados a un logro que, supuestamente, el futuro político les tenía asegurado. A pesar de la modestia real de muchos militantes, las organizaciones de izquierda que deseaban genuinamente transformarse en organismos de masas, operaban en realidad como patéticas aristocracias. ¿Acaso los obreros "sin conciencia de clase" no padecieron la soberbia, la condescendiente superioridad, el paternalismo de muchos cuadros? Éste es uno de los motivos que desvalorizaron las prácticas democráticas, lo que a su vez fue una de las principales causas del fracaso y el derrumbe consiguiente.

La segunda fuente en la que abrevó la idea del Hombre Nuevo comunista, es el mito del "buen salvaje" de la Ilustración. Reflejaba, en el plano ideológico, una nueva manera de entender el conflicto entre el hombre y la sociedad: el hombre sería bueno por naturaleza y la sociedad, dividida en clases, es la responsable de su perversión. Fue un eficaz argumento en

las luchas de los pueblos contra los poderes y privilegios que otorgan el nacimiento, la fuerza y la riqueza. Pero en esta simplificación, se ocultaba la complejidad de los sujetos mismos que todas las culturas habían detectado y que se encuentra generalmente expuesta en obras perdurables como las tragedias de Sófocles y Shakespeare. El hombre constituido en su esencia radicalmente contradictoria, "mitad ángel y mitad demonio", pleno de amor y de odio, capaz de las peores maldades y de los actos más nobles. Conflictos sordos o manifiestos que habitan en todos, y de los que cada época intentó su comprensión y también su resolución jamás cumplida acabadamente.

El Hombre Nuevo comunista nació condicionado por sus antecedentes históricos; llegaba para cumplir una misión cuasi religiosa y poseía, para emprenderla, una razón limitada por la exclusión de sus determinaciones afectivas contradictorias.

Los creadores del marxismo no se detuvieron a especular sobre el tema, porque tampoco lo hicieron con las características que tendría el socialismo al que aspiraban. Salvo alguna expresión aislada, consideraron poco serio recaer en las fantasías futuristas, que habían caracterizado al socialismo utópico precedente. Sin embargo, la posteridad pudo atribuirles, a ellos mismos, la justificada calificación de Hombres Nuevos para su época. Un tipo inédito de científicos teóricos y revolucionarios prácticos que amalgamaron, por primera vez en sí, actividades a **¡Jareni!** emente contrajín estas.

El Hombre Nuevo no existía aún pero los revolucionarios anticipaban a los hombres del mañana. Aquí se repitió lo acontecido con el modelo de Hombre Nuevo burgués: existía una pluralidad según tiempos y circunstancias. Algo tenían en común: el valor, la solidaridad, pero las diferencias podían ser llamativas. El modelo anarquista acentuaba los rasgos éticos y conspirativos; el bolchevique, el profesionalismo y la disciplina organizativa; el guerrillero, la audacia romántica; el sacerdote terroremundista, la devoción a Dios y la opción por los pobres.

Producida la Revolución de Octubre, Lenin, creador del modelo bolchevique pero que se había colocado en la misma prudente actitud de Maix y de Engels sobre el diseño de la

sociedad socialista, no puso especial empeño en trazar los rasgos de su Hombre Nuevo. Dentro de esta parquedad, expresó en una ocasión una curiosa definición, rica en implicaciones: "el socialismo como sociedad de cooperativistas civilizados".

Para los comunistas de la primera década de poder soviético, los líderes revolucionarios ofrecían una galería de tipos humanos que pudieron ser tomados como modelos de identificación, de una diversidad y riqueza sorprendente. Basté mencionar a Rosa Luxemburgo, Lunacharsky, Gorki, Trotsky, Stalin y el mismo Lenin. Las personalidades diametralmente opuestas de Stalin y Trotsky, algo tuvieron que ver en su encarnizado enfrentamiento sobre los caminos de la revolución. Con el avance del siglo fueron surgiendo otros líderes que también operaron, a veces más allá de su voluntad personal, como modelos identificatorios: Mao, Gramsci, Fidel, el Che, Ho Chi Min.

Faltos de una teoría por lo demás imposible, el imaginario comunista fue armando su propia representación del hombre de la futura sociedad, cuya construcción parecía haber comenzado. Pero llegó el stalinismo y, totalitario como era, también construyó la versión "oficial" del Hombre Nuevo constructor y habitante del socialismo. Los aparatos del Partido y del Estado se encargaron de difundir a los cuatro vientos, su iconografía a través de la propaganda en la literatura y el arte del "realismo socialista".

Fue una caricatura grotesca, en el mejor de los casos una simplificación escolar, de la riqueza humana de los revolucionarios y sus anhelos humanistas. En síntesis: un trabajador hercúleo, fisiculturista, cuyo mérito fundamental era el cumplimiento por encima de las normas de los planes quinquenales y la fidelidad incondicional al Partido y su líder, acompañado de una robusta koljosiana. Mientras tanto, en la sociedad soviética real, carente de vida política democrática, proliferaban los burócratas y los "hombres pequeños", que ya habían sido personajes de la literatura rusa del siglo XIX: hombres despojados de poder alguno, adaptados y sumisos a las jerarquías, que habitaban sus vidas oscuras e intrascendentes en una sociedad de la que deberían ser dueños y señores.

No puedo terminar estas líneas con amarga desesperanza, por la sencilla razón que, los Hombres Nuevos del socialismo,

existieron a pesar que el socialismo no ha tenido aún su lugar en la historia. Fueron muchos los que vivieron pensando más en los otros que en sí mismos; amando la vida que gozaban como niños, la expusieron y, muchas veces, la perdieron por amor al pueblo y a los hombres concretos. Aun en las peores condiciones de las represiones fascista y stalinista, conservaron como podían algo de su espíritu crítico. Siendo engañados y engañándose, no dejaron de buscar la verdad y lucharon por ganar el poder que no les interesaba para sí mismos. Sería larga la lista de sus méritos. No necesitan ser idealizados porque se sentirían avergonzados de sí mismos y de sus idólatras. No buscaban la gloria sino el reconocimiento y el afecto de los compañeros. No querían condecoraciones sino la mirada y el abrazo fraterno.

Pero lo más importante, es que viven entre nosotros. Sé que si pudieran, hoy mismo comenzarían a construir la nueva sociedad. No son fácilmente reconocibles porque su modestia, más allá de los altibajos de la política, es un obstáculo para su promoción personal aun en las Illas de la izquierda. Yo sé porqué lo digo: tengo el honor y la alegría de ser amigo personal de varios de ellos.

Centenario de Federico Engels (1895 - 1995)

La vastedad y riqueza de la vida y la obra de Federico Engels, nos ha convocado a su análisis crítico y potencialmente polémico. Las numerosas intervenciones que me precedieron me sugieren elegir tres aspectos que han sido aludidos, parcialmente, sobre los que quiero dar mi propio punto de vista.

En primer lugar, lo que debe asumirse como una verdadera injusticia histórica: **su relativo desconocimiento y/o su distorsión** que ha dado como resultado una muy generalizada y mezquina valoración de sus aportes. Éstos, juntos con los del propio Marx, han sido, por así decirlo "arrastrados" por la caída del "socialismo real", del comunismo y del retroceso y desprestigio de la socialdemocracia.

Además, y hace ya bastante tiempo, han sido presas del descrédito las intervenciones ideológicas y filosóficas en las ciencias "duras", fisicomatemáticas y biológicas que eran, como es bien sabido, uno de los terrenos predilectos de Engels. Intervenciones que, más allá de sus intenciones, dejaron la vía abierta por la que circuló la intromisión de las decisiones del Buró político en las ciencias, uno de los rasgos más destacados del stalinismo.

Finalmente, ha pesado en la injusta valoración la actitud del propio Engels; su excesiva modestia, que le llevó a autolimitarse en el rol de sostén, colaborador, consejero de Marx, ubicándose siempre en un segundo lugar, en esa pareja de amigos fraternales, en ese dúo de genios del siglo XIX.

El segundo aspecto que quiero destacar es, precisamente, el de su personalidad. Engels fue un trabajador incansable, profundo y sistemático, a pesar de la pluralidad de sus intereses y vocaciones. Era increíblemente culto. Amaba a las ciencias tanto como a los proletarios. Disfrutaba de la compañía de los buenos amigos, de las mujeres, de las largas charlas regadas por el buen vino y la cerveza, de nadar y cabalgar, de la lucha política y militar. Fue notablemente generoso con su tiempo y su dinero y no sólo con Marx y su familia. No hubo perseguido que no encontrase en él aliento y apoyo. Y todo

esto lo hacía con sencillez y modestia, con respeto profundo por la gente, sin pizca de autoritarismo. Ejercía así una autoridad que se desprendía, naturalmente, del reconocimiento por los demás de sus méritos. Fue, en fin, un hombre pleno que bien pudo ser adoptado como uno de los modelos posibles de político, científico y revolucionario.

De haberse tomado esto en cuenta, se hubiera contribuido a evitar la concepción cuasi ascética, monacal y sacrificada del ideal de socialista revolucionario y, consecuentemente, el sufrimiento y empobrecimiento de la vida de miles, sino de millones de militantes.

El tercer punto que quiero desarrollar es un aspecto de su obra que más que otras partes ha padecido un destino singular: el haber sido enaltecido por unos hasta el absurdo y descalificado por otros de manera absoluta. Se trata de sus trabajos sobre ciencias naturales; en particular, el conocido ensayo inconcluso sobre "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre", citado en su correspondencia por primera vez en 1876.

Cuando Engels aborda el tema tenía detrás de sí, un estudio sobre las ciencias fisiconaturales que le llevó casi todo su tiempo libre, durante más de ocho años. Disponía de la base teórica de su propia concepción y la de Marx. Seguía atentamente los rápidos avances científicos de la época, entre ellos, para citar nada más que dos ejemplos, las leyes de la termodinámica y las primeras síntesis químicas de sustancias orgánicas. Tuvo una notable influencia sobre su pensamiento la Teoría de Darwin sobre la evolución y el origen del hombre. A las tres semanas de publicarse el "Origen de las Especies", le decía a Marx en una carta que "hasta ahora no se había hecho un intento tan grandioso de probar el desarrollo histórico de la naturaleza". Existía por entonces una base empírica muy pobre: algunos fósiles de *Homo Sapiens* y de *Neanderthal* (que ahora se sabe es una variedad del *Homo Sapiens*) e instrumentos de piedra mal clasificados, sin relación con fósiles y sin datación. Existía también un desconocimiento absoluto de lo que, andando el tiempo, serían la genética, la etología y la ecología en general y, en particular, de los primates; por supuesto, no eran conocidos la gran cantidad de fósiles de homínidos que desde entonces se han descubierto. Se dispo-

nía casi exclusivamente de la geología y la anatomía comparada. En la atmósfera ideológica de la época dominaba el mito bíblico de la creación y del diluvio universal, no sólo entre las gentes con acceso a la instrucción, sino también en las cabezas de muchos de los más destacados biólogos. Ideas que eran un instrumento de hegemonía cultural de las clases dominantes. Se cuenta que la esposa de un famoso obispo anglicano, al enterarse de la nueva teoría del origen del hombre, le dijo a su esposo: "Querido, espero que no sea cierto, y si lo es, ¡roguemos porque no se sepa!".

Veamos brevemente algunas de las hipótesis del artículo sobre "El papel del trabajo ..." "El trabajo es la condición primordial de toda vida humana, a tal punto que el hombre le debe en cierto modo su existencia". La bipedestación "fue la etapa decisiva del pasaje del mono al hombre". "La mano no es solamente el órgano del trabajo sino también el producto de éste". "Nuestros ancestros primates eran sociales: es evidentemente imposible hacer derivar al hombre, animal social por excelencia, de un ancestro próximo que no lo sea". "... la bipedestación dejó de manera permanente, libre las manos para el uso de instrumentos, que entre las demás especies de primates es sólo ocasional".

Engels además valorizó el papel de la caza y del cambio de la dieta (de vegetariana o cárnea), como "otro paso decisivo". Está implícita en el artículo la idea de que el cerebro es lo que alguien llamó mucho tiempo después "un retrasado evolutivo", ya que capitaliza en un largo proceso las ventajas adaptativas de la bipedia, la liberación de la mano y el uso de instrumentos.

Engels fue de los primeros en intentar cerrar el abismo entre la evolución física, orgánica y el cambio social, cultural, para concebir al hombre como producto de un proceso de autocreación, alejado de toda intervención trascendental o sobrenatural.

Sus hipótesis después de 120 años conservan, en general, su validez. Algunas han sido "redescubiertas" por paleoantropólogos actuales como Oakley con su libro "Man: the toolmaker" (El hombre: fabricante de herramientas). Varias han sido corroboradas por hallazgos recientes.

Me parece natural que quien pensó toda su vida sobre el

papel del trabajo, de la técnica en el desarrollo de las fuerzas productivas como base no sólo del capitalismo sino en general de la sociedad humana, se planteara el interrogante de esa determinación en el origen mismo de la humanidad. Determinación que para él no tenía el carácter absoluto y excluyente que el Dia-Mat pretendió atribuirle después. En mi opinión, la tendencia predominante en la antropología actual, no niega sino que perfecciona las ideas de Engels. Incluye el trabajo, la técnica y "las relaciones de producción", en un complejo de determinaciones entre las que cabe destacar la influencia de los cambios ecológicos, de la estructura de los grupos de homínidos y las interacciones en su seno; de los cambios en la sexualidad, la crianza, la dieta y la capacidad simbólica, que se manifestó en el incremento de la comunicación y la tardía aparición del lenguaje. La evolución se da "en mosaico", mezclando caracteres simianos y humanos tal como se aprecia en algunos fósiles y cursa atravesando largos períodos de estasis seguidos de otros de rápidos cambios. En la actualidad existen muchas teorías o hipótesis que valoran de modo diverso aquellas determinaciones y estos cambios. No existe una teoría unificada o sintética que goce de general aceptación y que dé cuenta del por qué y el cómo se fue cumpliendo el largo proceso de la hominización. Pero el aporte reflexivo de Engels ha quedado en pie.

Sobre las famosas **leyes de la Dialéctica**, canonizadas hasta el ridículo por el Dia-Mat stalinista, me limitaré a decir que, si nos ubicamos -como debe ser- históricamente, fueron una aproximación todo lo elemental y esquemática que se quiera con la que Marx y Engels contaron gracias a su formación hegeliana crítica, para comprender mejor lo que ellos percibían: las complejidad y la profunda unidad y a la vez diferencia de los procesos naturales, sociales y humanos. Hoy se vuelve a hablar, en la comprensión que va del macro al microcosmos, de procesos dinámicos en desarrollo, irreversibles en el tiempo (¿podría decirse históricos?), de determinismo complejo y dotados de autoorganización. De esto tratan modernas teorías que, nacidas en un área del saber, extienden su influencia y tienen valor explicativo en regiones muy alejadas, mostrando regularidades que creo irán desplazando las viejas categorías a condición de evitar la antigua tentación del

reduccionismo. Tales son los casos de las llamadas ciencias de la complejidad, de las teorías de los sistemas dinámicos inestables, de las estructuras autoorganizadas, del caos determinista y del equilibrio discontinuo.

Finalmente, algo sobre el subtítulo del Seminario "**Socialismo: Presente y Futuro**". Para poder enfrentar las exigencias del presente es preciso el análisis crítico riguroso del pasado, todo lo doloroso que resulte. No por vocación masoquista sino porque estamos obligados a descartar aspectos de las teorías y los métodos que sean erróneos o anticuados. Además, es bueno tener en cuenta que ningún discurso dogmático se denuncia a sí mismo como tal; queda librado al público o al lector su reconocimiento.

Debemos partir del tan citado "análisis concreto de la situación concreta en la pluralidad de sus determinaciones" para lo cual, al decir de Engels, "se requieren sólidos conocimientos en lugar de frases grandilocuentes". Sin embargo, un buen diagnóstico no es garantía de un pronóstico acertado. Así lo han aprendido a sus expensas los meteorólogos, los médicos y los agentes de bolsa. Es bueno que también los políticos lo aprendamos. Podemos sí hablar de tendencias, de probabilidades estadísticas, en gran número de casos o acontecimientos. Pero poco o nada podemos decir del futuro de **esta** tormenta, de **este** enfermo, de **esta** crisis en la bolsa y de **esta** revolución, de **este** sistema económico o de **esta** organización política o social.

El futuro como tal, incluso el del socialismo y también el del capitalismo, no existe en ninguna parte. No es predecible ni tampoco inevitable. Es el lugar donde proyectamos nuestros temores o nuestras esperanzas. Aunque debemos reconocer que forma parte de la condición humana el intentar atraparlo en nuestras manos.

Lo que sí existen y nos comprometen, son los conflictos y las luchas actuales políticas, ideológicas y sociales por la libertad, la igualdad, la justicia, por los derechos de los hombres y las mujeres. Para sostenerlas reivindicemos, en una aparente paradoja, el derecho a la utopía como soporte por lo menos ético y psicológico de estas luchas.

Conclusión: Poco meses antes de su muerte, Engels entre-

gó una parte de su patrimonio a la Socialdemocracia alemana. En una carta a sus camaradas les pidió que, luego de asegurarse el haber recibido el dinero legado, "beban una botella de buen vino a mi memoria". Como somos al fin de cuentas los destinatarios de su herencia, si la hemos recibido y la estamos disfrutando, sugiero que también nosotros deberíamos, simbólica -y por qué no realmente-, beber una botella de buen vino después de este homenaje.

Desempleo, Trabajo, Ocupación

Al ocuparnos del desempleo tenemos que distinguir entre la situación que al respecto viven los así llamados países desarrollados de la que conmueve a países como la Argentina.

En los primeros, el desempleo depende en buena medida del conocido proceso de auge de las nuevas tecnologías ligadas a la administración, producción y comercialización, vinculado a su vez con el surgimiento de una nueva cultura que algunos, incluso, consideran como crisis o cambio de civilización. Adam Schaff, conocido filósofo polaco marxista, plantea que actualmente la humanidad enfrenta lo que él llama los nuevos jinetes del Apocalipsis: la amenaza de una guerra nuclear; la superpoblación; el daño ecológico al planeta y la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza Norte-Sur y en el seno de los propios países más desarrollados. De poder superarse estos dramáticos problemas, Schaff advierte que en el próximo siglo nos encontraremos con una insólita situación: la práctica desaparición del empleo, es decir, del trabajo asalariado tanto en la producción como en los servicios, en razón del avance tecnológico.

Este pronóstico puede parecernos la construcción de un escenario ilusorio de ciencia o, mejor aún, de política ficción. Pero la verdad es que esta tendencia se insinúa ya en los países capitalistas centrales. El desempleo ya no tiene las características del clásico "ejército de reserva" de trabajadores que se reincorporaba a la producción, cuando cedía la crisis económica que los había expulsado del trabajo y comenzaba un nuevo período de auge. Ahora el desempleo (el paro como dicen los españoles) es estructural: tiene tendencia a acelerar su ritmo; adquiere un carácter masivo, afectando a los trabajadores de todas las edades, en particular, a los más jóvenes y a todas las ramas de la producción y los servicios. La aplicación de las nuevas tecnologías crea sólo el 20% de los puestos de trabajo que elimina. Para quienes tienen la fortuna de conseguir o mantener sus trabajos, las condiciones de los mismos se han modificado notoriamente: es la "flexibilización laboral" con contratos temporales o de tiempo parcial y con menoscabo de las conquistas laborales históricas. En síntesis, que se

marcha de un trabajo sin futuro a un futuro sin trabajo. No es cuestión de rebelarnos contra la tecnología a la manera de los luddistas del siglo pasado, que destruían las máquinas en los comienzos de la revolución industrial. Como me dijo un querido amigo, "el asesino no es el cuchillo sino quien lo empuña". El desempleo estructural es una consecuencia más de la que dependen la vida de muchos millones de personas, de una nueva forma de acumulación del capital. Las diferencias notorias que existen entre los países centrales en el nivel de desempleo no creo que invaliden la tendencia general y su causalidad. Respecto de los países periféricos del sistema capitalista financiero que van entrando en mayor o menor medida en el proceso de globalización, la Argentina ocupa un lugar de "privilegio". Si dejamos de lado casos como el de Haití y de naciones africanas paupérrimas, es difícil encontrar en el mapa mundial un ejemplo como el nuestro, en el que se ha incrementado, en tan poco tiempo, la tasa de desempleo a niveles alarmantes. Con la agravante de la inexistencia de un sistema de seguridad social de cobertura para la mano de obra desocupada. La introducción de las nuevas tecnologías que hasta hace pocos años eran un factor casi desdeñable, al día de hoy juegan un papel muy limitado en cuanto justificación del vertiginoso incremento del desempleo. La causa fundamental reside en la aplicación de un modelo, o mejor de una política económica, que bajo la capa de "neoliberalismo" consiste en la actividad de un Estado fuertemente intervencionista, aliado y sometido a los intereses de una nueva burguesía concentrada que instituye lo que habitualmente se denomina "capitalismo salvaje". Un poder que menosprecia lo que cualquier capitalista "clásico" valoraría: el mercado interno. Un poder que, preocupado más por la especulación financiera que por la producción, tiende a segregar a la mayoría de la población (y no sólo de la vida económica!). Consciente de lo temerario de las analogías históricas, esta situación me recuerda la opinión de Lenin sobre la Rusia zarista: "sufrimos por el capitalismo y también por su falta". Como un ejemplo casi grotesco de esta contradicción, asistimos a la inauguración de nuevos shoppings a la par de la desaparición de miles de pequeñas y medianas empresas. La eventual salida de la recesión ya no despierta ilusiones en cuanto a la disminución

de la tasa de desempleo.

Quiero detenerme ahora en analizar, desde una perspectiva histórica, algunas características del trabajo que creo pertinentes para el tema que nos ocupa.

Pocas cosas del hombre a lo largo de los siglos han sido tan enaltecidas y denigradas como el trabajo. Se me ocurre otro caso similar y es el de la sexualidad. Ambos, además, están muy vinculados. El hombre como especie se ha caracterizado desde sus orígenes como sujeto social productory reproductor de su vida. Hace alrededor de 7,5 millones de años aparece la "familia de los hombres", los homínidos que se separan por entonces del tronco primate de los grandes monos, los simios, que dieron origen por su parte a las actuales especies de chimpancés, gorilas y orangutanes. Hace 4,5 millones de años aparecen homínidos que habían adquirido una bipedestación todavía imperfecta. Eran lo que algunos antropólogos consideran "simios bípedos". Fue hace 2,5 millones de años que entró en escena el Homo habilis con un cerebro más desarrollado pero todavía muy alejado de los hombres actuales, con una adaptación bípeda completa y apta para marchar en largas distancias y con capacidad para fabricar instrumentos y armas de piedra. Desde entonces y en un largo camino que pasa por el Homo erectus, cuyos restos más antiguos tienen una edad de 1,6 millón, llegamos al Homo sapiens arcaico de 200.000 años y finalmente a nuestra propia especie: el Homo sapiens sapiens de no más de 100.000 años de antigüedad. La fabricación de herramientas, el desarrollo cerebral y la paulatina complejización de ambos, han quedado claramente vinculados por el registro fósil. Ya en el siglo pasado, Federico Engels, en un artículo inconcluso titulado "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre", lo anticipó. No es cuestión de quedar entrampados en un falso dilema del tipo del "huevo y la gallina". Lo que parece primar como idea entre los especialistas es que ambos procesos, el avance biológico cerebral y el trabajo, con todo lo que implica como enriquecimiento de la vida social, están relacionados y son mutuamente dependientes. El hombre es un ser biológico pero, también, al decir de Marx es "en su esencia el conjunto de sus relaciones sociales".

Desde el Homo habilis, hasta no hace más de 10.000 años en que ocurre la revolución neolítica, o agrícola o urbana

(según distintos autores), se fueron perfeccionando las técnicas de caza a través de la mejoría del instrumental y de la organización grupal. Esto dio lugar a la primera división del trabajo: la sexual. Las hembras quedaban en la base del territorio de caza al cuidado de las crías y la recolección de alimentos, predominantemente vegetales, y los machos salían en banda a la búsqueda de sus presas. Es notable que el rol importante pero a la vez subordinado de las hembras-mujeres respecto de los machos-varones, atraviesa la historia de nuestros ancestros durante al menos dos millones de años y pervive, a veces enmascarada y más frecuentemente a la luz del día, aun en las sociedades más desarrolladas.

Con la revolución agrícola las cosas se complican aún más. Se produce el excedente de la producción que unos se apropiaban en desmedro de los otros. Aparecen nitidamente los que disfrutaban de la riqueza por un lado y los que deben trabajar para mantenerse y, a la vez, incrementar la riqueza que no les pertenece. La sociedad se divide en clases y el trabajo y sus productos se alienan, se tornan extraños al productor.

La fuerza de los hechos y del nuevo poder establecido entre los hombres se vuelve norma y, finalmente, ley inviolable. Las más antiguas tradiciones así lo muestran al ser vertidas en los primeros escritos de la humanidad. La Biblia, ese libro tan notable en muchos sentidos, lo refleja en el relato de la Caída (Génesis 3,8): "Al hombre le dijo: Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te he prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas al suelo, puesto de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás".

"A la mujer le dijo: Tantas haré tus fatigas cuántos sean tus embarazos; con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará". La nota al pie de página en la edición de la Biblia de Jerusalén dice que: "La condena afecta a los culpables en sus actividades esenciales, a la mujer como madre y esposa, al hombre como trabajador".

En la sociedad dividida en clases el cuerpo mismo se, transforma en mercancía; de allí la definición de la prostitución como "la profesión más antigua".

Tenemos entonces el trabajo como objetivación de la esencia humana, como realización del hombre, como derecho y dignidad, y por otra parte el trabajo como maldición, como fatalidad para asegurar la subsistencia, como alienación y despojamiento.

A estos dos aspectos contradictorios en la valoración del trabajo se agrega, desde la más remota antigüedad, la separación entre el trabajo manual y la actividad intelectual; entre las así llamadas "artes sórdidas" y el "ocio fecundo". En la Edad Antigua y en la Edad Media, las ideologías dominantes de las sociedades esclavistas y feudales sostenidas por el trabajo esclavo y/o servil, eran profundamente despectivas de la actividad laboral. Cicerón en Roma decía: "Cualquiera que ofrece su trabajo por dinero, se vende a sí mismo y se coloca en el rango de los esclavos" y ustedes recordarán aquella expresión tan castiza de 'juegos de manos, juego de villanos'.

Con el advenimiento del pensamiento burgués más avanzado, el trabajo merece el interés de los filósofos. Las técnicas de producción tendrán entonces un lugar destacado; por ejemplo, en la gran Enciclopedia francesa de Diderot y d'Alembert, cuyo subtítulo era "Diccionario razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios".

La burguesía atribuyó un valor positivo al trabajo por dos razones bien prácticas: la primera, porque no podía dejar de reconocerlo como importante factor en el proceso de acumulación capitalista que, la revolución industrial, puso en marcha. La segunda, porque era funcional para el nuevo sistema de explotación que sometía a los trabajadores asalariados y se sostenía, como hoy lo hace, por la coerción pero también si es posible, por el consenso. Es bueno que los esclavos amen al amo y sus cadenas.

En el Primer Congreso de Beneficencia celebrado en Bruselas en 1857, un rico empresario contaba satisfecho que "hemos introducido algunas distracciones para los niños, les hemos enseñado a cantar mientras trabajan y también a hacer cuentas; así se distraen y aceptan con mejor ánimo esas doce horas de trabajo que son necesarias para procurarles medios de existencia".

El trabajo en su doble aspecto de realización humana y de explotación embrutecedora, fue el tema central del movimien-

to social y político del socialismo y de sus teóricos más destacados. Las luchas de la clase obrera en procura de mejores condiciones de vida y de trabajo fue el motor de transformaciones formidables de la sociedad en su conjunto. En el siglo pasado y dentro del movimiento socialista, comenzaron a escucharse voces que no sólo alertaban sobre los problemas del trabajo -todavía hoy plenamente vigentes-, sino que vaticinaban su necesaria e inexorable extinción. En un provocativo panfleto titulado "El derecho a la Pereza", Paul Lafargue, revolucionario cubano-francés que era yerno de Marx, enrostraba a las organizaciones obreras que se limitaran a pedir más salario y menos horas de trabajo, cuando lo que deberían reclamar era el fin del trabajo, ya que la propia burguesía capitalista se ufanaba de que las máquinas habían venido a reemplazar el trabajo de los hombres. Lafargue decía: "el amor al trabajo, ¡esa extraña locura!". El propio Marx que tanto revaloró el papel del trabajo en el hombre en general y en el capitalismo en particular, sostuvo que "el tiempo libre es la principal riqueza social, la premisa decisiva del autodesarrollo del hombre". Y también escribió que "el límite teórico del capitalismo se dará cuando las máquinas marchen solas". En la sociedad global actual y también en la Argentina, donde el desempleo tiene un costo social tremendo y no tiene miras de resolverse, quizás sea bueno ir pensando en el problema del tiempo libre y de su ocupación.

Aristóteles, en una frase que despertó la indignación de Aníbal Ponce porque vio en ella una cínica justificación de la esclavitud en Grecia, dijo: "si los telares y las cítaras se movieran solas, el encargado del taller no necesitaría más ayuda ni el amo más esclavos". ¿No será que estamos arribando a ese tiempo?

Porque nos enfrentaremos a un doble desafío que el sistema capitalista dominante no parece que pueda resolver, sino tan sólo agravar. Por un lado, el desempleo y sus causas fundamentales: la revolución tecnológica y el subdesarrollo. Por otro, la gradual desaparición del trabajo asalariado.

Esta tendencia, generada por el propio desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo, habrá de enfrentar a la humanidad en un plazo no lejano, con uno de los más grandes desafíos de la historia. Hoy, sumergidos en la dramática

situación que provoca el desempleo, parece delirante pensar en ello. Sin embargo, construimos el presente entre las circunstancias del pasado y los desafíos del porvenir. Se acerca un tiempo en que las organizaciones sociales deberán garantizar e instrumentar políticas, para la ocupación del tiempo libre que irá dejando la reducción del trabajo asalariado. Un tiempo libre de la explotación y la alienación, pero ocupado en las tareas que conciernen a la realización de las potencialidades humanas y de los cuidados que merecen el ejercicio concreto' de los derechos.

Creo que en los hechos y no en una demanda utópica, se funda la necesidad de un nuevo tipo de sociedad, cultura o civilización, que asegure una distribución justa de la riqueza social. Esto exige cambios profundos en la economía y el Estado y, al decir de Gramsci, una profunda reforma cultural y moral.

Somos culpables

La frase del día: "La falta de solidaridad social que predomina en ttn vasto sector de la población impide al Gobierno la rebaja del IVA". Del ex ministro de Economía Roberto Alemann. (En la 1'- página de La Nación del 20 de enero de 1996).

Ricardo es un empresario que hace años puso, como tantos otros, buena parte de sus ganancias en una cuenta en el exterior. Cuando los militares dejaron el gobierno, quiso creer en el país y trajo ese dinero para modernizar su fábrica. Desde entonces vive haciendo malabarismos para mantenerse a flote. Su tiempo libre se ha evaporado, pasa más tiempo con los gerentes de los bancos y con los inspectores que con su familia, y le obsesiona la sensación de haber fracasado en su proyecto de vida por su ingenuidad e impericia.

Carlos atiende un sector de servicios desde hace más de 20 años y es un verdadero experto. En otro ámbito sería, seguramente, un profesional destacado, pero la verdad es que debe a todo el mundo y apenas puede pagar el alquiler de su casa con tres meses de atraso. Está profundamente entristecido, no puede pensar ni en el futuro más cercano y se avergüenza por las penurias que pasa su familia, frente a la cual se siente culpable de la marcha deplorable de sus negocios.

Dos casos que se repiten al infinito. No me refiero a marginales, pobres, jubilados o jóvenes desocupados, que son las víctimas "privilegiadas" de nuestro capitalismo salvaje. Estos son hombres en plena edad productiva, inteligentes, honestos, eficientes, que se transformaron en inválidos sociales. Potenciales triunfadores que se sienten "perdedores" y en verdad lo son, sin otra perspectiva que persistir en la misma rutina de supervivencia. Y ¿por culpa de quién? "De mí mismo" es la respuesta que les asalta desde lo más recóndito de sus mentes por más que, al mismo tiempo, cuenten con bagaje ideológico que les permite lúcidamente analizar el contexto económicosocial y político de esta época. Todos sabemos y sufrimos los cambios súbitos e impredecibles del medio, ajenos a nuestra voluntad e influencia que suscitan inseguridad, temor, miedo. Estos sentimientos tienen su razonabilidad porque sería de negadores o de estúpidos, no experimentarlos

ante situaciones tan críticas. Pero, ¿y la culpa? Ricardo y Carlos no son enfermos mentales. Apenas algo neuróticos como buena parte de los que leen estas líneas y de los que, como yo, pueden dar testimonio de sus experiencias como piscoterapeutas.

Recuerdo una película que vi hace años, "Un ciudadano por encima de toda sospecha", interpretada magistralmente por Gian María Volonté en el papel de un policía de "orden político" que el día de su ascenso mata sádicamente a su amante. En la "clase" que en esa ocasión da a sus subordinados, les enseña que no importa que un acusado por un supuesto delito sea o no culpable. Lo que importa -decía el comisario- es saber que todo hombre se siente culpable de algo y sobre esa culpa es que debe "trabajar" el interrogatorio para lograr quebrarlo.

Como ese sádico policía opera nuestro sistema. En una alianza perversa, el poder que en la sociedad es responsable principal de nuestras desdichas, se une a esa condición que, entre otras, nos constituye como seres humanos. ¿O acaso hay otros seres, además de los hombres, que sientan con la intensidad que la vivimos a la culpa por lo que hemos hecho y por lo que dejamos de hacer? ¿Acaso no debería llamarnos la atención la importancia que en el pensamiento religioso juegan la idea del pecado original o las deudas contraídas con dioses vengativos? Los ideólogos y los políticos cínicos del bloque dominante saben aprovecharlo hábilmente cuando en sus discursos nos repiten hasta el cansancio que "todos somos responsables".

Me atrevo a decir que tal vez el rasgo más inhumano y cruel del actual sistema de dominación -y tengo presente males como la guerra y la miseria entre otros-, es esta notable capacidad para lograr que las víctimas se sientan culpables de sus propias desgracias.

P.S. Terminada esta nota, leí al día siguiente la frase que decidí poner como copete. Agradezco a Roberto Alemana su involuntaria colaboración.

Vivir la Historia

El abuelo Ramón anda por los 80. Todavía sale pedaleando su bicicleta ante el horror de sus hijos que ven caer la fractura de su fémur sobre sus cabezas y... sus bolsillos. Desde pibe trabajó de peoncito en el campo, de puestero, de albañil y finalmente se "recibió" de obrero tornero. Orgulloso de su condición, medio anarco y medio comunista, se metió en cuanta manifestación hubo de Yrigoyen para acá. Entró a saco en la biblioteca del centro socialista del bardo. Hizo su familia y con la patrona -que en paz descansen- crió a sus hijos y les dio estudio. Con los años llegó a jubilado y casi, casi, a sabio; se le cayó el "socialismo real" pero caprichoso él, no perdió las esperanzas.

Néstor, el hijo mayor con quien vive, tiene un buen pasar. Profesional destacado, rezonga de la mañana a la noche amargado por la crisis, por la frivolidad, por esa cosa "ligh" con la que muchos de sus colegas se envuelven como en una mortaja que amortigua los golpes de la realidad. Recuerda con nostalgia y bronca sus ilusiones perdidas cuando militaba en la izquierda de los '70. Después le ganó el escepticismo y se adaptó a las nuevas circunstancias pero nunca tuvo el suficiente cinismo para integrarse sin conflicto al sistema. En el camino perdió sus valores y no tuvo con qué reemplazarlos. Por eso se siente incómodo frente a Julio, su hijo mayor adolescente, que representa un permanente desafío más allá de la conducta del muchacho que, como decían las señoras de antes, "deja bastante que desear". Las más de las veces, las sábanas lo atrapan hasta el mediodía. Estudia sin entusiasmo, es cierto, pero cumple con los exámenes. Espantosamente "egoísta" con la familia, es infinitamente solidario con sus amigos. Aturde a todos con el rock, usa arito y pelo largo, y el padre siente que tiene un hijo minusválido cuando lo ve estático frente a la TV o con el walkman.

Luego se rectifica porque maneja la PC como un genio y le gana siempre los videogames.

Como todas las familias, tienen sus problemas y han apelado a diferentes recursos para superarlos, incluyendo psicoterapias diversas con variados resultados. Tal vez les

haría falta un historiador o un antropólogo porque en verdad el abuelo, el hijo y el nieto, pertenecen a tres culturas diferentes. Tienen muchos hábitos en común y comparten una misma tradición familiar; hay continuidades, pero también rupturas, que son la base de interminables desacuerdos y malentendidos. Cada uno vive literalmente en mundos diferentes, viendo lo mismo pero con otros ojos. El abuelo mira la PC con temor y fascinación, como símbolo de un progreso para él ya inalcanzable. Su hijo Néstor la valora como un instrumento complicado que le soluciona muchos problemas y le trae otros. Para el nieto Julio que le acopló su teclado, es puro juego y creatividad.

En una fiesta familiar con amigos, los mayores jugaron a quien nombraba más cosas que ya no existen. Era muy divertido pero al final se hizo un silencio ominoso: la lista interminable reproducía un mundo desaparecido. Es difícil soportar cambios tan profundos que se precipitaron en el tiempo de vida de una misma persona. Sin embargo, la fraternidad, el amor, la lucha por la justicia entre tantas cosas, siguen teniendo vigencia; no todo el pasado merece ir al sótano con los trastos inútiles. El futuro es impredecible y no se vislumbra fácil, genera incertidumbre. Perdimos muchas ilusiones pero ganamos espíritu crítico. Habrá que tener los ojos bien abiertos para percibir las nuevas oportunidades. Habrá que construir arduamente las nuevas esperanzas. Porque estamos personalmente implicados, nos cuesta darnos cuenta que tenemos una posición de privilegio: nuestras vidas están a caballo de cambios de culturas, quizás de un cambio de civilización. No es poca cosa.

¿Fin de un comienzo?

Nacer y vivir la propia vida es una experiencia única e intransferible. No puede menos que sorprendernos el constatar que compartimos, con nuestros semejantes, vivencias que, cuando pequeños, creímos firmemente que nos pertenecían en exclusividad. Muchos, ya ancianos, todavía lo siguen creyendo. Quizás la más importante, al menos por sus consecuencias, es el haber creído estar y por qué no, seguir estando, en el centro del mundo y de la historia.

¿Acaso la casa en que nacimos y vivimos los primeros decisivos años y luego, poco a poco, nuestro barrio, pueblo, ciudad, nuestra patria, no fueron nuestro mundo? ¿Y los que vivían con nosotros, padres y familiares, nuestros prójimos y compatriotas, no abarcaban todo lo humano? Mundo y sociedad, rodeados por un horizonte más allá del cual se intuían tierras desconocidas, pobladas de seres extraños y tal vez amenazantes. Cada uno de nosotros contemplaba este paisaje desde su ilusorio centro.

Lo mismo que con el espacio, ocurría con el tiempo. La propia vida era la divisoria de aguas; nuestra concreta existencia definía el presente. El pasado eran los mayores, los que ya vivieron antes, los ancestros. Nuestros fantasmas eran los que, desde el pasado, intentaban transgredir el límite y hacerse presentes: inquietante, pero al fin y al cabo, inútil pretensión.

El futuro era lo que nos aguardaba para compartirlo en nuestro mundo y con nuestros prójimos; espacio-tiempo de creación y juego, fuera de cuyos límites, la vida era sólo una vaga repetición.

Miente o no quiere recordar el que diga que no lo ha vivenciado, así, a ese ineludible y gozoso narcisismo que a todos nos convoca.

Sin embargo, sospecho que mi narcisismo debió quedar maltrecho a poco de echarse a andar. Nací en el '29 y no, precisamente, "con un pan bajo el brazo". Al comienzo de la famosa crisis del '30, mi padre, próspero comerciante, fue a la quiebra y nuestra familia quedó en la más completa pobreza.

Mi madre perdió un embarazo avanzado y, los médicos, le prohibieron un nuevo intento que pondría en riesgo su vida. Aún antes de comprender estas circunstancias, tuve dudas sobre el supuesto privilegio de la condición de hijo único. La mía quedó marcada por los desastres: sobreprotegido y, a la vez, abrumado por las expectativas de éxitos reparatorios que despertaba en mis padres por ser el único heredero.

Quiero recordar a mis lectores que pertenezco a una generación para la cual la educación sexual fue, como ahora se dice, "información clasificada": de eso no se hablaba. Nada mejor entonces que apelar a la novela familiar sobre si mis orígenes, como indicador de la extraña condición de mi privilegio. Parece que no me trajo la cigüeña de París, como correspondía a los recién nacidos de esa época; a mí, me encontraron en un repollo. Mi primera cuna, y éste es un dato de la realidad, fue un cajón sobre el mostrador del almacén que mi viejo pudo poner con los pocos pesos prestados que salvó del naufragio. Lo llamó "El Ave Fénix", curioso nombre de un pájaro mitológico que resurgía de sus cenizas. Nombre reiterado en cada uno de los negocios que ese gallego culto tuvo a lo largo de su vida. Quizás en la trama íntima de estas historias, reside mi perdurable interés por los orígenes y, también, por los finales. Génesis y Apocalipsis van de la mano; son algo más que comienzo y fin de la Biblia, pareja dialéctica que trabaja el mundo y la historia.

Aquel narcisismo ineludible de, ser centro del espacio y el tiempo, se alberga en todos los individuos y en todas las sociedades. En mis viajes, que sólo cubrieron una parte menor del planeta, pude ver cuatro centros del mundo representados por sus respectivos monumentos. El que más me impresionó está en Delfos, Grecia: una piedra tallada que llamaron "onfalos cosmos", ombligo del mundo. Los chinos llaman a su tierra "país del centro". La más patética tentativa es la de una aldea de indios del Brasil que tenían sus chozas construidas alrededor de un espacio ceremonial: su centro del mundo. Como la tribu era seminómada, cuando se trasladaban a otro territorio, volvían a construir sus chozas alrededor de un nuevo "centro del mundo". También nosotros deambulamos, desde la cuna a la sepultura, llevando a cuestas nuestro centro del mundo, al que podemos instalar en los lugares más

insólitos: la mesa de un café, el auto, un comité político, una empresa, una cátedra, estudio u oficina y, por supuesto, nuestra propia vivienda.

En muchas disputas contemporáneas subyace el conflicto entre pueblos, cada uno de los que se considera centro en algún sentido y ve a los otros como marginales, extraños, bárbaros; sobre todo, a los que están más cerca y que, en muchos casos, son los más parecidos.

Ha ocurrido a lo largo de la historia que el mismo centro para un pueblo, una cultura, fuera asumido sucesivamente por otro pueblo, por otra cultura, como propio. Muchas guerras de conquista culminaron con ese resultado. En el medio de la magnífica mezquita de Córdoba, los católicos españoles que reconquistaron Andalucía del dominio árabe, construyeron una catedral. Un caso, afortunadamente poco habitual, es el de dos pueblos que reivindican, simultáneamente, el mismo centro: fundamentalistas musulmanes y judíos consideran los mismos lugares de Jerusalem y Hebrón, como centros de sus respectivos mundos. Si el conflicto quedara en sus manos, es evidente que sería imposible de resolver, salvo por el aniquilamiento del oponente.

Apropiarse de un territorio y defenderlo de intrusos, es un comportamiento asiduo en muchas especies. Los pájaros lo hacen con sus cantos; los perros orinando sus límites; otras especies con despliegues agresivos de exhibición de posturas, gritos, garras y dientes.

Los hombres lo hacemos usando desde grandes ejércitos, hasta guardias privados; desde tratados internacionales, hasta discretos avisos, como "el local se reserva el derecho de admisión".

Volvamos al narcisismo vinculado a la noción de tiempo.

En el imaginario social, en el de muchos intelectuales, se ha instalado con fuerza la sensación de un corte, de una tajante división en la flecha del tiempo. Es cierto que los cambios son muy importantes y demasiado veloces, abarcando todos los aspectos de la vida social. Ya he escrito sobre el vértigo, la incertidumbre, la inseguridad que provocan. Ante tantas rupturas, quedan de lado las continuidades, las repeticiones y los cambios graduales. Por eso, Eric Hobsbawm, el sabio historiador inglés, advierte, en este "presente continuo"

en que vivimos, sobre el importante papel que tiene la historia, la recuperación de la memoria colectiva y crítica. Parece que estamos atrapados en la fascinación narcisista de un tiempo que marca el fin de un principio, pero sobre todo, el principio del fin. Un hálito apocalíptico recorre mucha de la desalentada producción intelectual de este tiempo.

Se ha puesto de moda el tema de los finales: de la modernidad, del socialismo, de las ideologías, de las clases, de la familia, de la sexualidad, de los lazos solidarios, de los grandes relatos, del libro, de la novela, de la historia, etc. En medio del triunfalismo tecnocientífico, no ha faltado quien planteara seriamente el fin de la ciencia. Cada cosa del hombre ha encontrado el profeta que predica su muerte. Apocalipsis plurales, en mayor o menor escala, a medida de los escepticismos y desalientos de los que padecemos el sistema dominante, o del triunfalismo de quienes lo disfrutan.

Con la autoridad que me otorga mi narcisismo maltrecho, yo también me entusiasmo con un final: en realidad, con el fin de un comienzo. Un final que no es el de todo el mundo y la historia. Es más modesto que los otros, pero tiene su interés y, además, es verosímil. Se trata del fin de una etapa en el conocimiento.

He insistido en otros ensayos en la larga evolución de la familia humana; varios millones de años que son imposibles de captar desde nuestra limitada existencia personal. Sin embargo, fue recién hace 2.500 años que los hombres, dejando de lado por primera vez supersticiones, mitos y religiones, comenzaron a interrogarse sobre el Cosmos y el Caos, sobre el orden y el desorden del mundo, la vida y la mente; sobre las leyes y la libertad; sobre la necesidad y el azar. Esos interrogantes y sus primeras respuestas, están en los orígenes y en los fundamentos de la filosofía y las ciencias. La complejidad no es una problemática de reciente descubrimiento. Por el contrario, estuvo presente en la consideración de los primeros filósofos y científicos: los llamados presocráticos. Ellos intentaron hacer inteligible la complejidad del mundo, la vida y el hombre. Para unos, era el resultado de la combinación de elementos como agua, fuego, tierra y aire. Para otros, como Demócrito, resultaba de la interacción de partículas invisibles e indivisibles: los átomos.

Fue entonces que comenzó la aventura del pensamiento humano, que se prolonga hasta nuestros días. Un formidable trabajo práctico y teórico, científico y filosófico, que siempre estuvo dirigido a dar cuenta de la realidad material y espiritual. Como la tela que Penélope tejía durante el día y destejía por la noche, los hombres fueron proponiendo y descartando respuestas. En el camino se crearon las diferentes tendencias filosóficas y se fundaron las ciencias. Hubo un gran trabajo analítico. Por un lado, se buscaban y muchas veces se creyó encontrar, como lo creyeron los presocráticos, un o unos pocos elementos, fuerzas, instancias, procesos o variables que, por su combinación o interacción, dieron cuenta de esa totalidad compleja, aparentemente al alcance del conocimiento y que, como un espejismo, se desvanecía al acercarse para reaparecer más lejos. Hubo corrientes y escuelas filosóficas que se fundaron en la jerarquización de algunos, como la razón, la empiria, la angustia, la voluntad, la libertad. Cada ciencia aportó también sus respuestas parciales. En física, por ejemplo, las leyes de la mecánica, la hidráulica, la electricidad o el magnetismo. En astronomía, las leyes de la gravitación universal; en biología, la selección natural, la genética; en psicología, la conducta, el Inconsciente; en la sociedad, el mercado, la lucha de clases.

Respuestas que siendo parciales eran, a su vez, de riqueza inagotable; competían entre sí y en todas se percibía esa vocación por la totalidad. En un movimiento complementario y contradictorio de los infinitos análisis, surgieron tentadoras síntesis, algunas geniales, otras absurdas. Hubo serios avances como los que resultaron de la síntesis del electromagnetismo, de la química orgánica, del neodarwinismo. Otras fueron intentos fallidos, como el freudomarxismo o la psicología pavloviana.

En el mejor de los casos, las síntesis lograron integrar fragmentos de saberes en otro nivel, en otro saber más abarcativo, pero que siguió siendo fragmentario respecto de la complejidad.

Vistas en perspectiva, las síntesis de saberes específicos fueron, y todavía son, intentos prematuros y rudimentarios. Son reduccionistas de lo complejo a lo simple; toman la parte o las partes por el todo. Son como esas reuniones

multidisciplinarias, valiosas en sí mismas, pero que se ponen de moda porque alimentan la esperanza de abarcar la totalidad y de las que se puede salir, ilusoriamente satisfecho, cuando en realidad cada uno se queda con lo suyo y se lleva alguna sugerente información adicional.

Los individuos y las sociedades, seguimos buscando respuestas simples a los problemas complejos y cuando creemos haberlas encontrado, nos tranquilizamos. Lo agradecemos, sobre todo, si además la respuesta se ofrece como "una guía para la acción". Entonces tomamos partido, tenemos fe. Es un motivo poderoso por el cual persisten y se realimentan las creencias religiosas y todas formas de esoterismo, ante los reiterados y frustrantes intentos de las ciencias, así como también de la filosofía por abarcarla complejidad. Esas creencias dan efectivamente respuestas simples, plenas y satisfactorias, a condición que se las asuma dogmáticamente.

Hace unos años, en un reportaje por TV, un sabio físico, director del Fermilab de Chicago, decía que los niños suelen hacer preguntas que incomodan a sus mayores, por ejemplo: ¿Por qué el cielo es azul o caen las hojas en otoño? Agregaba que cuando los niños entran en la enseñanza oficial dejan de hacerlas y que ya adultos, sólo los físicos y los poetas insisten en ellas.

Creo que algunas de esas preguntas formuladas en la infancia de la humanidad ya tienen respuestas. Pero las más importantes, las que se dirigen al núcleo de la complejidad, todavía no han sido contestadas: ¿por qué estamos vivos; por qué la gente se muere; por qué la tristeza; cómo pensamos? ¿Y las guerras? ¿Qué es el universo? ¿Y... etc.?

La hipótesis que me atrae es que al cabo de un largo camino, estamos llegando al fin de esa infancia cognocitiva de la humanidad. Que recién en las últimas décadas, la complejidad está dejando de ser un obstáculo o una meta evanescente, para devenir objeto y nuevo motor del conocimiento.

Para ese abordaje, radicalmente diferente, se han creado nuevas condiciones que hasta hace poco no existían. En la sociedad: la mundialización de la información, la interdisciplina sistemática y la hibridación fecunda de culturas diferentes. En la tecnología: nuevos instrumentos cuyas aplicaciones apenas podemos intuir. En la teoría: el surgimiento incipiente de las

ciencias específicas de la complejidad.

Creo que, por primera vez, nos acercamos a plantearnos correctamente los interrogantes fundamentales sobre el universo, la vida, la sociedad y el hombre.

No quiero terminar con un discurso apocalíptico al que me hubiera convocado "el optimismo histórico", tradicional de la izquierda, tantas veces fallido y en el que descreo.

La situación global es grave, incluso alarmante. No existen soluciones de fondo, a corto plazo, que son las que cada uno necesita para verlas y disfrutarlas en su vida singular. Muchos problemas actuales pueden hacerse todavía más serios. El padecimiento humano es enorme. Las resistencias y las luchas existen, se organizan y crecen. Se disputará por el corazón y la mente de los hombres, por una nueva conciencia, por una nueva sociedad. Eduardo Galeano dice en una bella metáfora que "la utopía es como el horizonte, que se aleja a medida que vamos hacia él". Entonces, ¿para qué sirve? Para eso, para caminar.

Es cierto que hay cosas que desaparecen, que mueren, quizás más de las que los pesimistas apocalípticos suponen. Pero cuidémosnos de pensar que estamos en el centro de la historia y del mundo. Estemos atentos a lo que muere para que no nos arrastren al abismo; pero, más aún, a lo que nace, porque nos es más difícil de advertir.

Lo que nace pueden ser nuevos males, nuevos "huevos de la serpiente", pero también criaturas y acontecimientos mejores que nosotros y nuestras circunstancias. Deseo para mí que este libro sea, también, el fin de un comienzo.

Palabras finales

Un prólogo suele escribirse cuando se ha terminado el libro.

En mi caso, fue lo primero que hice para quedar comprometido conmigo mismo en una tarea que preveía difícil. Tenía en ese momento una idea bastante nebulosa de los temas a tratar. En el camino, fui dejando algunos de lado y otros surgieron imprevistamente. El resultado difiere bastante del bosquejo inicial. He agregado al final algunos escritos publicados poco tiempo antes que comparten, con el conjunto de ensayos, el carácter ya señalado de estar laxamente relacionados entre sí.

"El Centenario de Federico Engels" se publicó en Tesis 11-Internacional N^B 25 de noviembre de 1995.

"Somos culpables" y "Vivir la historia", en Acción N^o 707 del 12 de febrero y N^o 717 del 4 de julio de 1996, respectivamente.

"Desempleo, trabajo, ocupación", es una ponencia en la Jornada sobre Desocupación organizada por .FUNDAIH en noviembre de 1995.

Al revisar los originales me inquietó el constatar la reiteración del tema del origen del hombre en varios ensayos. Sin embargo, son referencias que se complementan y son pertinentes para cuestiones como la religión y el ateísmo, el trabajo y un aspecto parcial pero interesante de la obra de Engels. Y de paso revelan mi inocultable vocación por la paleoantropología.

Finalmente, vaya mi hondo agradecimiento a Mauricio Lebedinsky, Enrique Kusnir, Marta Caamaño y a mis compañeros de Tesis 11/ Internacional que, sin ser responsables de estas páginas, tienen que saber que sin su estímulo es poco probable que mi empresa llegara a término.

Indice

	pág.
Prólogo.....	5
Utopía y Realidad.....	9
Una lista interminable.....	16
Pasado y presente del dogmatismo.....	40
El dogmatismo neoliberal.....	48
El sujeto en la trama del poder, el dogma y la creencia . . .	53
Mis apuntes sobre religión.....	69
Ateísmo: creer que no se cree.....	82
¿Fundamentalismo o fundamentalismos?.....	92
El marxismo insiste.....	102
Pensar el socialismo.....	108
La Revolución. ¿Recuerdos del pasado; esperanza del futuro?.....	119
Esos viejos hombres nuevos.....	132
Centenario de Federico Engels (1895-1995).....	139
Desempleo, trabajo, ocupación.....	145
Somos culpables.....	152
Vivir la historia.....	154
¿Fin de un comienzo?.....	156
Palabras finales.....	163

Los Libros de Tesis 11

- URSS/Comunidad de Estados Independientes ¿Hacia dónde? *A. Borón - G. Paz -1. Gilbert - L. Rotzichtner*
- La Revolución de Octubre sin mitos.
- Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo. *Carlos Astarita.*
- Gramsci. Escritos periodísticos de L'Ordine Nuovo
- Acción psicológica, praxis política y menemismo. *Francisco Linares.*
- N. Jruschov. Revelaciones. Selección de testimonios.
- China. El ideograma socialista. *Norberto Vilar*
- Repensando el socialismo. Enfoques a partir de un caso puntual: Checoslovaquia. *Jorge Berrgstein*
- ¿Qué ha muerto y qué sigue vivo en el marxismo? *Adam Schaff*

Los Cuadernos de Tesis 11

- Los nuevos métodos de gestión participativa en el capitalismo. *Mauricio Balestra*
- Los límites teóricos del capitalismo y la sociedad autogestionaria. *Carlos Mendoza*
- Referentes conflictuales de la reforma cubana. *Gilberto Valdés Gutiérrez*

**Se terminó de imprimir en Stilcograf S.R.L.
Pujol 1046/52, Buenos Aires,
en el mes de mayo de 1997**

Un libro estimulante y polémico, pensado para quienes se interrogan sobre el mundo actual y quieren ubicarse en su complejidad, su vértigo y sus desafíos.

Pretende ser algo más que un manual de autoayuda para viejos y nuevos militantes.

Trata sobre la realidad, convoca al pensamiento crítico y a la imaginación, en una síntesis personal y apasionada.

Ensayos unidos por la vida del autor en torno a temas claves de nuestro tiempo: política, ciencia, cultura, utopía, dogmatismos, religión, ateísmo, fundamentalismo y, también, marxismo, socialismo, revolución.

Y el tema de los finales, de lo que nace y lo que muere, Génesis y Apocalipsis, trabajando la historia y el mundo, entre temores y esperanzas.